

Universidad de Zaragoza. Facultad de Educación

**Máster en Profesorado de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato,
Formación Profesional y Enseñanza de Idiomas.
Especialidad de Lengua castellana y literatura.**

Trabajo Fin de Máster **Línea B: La lectura literaria de los adolescentes:** **análisis de las respuestas lectoras**

“De Moccia a Austen: estudio de respuestas lectoras en alumnos de 3º de la E.S.O.”

Curso 2011/2012

Autora: Clara Arregui Sancho

Directora: Marta Sanjuán

Fecha: Junio 2012

Índice:

1. Planteamiento del proyecto	
1.1. La investigación en la didáctica de la lengua y la literatura	pág. 4
1.2. Conceptos teóricos básicos	pág. 5
1.2.1. Lectura	pág. 5
1.2.2. Adolescencia	pág. 5
1.2.3. Respuestas lectoras	pág. 6
1.3. Contextualización	pág. 6
1.3.1. Macrocontexto	pág. 6
1.3.1.1. El centro y la clase	pág. 6
1.3.1.2. El currículo	pág. 8
1.3.2. Microcontexto	pág. 8
1.3.2.1. Las sesiones	pág. 8
1.3.2.2. El texto	pág. 9
2. Marco teórico	
2.1. La educación literaria en Secundaria: estado de la cuestión	pág. 12
2.2. Investigaciones sobre procesos de lectura	pág. 14
2.3. Investigación sobre las respuestas literarias	pág. 15
2.4. El lector adolescente	pág. 17
2.5. Hábitos de lectura en los adolescentes	pág. 19
2.6. Itinerarios lectores	pág. 20
3. Diseño del proyecto	
3.1. Objetivos	pág. 21
3.1.1. Presupuestos iniciales	pág. 21
3.1.2. Objetivos generales	pág. 23
3.1.3. Objetivos específicos	pág. 23
3.2. Opciones metodológicas	pág. 24
3.2.1. Investigación cualitativa	pág. 24
3.2.2. Investigación cuantitativa	pág. 25
3.2.3. El investigador participante	pág. 26

3.3. Recogida de información	pág. 27
3.3.1. Temporalización	pág. 27
3.3.2. Sesiones de lectura	pág. 27
3.3.3. La encuesta	pág. 30
3.3.4. Procedimientos de análisis	pág. 31
4. Análisis de los datos	
4.1. Análisis de las sesiones	pág. 32
4.2. Análisis de las encuestas	pág. 44
5. Conclusiones, líneas secundarias de investigación e implicaciones metodológicas	
5.1. Conclusiones	pág. 47
5.2. Líneas secundarias de investigación que se abren	pág. 49
5.3. Implicaciones metodológicas	pág. 51
6. Bibliografía	pág. 53

ANEXOS

Anexo I	pág. 56
Anexo II	pág. 60
Anexo III	pág. 89

1. Planteamiento de la investigación

1.1. La investigación en la didáctica de la lengua y la literatura

La didáctica de la lengua y literatura es un área de estudio muy joven y todavía en proceso de asentamiento, como nos recuerdan A. López y E. Encabo en el segundo capítulo de su libro *Introducción a la didáctica de la lengua y la literatura* (2002).

Esta área apareció primero integrada en la filología con el nombre de Lingüística Aplicada y más tarde, conforme avanzaban las nuevas teorías psicológicas relacionadas con el desarrollo cognitivo de la persona y el retomar de los estudios sociolingüísticos en los años 80, fue considerada como un área de conocimiento con independencia propia que no solo toma teorías lingüísticas y literarias propias de la filología sino que comparte perspectivas comunes con la didáctica y la psicología y, en menor medida, con otras disciplinas como la sociología o la filosofía, ya que como dicen los autores antes citados:

La complejidad que supone el estudio del ser humano y de los acontecimientos y aspectos que le conciernen hace que tengamos que tener en cuenta todas las disciplinas reseñadas a la hora de estudiar elementos que puedan impulsar y favorecer la formación lingüística y literaria de la persona a lo largo de su vida. (López y Encabo 2002: 35)

A lo largo de estas tres décadas se ha buscado, con dificultad, una definición técnica del área; se podría considerar como válida esta de Mendoza, López y Martos (1996: 35):

[La didáctica de la lengua y la literatura] tiene por objetivo revisar los planteamientos teóricos, seleccionar y organizar contenidos, establecer objetivos en relación a unos métodos y unas orientaciones técnico-teóricas sobre la singularidad del aprendizaje de Lengua y Literatura y, consecuentemente, proceder a la distribución y secuenciación de la materia en bloques o unidades que sean asimilables por el alumnos, para lo que también se habrá de ocupar de cómo elaborar y valorar las actividades previstas para el logro de objetivos generales y parciales. (Mendoza, López y Martos 1996:35)

Por tanto, una vez vista la historia y la definición del área podríamos hablar de la investigación en la Didáctica de la Lengua y la Literatura nombrando otra vez a Mendoza (2004: 12):

La reflexión sobre la práctica sin duda ayuda a sistematizar y a ordenar facetas de la enseñanza y aprendizaje de una disciplina concreta; también sirve para profundizar en las peculiaridades de su enseñanza y aprendizaje y, en suma, es la vía para mejorar –y en su caso, a innovar. (Mendoza, 2004: 12)

Así pues, este proyecto se ha creado con el fin de poner en práctica parte de los aspectos estudiados en el Máster en el área de la didáctica de la lengua y la literatura con el fin de experimentar por primera vez las opciones de investigación, las posibilidades metodológicas a la hora de enfrentarnos a una clase y las formas de reflexión, sistematización y análisis, para finalmente plantearnos proyectos de mejora e innovación ante los resultados observados.

1.2. Conceptos teóricos básicos

1.2.1. Lectura

La lectura siempre ha sido un tema de interés en el Área de la Lengua y la Literatura debido al supuesto descenso de los lectores durante la adolescencia en comparación con etapas anteriores.

Esta disminución de la lectura es un tema poco estudiado, pese a su interés, pero al que se debería de prestar mayor atención con el fin de buscar una manera atractiva de presentar la lectura a los jóvenes para que, como dice el currículo aragonés: “Valorar la lectura como fuente de placer, de aprendizaje, de conocimiento del mundo, de autoconocimiento y de enriquecimiento personal y consolidar hábitos lectores” (Orden del 9 de Mayo de 2007)

1.2.2. Adolescencia

La adolescencia se caracteriza por una búsqueda de la propia identidad y una constante rebeldía contra el mundo adulto que no siente como suyo. La lectura puede ayudar a la creación de esta nueva imagen del adolescente pero ésta, a su vez, se ve como algo impuesto por los adultos. Muchos adolescentes se oponen a la lectura leyendo solo cuando es absolutamente necesario (libros obligatorios en el aula que muchas veces no están pensados para ellos sino para cumplir con los objetivos del currículo), olvidando completamente el placer que produce leer.

1.2.3. Respuestas lectoras

Sarland define las respuestas lectoras como “un estudio de los factores culturales, ideológicos y relativos a la experiencia en la interacción entre los jóvenes y los textos de ficción” (Sarland, 1991, trad. 2003: 22).

Por tanto, conociendo el profesor estos factores que influyen en el adolescente, podrá buscar libros que consigan que sus alumnos lean creando para ello un itinerario lector que les introduzca poco a poco en lo que se consideraría buena literatura.

1.3. Contextualización

1.3.1. Macrocontexto

1.3.1.1. El centro y la clase

El proyecto se realizó en el I.E.S. Pedro de Luna, donde desarrollé mi periodo de prácticas durante los meses de marzo y abril de este mismo año.

El I.E.S. Pedro de Luna es un centro público situado en el barrio de la Magdalena en el que se imparten todos los cursos de la E.S.O. y bachiller además de tener varios programas de diversificación y P.C.P.I.

El alumnado del centro es heterogéneo, con alumnos de diversos países, clases sociales y religiones, aunque ello no supone un problema como se puede pensar sino una fuente de riqueza debido al gran programa de convivencia que hay en el centro.

Con ayuda del tutor de las prácticas decidí realizar el proyecto con los alumnos de 3º de la E.S.O. a los que él imparte la asignatura de Taller de Lengua ya que:

- Era un número reducido de alumnos
- El programa de la asignatura es más relajado que el de las clases de Lengua Castellana y Literatura, donde se hubiera frenado el ritmo de la clase y hubiera dispuesto de menos horas.
- Parte de los alumnos se consideran lectores.

La clase de Taller de Lengua está compuesta por cinco alumnos; uno de ellos es inmigrante con un nivel muy bajo de español y utiliza la clase para continuar su

aprendizaje del idioma. Los otros cuatro alumnos acuden a esta clase como refuerzo de la asignatura de Lengua Castellana y Literatura.

El profesor, Miguel Orduña, en sus clases del taller les explica sintaxis, repasa lo dado en la clase de Lengua Castellana y hace ejercicios. También trabaja con ellos la lectura, bien practicándola en clase o controlando su trabajo en casa del libro que están leyendo para la asignatura, *Las gafas violetas de Carlota*, de Gemma Liena, u otros textos que les proporciona para su lectura, comentario y adquisición de vocabulario mediante el diccionario.

La clase, compuesta por tres chicas y un chico, se caracteriza por ser revoltosa y muy habladora, con un rendimiento bajo y muy dispersa, por lo que les cuesta mucho centrar la atención en un tema.

Los alumnos se consideran lectores, por lo general de novelas románticas que se encuentran entre las últimas novedades editoriales, como pueden ser la saga de *Crepúsculo* o los libros de Federico Moccia. Al único chico de la clase le gusta leer sobre todo cómics tales como *V de Vendetta* o Mortadelo y Filemón, así como algunos cómics manga o de la editorial Marvel. También comenzaron a hablar, tras la aparición de la película, de la trilogía de *Los juegos del hambre*.

En el taller, el profesor ha creado un ambiente distendido: les hace trabajar en grupo y les permite hacer en clase las tareas que manda, por lo que el ambiente se puede considerar perfecto a la hora de que los alumnos hablen de sus impresiones pues se sienten cómodos en el entorno del aula. Esto es relevante desde el punto de vista lector ya que según Chambers:

[...] los lectores deben sentirse seguros e importantes cuando cuentan la historia de su lectura. Deben saber que nada de lo que digan será mal empleado ni usado en su contra; que van a ser escuchados y respetados, no solo por la maestra sino también por el grupo. (Chambers, 1993, trad 2007: 63-64)

Al ser tan pocos alumnos y comenzar después de Semana Santa pude estar con ellos muchas clases. Cuando empezamos ya conocía un poco su carácter. Además, el tutor me había ido explicando aquello que consideraba interesante que supiera a la hora de enfrentarme a la clase.

1.3.1.2. El currículo

El proyecto se realizó en la asignatura de Taller de Lengua, asignatura ofertada en lugar de francés como segunda lengua.

La asignatura se presenta como un refuerzo de la asignatura de lengua castellana y literatura. Por tanto a la hora de buscar que nuestros alumnos realicen una lectura de los fragmentos seleccionados de *Orgullo y Prejuicio* nos apoyamos en el currículo cuando dice:

Desarrollo de la autonomía lectora y aprecio por la literatura como fuente de placer, de conocimiento de otros mundos, tiempos y culturas. (Orden del 9 de Mayo de 2007)

1.3.2. Microcontexto

1.3.2.1. La sesiones

Durante el proyecto los chicos se mostraron abiertos y colaboradores, sobre todo en la primera parte. Les costó mucho terminar el segundo bloque de fotocopias que les proporcione en la segunda sesión, debido a su extensión. Los alumnos, en esta última sesión, estaban menos motivados que en las dos anteriores.

Como en las otras clases, se mostraban dispersos, y al tener libertad para hablar terminaban por comentar aquello que no deberían, como sus fiestas durante el último fin de semana o el último cotilleo de sus actores favoritos. Entonces había que llamarlos al orden y en ocasiones hasta ellos mismos lo hacían al ver que habían saltado de tema.

A continuación voy a hablar de los cuatro alumnos por separado:

ALBA: De las tres sesiones que realicé a la primera no asistió, en la siguiente casi no participó debido a que no podía leer bien por un problema ocular y en la tercera participó activamente aunque era la más pesimista de todas. Es la más seria de los cuatro, con un carácter más fuerte. Lee menos que sus compañeras. Participa en campeonatos deportivos por lo que no sale tanto durante los fines de semana; además entre semana ha de asistir a entrenamiento, lo que le resta tiempo. Ella está contenta con el deporte, es su principal meta.

AMELIA: Es la más habladora y sociable de los cuatro. Ha repetido este curso por lo que tiene un año más que sus compañeros, entre los que está su hermano menor. Se considera una lectora empedernida y ha mostrado mucho interés durante el proyecto y participaba activamente en las sesiones. En la tercera se implicó menos ya que no había dormido bien y se quejaba de dolor de cabeza; esto se notó ya que, por lo general, es ella la que llevaba la voz cantante, hablaba la primera y era la que más se detenía a dar sus razones y su opinión.

ANDREA: Mucho más tímida y pasiva que Amelia, se caracteriza por ser muy tranquila aunque se muestra fuerte al defender su punto de vista. También se considera lectora (es ella la que menciona *Los juegos del hambre*), pero no muestra el entusiasmo de Amelia, seguramente debido a su carácter. Participó activamente en las tres sesiones, ya que se había leído con interés los fragmentos y los comentaba animadamente. Estaba sentada al lado de José Luis, que en ocasiones la molestaba o le chinchaba cariñosamente por lo que hay mucha interacción entre ellos, tanto física como verbal.

JOSÉ LUIS: Es el único chico de la clase, hermano de Amelia. Se muestra muy activo en clase, hace comentarios jocosos sobre sus compañeras e intenta conocer todos los cotilleos de las chicas. Como ya he comentado, le interesan mucho los cómics. Era al que menos podría interesarle lo leído pero participó en las dos primeras sesiones activamente (en ocasiones no positivamente). En la última declaró haberse leído las cosas por encima, por lo que no pudo dar una opinión muy profunda sobre lo hablado.

1.3.2.2. El texto

Elegí *Orgullo y Prejuicio* por varias razones: la primera es el tema, ya que en el primer Prácticum realizado en noviembre había preguntado en esa clase, a la hora de presentarnos, cuáles eran sus gustos literarios. Las tres chicas respondieron que los libros románticos como la saga de *Crepúsculo* o los libros de Federico Moccia. Por este motivo cuando decidí centrarme en esa clase y, tras hablar con mi tutora, Marta Sanjuán, sobre el estudio de los itinerarios lectores propuesto por Guadalupe Jover, me planteé decantarme por un libro de la literatura romántica del siglo XIX.

Entre los títulos que pensé estaban *Jane Eyre*, *Cumbres Borrascosas* o *Sentido y Sensibilidad*; rechacé los dos primeros de las hermanas Brönte ya que me pareció que en ocasiones sus personajes son demasiado apasionados y temía que no entendieran la determinación y el determinismo de estos personajes¹. Finalmente me decanté por *Orgullo y Prejuicio* debido a la familiaridad que tengo con el texto ya que es uno de mis libros preferidos y lo releo una vez al año. También tenía como aliciente que la autora de *Crepúsculo* en sus entrevistas compara su primera novela con la obra de Jane Austen sin ocultar la influencia que esta ha ejercido sobre ella.

Orgullo y Prejuicio narra la historia de las hermanas Bennet y los deseos de su madre de que encuentren un buen marido. La mayor encuentra un pretendiente pero este es convencido por su amigo para que ceje en su empeño debido a la actitud vergonzosa de toda la familia. Este amigo, Darcy, se enamora de Elizabeth, la segunda de las hermanas, que ante la declaración de éste le reprende, con razón, su orgullo pues Darcy se considera superior a ella. No tolera tampoco su actitud arisca ante las personas desconocidas y finalmente le reprocha el haber provocado la separación de su hermana y de su amigo. Darcy, en un encuentro casual, muestra un cambio de actitud favorable ayudando a la familia Bennet desinteresadamente y volviendo a reunir a la hermana de Elizabeth con su amigo, lo que lleva a un cambio de parecer por parte de su amada que finalmente acepta casarse con él.

Tras la elección de la obra se presentó otro problema: los chicos, ya sobrecargados de tareas, no podían leer la novela en su totalidad, por lo que me planteé hacer una selección de textos de la novela. Para ello he seguido el orden de la novela con un resumen de las partes o los capítulos que no trataban de la historia de amor entre Elizabeth y Darcy.

Hubo dos entregas de fotocopias. La primera, hasta la petición rechazada de Darcy, se entregó antes de las vacaciones de Semana Santa con la esperanza que los alumnos se la leyeran, cosa que no sucedió. En esta parte, al desarrollarse más historias, hubo más resumen, razón por la que los alumnos se quejaron ya que se perdían en algunas ocasiones.

¹ Después en la primera charla, tras quejarse de la cantidad de personajes que había en la novela, pensé que *Jane Eyre*, eliminando su infancia, les podía haber resultado más fácil; además no hay que despreciar la capacidad de estos alumnos a la hora de comprender lo sucedido en los libros.

El segundo bloque de fotocopias presenta el peso de la historia de los dos protagonistas, por lo que la resumí menos y además incluí la historia de la fuga de la hermana menor con un soldado y su posterior casamiento al observar en la primera sesión que les parecía curiosa la obsesión de la sociedad victoriana por el matrimonio².

Finalmente también hablamos de los libros que leían los alumnos, sobre todo las tres chicas. Se buscaba que hicieran paralelismos entre aquello que leen habitualmente y lo que estaban leyendo en el taller. Para esto yo estuve investigando y leyendo aquello que leen ellas. Empecé con la saga *Crepúsculo* y durante la primera sesión intenté hablar sobre esta obra. Pronto descubrí que ya no es la lectura estrella de los adolescentes hoy en día, sino que mis alumnas hacían referencias a Federico Moccia y a sus libros, tales como *A tres metros sobre el cielo* o su continuación *Tengo ganas de ti*. Además su entusiasmo se ha acrecentado con la aparición de la película en la que aparece el actor de moda, Mario Casas.

Una de las cosas que hay que tener en cuenta de estos libros es la visión de la mujer: en los libros de Stephen Meyer y Moccia se observa una mujer subyugada, débil, que no muestra rebeldía ante los hombres. Bella, la protagonista de *Crepúsculo*, es una muchacha que se siente débil y frágil por lo que busca hasta la saciedad transformarse en vampiro, como su novio, para no sentirse así; su novio vampiro le impone una boda hasta que finalmente la transforma, y solo así termina considerándose una persona fuerte bajo la protección de toda la familia vampírica. Hay que tener en cuenta la religión cristiana mormónica de la autora para comprender en la totalidad que hoy en día una adolescente se tenga que casar para conseguir que su novio se acueste con ella. Es relevante que la pequeña y débil Bella se haya transformado en uno de los protagonistas más conocidos de la literatura juvenil y el más envidiado y que las adolescentes de hoy en día puedan llegar creer que se necesita un novio fuerte (aunque no sea vampiro) para que las proteja hasta llegar al matrimonio.

La figura de Bibi de *A tres metros sobre el cielo* y *Tengo ganas de ti* también es una figura que se puede considerar problemática. A lo largo de la primera novela, en menos de tres días pasa de ser la niña buena de sus padres, que no se mete en ningún lío y que es respetada por sus profesores, a una gran rebelde que pelea con los adultos que

² En la tercera sesión al hablar de esta historia los alumnos la consideraron la más auténtica.

la rodean. En cambio acepta todo aquello que haga su novio; por mucho que le grite siempre termina perdonándole, aunque finalmente es la razón por la termina la relación. Una protagonista que al principio se muestra como una persona madura y responsable se “derrite” ante algo tan banal como un cuerpo atlético o un comentario bonito.

Ante este panorama resulta paradójico que Elizabeth, la protagonista de la novela del siglo XIX, pueda considerarse como una mujer moderna que no deja que nada la detenga en la defensa de sus intereses y los de su familia.

2. Marco teórico

2.1. La educación literaria en Secundaria: estado de la cuestión

A lo largo del siglo pasado se han desarrollado varios modelos dirigidos a desarrollar la competencia literaria de los alumnos de Secundaria; desde los primeros métodos historicistas hasta la estética de la recepción se ha estudiado la literatura desde puntos de vista en los que sucesivamente el autor y la obra eran lo más importante hasta otro más reciente que da voz al lector. Con este último enfoque el alumno-lector es el protagonista en el proceso de adquisición de esta competencia que, en 1965, M. Bierwisch define como “una específica capacidad humana que posibilita tanto la producción de estructuras poéticas cuanto la comprensión de sus efectos” (cit. por Luis Sánchez Corral, 2003: 205).

El sistema historicista, basado en el estudio de unos datos enciclopédicos de la literatura nacional, permitía al alumno, muchas veces, pasar el curso con la memorización de estos sin tomar contacto con los libros o la literatura. Este sistema está todavía muy presente en nuestros días; si observamos los currículos oficiales, muchos de los contenidos de literatura se centran en el aprendizaje de datos sobre movimientos literarios, autores u obras.

Este método fue sustituido en los años 80 por el modelo formalista y estructuralista de la poética del texto, con el cual se buscaba la literariedad:

[...] aquellos acercamientos a la literatura basados exclusivamente en las teorías formalistas y estructuralistas, es decir, en los paradigmas que le otorgan valor exclusivo *texto en sí* como entidad autónoma e inmanente buscando la *literariedad*, esto es, la naturaleza específica del lenguaje artístico al margen de la intervención del sujeto receptor que ha de disfrutar de dicha naturaleza. (Sánchez Corral, 2003: 323)

La gran aportación a la didáctica de la literatura de este enfoque es la introducción en las aulas del comentario de texto que tiene vigencia hasta hoy en día en las clases y el currículo.

Los últimos enfoques que nos encontramos a principio de los años 90 son aquellos que centran su atención en el lector y la poética de la lectura, dándole más importancia a la formación de hábitos de lectura:

De ahí que los nuevos enfoques didácticos pongan el acento en la formación de hábitos de la lectura y, en consecuencia, se le otorgue importancia al placer que han de procurar los textos tanto en la infancia como en la adolescencia. (Sánchez Corral, 2003: 324-325)

En este enfoque se busca que el alumno sea no solo receptor de literatura, sino el creador. Esto lleva a la aparición en las aulas de talleres literarios.

Por tanto, en estas últimas décadas podemos observar cómo se ha ido dando cada vez más importancia al lector y que este en la actualidad se ha convertido en el centro de las metodologías utilizadas en la escuela.

Aun así no hay que olvidar el peso del currículo. Es cierto que en la actualidad se propone un enfoque más centrado en el lector, pero el método historicista tradicional no se ha olvidado completamente. En ocasiones las lecturas obligatorias en las aulas son lecturas enfocadas a que el alumno adquiera unos conocimientos sobre la Cultura o la Literatura que se considera elevada. Estos libros, sin un enfoque metodológico adecuado, se corre el riesgo de que sean rechazados por los alumnos.

En el currículo actual encontramos los tres enfoques metodológicos que hemos mencionado, aunque hay una tendencia creciente a darle voz al alumno y a que el profesor adopte el papel de guía en su lectura.

2.2. Investigaciones sobre procesos de lectura

A lo largo de estos años ha ido cambiando el concepto que se tenía de la lectura. Ya no se entiende esta como la descodificación del mensaje, sino que se concibe como un acto comunicativo en el que el lector crea el sentido final del texto:

[La lectura] es una participación colaboradora en la construcción de significados del texto. (Mendoza, 2002:105)

El lector crea una relación con el texto para poder obtener no solo una descodificación, sino una absoluta comprensión e interpretación. Para este acto comunicativo se necesita un lector competente; este es aquel que:

Es capaz de activar los conocimientos de su competencia, sus habilidades y estrategias para alcanzar niveles de significación más profundos en el texto. (Mendoza, 2002: 104)

Para la adquisición de la competencia literaria necesitaremos que nuestros alumnos sean lectores competentes. En el aula se buscará educar a este tipo de lector con la búsqueda de lecturas que ayuden al alumno a adquirir estos saberes lingüísticos, discursivos, metaliterarios y enciclopédicos; que ayuden al desarrollo de habilidades y estrategias y, finalmente, hábitos y experiencias de lectura. Estos tres bloques de componentes se tienen que adquirir progresivamente; para eso los alumnos han de leer, porque “A leer se aprende leyendo” y se ha de realizar con los alumnos tanto la lectura intensiva como extensiva.

Toda esta teoría de Mendoza se basa en la teoría de la recepción (de la que hemos hablado en el punto anterior) y en las teorías cognitivas del aprendizaje.

La teoría de la recepción de W. Iser postula que la obra no adquiere un significado total hasta que el lector complete el texto:

[El lector] ejerce su acción personal, siendo en el hacer interpretativo donde se crea el sentido del texto, porque como indica este autor (Iser), al leer “descubrimos la parte no formulada del texto” (Iser, 1987b) (Sánchez Corral, 2003: 325)

El lector ha de saber rellenar la indeterminación y los espacios vacíos (como Iser les llama); para esto se necesitará un lector competente.

El texto, dice esta teoría, está escrito para un Lector Modelo y se crea un pacto enunciativo de ficción (término utilizado por U. Eco) entre el autor y este Lector. A imitación de este, se puede crear en el aula un pacto enunciativo didáctico entre el profesor y los alumnos, en el que se ha de negociar entre los implicados y el profesor ha de tener en cuenta los conocimientos compartidos entre autor y destinatario, la presunción de una determinada enciclopedia cultural, y finalmente, la construcción de un lector Modelo literario (Sánchez Corral, 2003).

Sobre los procesos cognitivos, Mendoza nos habla de la metacognición de la actividad lectora, esto es:

El conocimiento consciente y reflexivo del proceso y que el lector emplea como guía durante toda la actividad de recepción del texto porque le permite organizar e identificar cada una de las actividades que corresponden a las fases de su lectura. (Mendoza, 2002: 118)

Todas estas actividades del proceso lector se podrían organizar en torno a tres fases: precomprensión, comprensión e interpretación, en las que predominan las actividades de anticipación, inferencia y explicitación respectivamente. Así permiten al lector avanzar a través del discurso para una completa interpretación del texto.

Para que nuestros alumnos entiendan lo que leen han de adquirir, además, una capacidad metacognitiva, es decir, la capacidad de regular y ser conscientes de todo el proceso lector.

2.3. Investigación sobre las respuestas literarias

A lo largo del punto anterior hemos hablado del proceso de lectura y los factores que intervienen en ella. Pero hemos olvidado, como muchos otros investigadores lo hacen, el factor emocional en la lectura.

Los adolescentes están inmersos en un mundo donde los sentimientos en ocasiones se magnifican hasta llegar a resultar incomprensibles para los adultos. Sus profesores, sus padres... no entienden cómo reaccionan ante la literatura; en ocasiones un libro que un profesor considera un éxito y totalmente adecuado para el adolescente es rechazado por éste, mientras que aquello que se considera poco apropiado para ellos obtiene admiradores entre los chicos.

Los profesores, por estas razones, han de aprender a conocer a sus alumnos y observar cómo reaccionan ante la lectura, conocer sus intereses y sus lecturas previas. Es decisivo saber escoger y aconsejar los libros para la lectura, porque la motivación es uno de los factores más importantes para la buena comprensión de un libro:

Para que ello sea así [Que la lectura sea un placer] se han de dar tres condiciones mínimas: que exista una motivación bien marcada (interés por el tema y conocimientos previos adecuados), que se posea un competente dominio de estrategias lectoras y que el texto a leer aporte los contenidos referenciales para colmar el interés motivado. (Mendoza, 2002: 112-113)

Ya hemos dado en el primer punto de este trabajo una definición de lo que Sarland considera una respuesta literaria. Este autor observó cómo hay libros que triunfan entre los adolescentes y otros que no. Se planteó investigar por qué libros que triunfan en cursos cuyos alumnos son de distinto nivel fracasan ante un público uniforme de nivel más bajo, así como por qué hay libros que los profesores consideran mala literatura y los alumnos adoran, incluso los alumnos que se consideran malos lectores.

Ante todo esto el autor se propuso estudiar las respuestas lectoras a estos libros juveniles. Para ello ideó unas situaciones de debate literario con grupos reducidos de alumnos, con las que buscaba averiguar cuáles son las características que ha de tener un libro para que los adolescentes respondan de una manera positiva ante su lectura y disfruten de ésta.

Este aspecto de la lectura no ha sido muy explorado. Solo algunos autores como Sarland, Rosenblatt o Carolina Cuesta han investigado las respuestas literarias y cómo el comentario colectivo en clase puede ayudar a los alumnos a comprender en su totalidad el texto tratado y llegar a convertirlos en los lectores competentes de los que hablábamos en el punto anterior.

También hemos de tener en cuenta la cultura de la que proceden nuestros alumnos y cómo conciben la lectura. Si se conoce desde dónde se parte los profesores pueden guiar a los alumnos hacia las metas deseadas.

En la charla literaria se busca explorar las respuestas lectoras de los alumnos, que pueden ser en ocasiones muy variadas e individuales. Si atendemos a la teoría de la recepción cada texto tiene distinta vida dependiendo del lector y para esto la escucha atenta del profesor puede ayudar a conocer mejor los procesos lectores:

La escucha atenta de los comentarios e interrogaciones que cada texto literario propicia en los alumnos, el análisis que podamos hacer de sus respuestas poniendo momentáneamente en suspenso aquello que “debe ser leído” para cambiarlo por “aquello que puede ser leído” es modificar la convicción que descansa en la creencia de una lectura unívoca por lecturas posibles. (Carolina Cuesta, 2006: 49)

Para la lectura individual de cada texto, uno de los factores que tiene mayor importancia es el componente emocional, pues es lo que consigue una comprensión e interpretación total por parte del lector. Así pues, hemos de enseñar a nuestros alumnos a reflexionar sobre este proceso emocional de la lectura, indispensable para alcanzar la máxima comprensión:

El carácter emocional de la respuesta del estudiante a la literatura ofrece la oportunidad de desarrollar la capacidad de *pensar racionalmente dentro de un contexto teñido de emocionalidad*. Además, la situación de enseñanza en la cual un grupo de alumnos y un maestro intercambian puntos de vista se estimulan unos a otros para alcanzar una comprensión más clara puede contribuir en gran medida al desarrollo de esos hábitos de reflexión. (Rosenblatt, 2002: 250)

2.4. Características del lector adolescente

A la hora de hablar de lectores adolescentes tenemos que hacer un perfil de lo que leen en la Secundaria, etapa educativa en la que se desarrolla nuestro proyecto.

Lo primero que hemos de delimitar es si existe este lector adolescente o no. Hay autores que defienden que no existe como tal, sino que un lector a partir de los 12 años (edad a la que se empieza la Secundaria) puede leer cualquier libro de la literatura legitimada (Cf. V. Moreno, 1995, por ejemplo) mientras que otros autores (Colomer, 1998; Díaz-Plaja, 2002) buscan encontrar el perfil del lector de secundaria y por consiguiente del lector juvenil, pues los estudiantes de esta etapa se enmarcan en la juventud.

La etapa de la juventud es muy difícil de acotar y está dividida en varias subetapas, como la del lector de secundaria, un lector entre 12 y 16 años (los adolescentes propiamente dichos). Estos son los que el mercado editorial considera lectores juveniles, pues a partir de los 16 años ya no hay una especialización como tal.

También hay que observar que en los últimos años la etapa adolescente se ha convertido en un mercado potencialmente comprador, por lo que ha habido muchos estudios sociológicos que se han centrado en esa franja de edad.

Aunque sean alumnos de la misma edad hay que tener en cuenta otros factores que influyen en un lector adolescente:

Ambiente familiar, zona de vivienda, tipo de centro de enseñanza (público, privado, etc.) y clase de ocupaciones en el tiempo libre. (...) el tipo de tribu en que se integren estos adolescentes (Díaz-Plaja, 2002: 177-178)

Hemos de buscar, ante todas estas diferencias, un perfil del “lector juvenil modelo” a través del análisis de los materiales de lectura que consumen estos adolescentes. Colomer (1998; cit por Díaz-Plaja, 2002) acertó al hablar de las características del lector actual como un ente histórico y no como un ente atemporal. El perfil de este lector está inseparablemente unido a la estética audiovisual. Colomer enumera estas características sobre el lector actual:

- Un lector actual desde el punto de vista social: textos que reflejan los cambios sociológicos y los presupuestos axiológicos y educativos de nuestra sociedad postindustrial y democrática.
- Un lector integrado en una sociedad alfabetizada con un sistema educativo generalizado, a quien se dirigen textos creados como literatura escrita, que incorporan novedades de la literatura para adultos.
- Un lector familiarizado con los sistemas audiovisuales. Incorporación de aspectos como la imagen o unidades informativas muy breves.
- Un lector actual literariamente, que incorpora características generales en el conjunto del sistema literario.
- Un lector acostumbrado a una variedad de modelos ofrecidos.
- Un lector que aumenta de edad. (Colomer, 1998; cit. por Díaz-Plaja, 2002:178)

Díaz-Plaja, en su artículo “El lector adolescente” (2002), busca definir este lector, para lo que analiza todos los materiales a los que están expuestos los adolescentes. Hace un repaso de las colecciones específicamente juveniles, los clásicos (nacionales, universales, juveniles y la novela de formación), las lecturas no aceptadas por los profesores o por sus temas (literatura “trash”) o por sus características literarias (colecciones de miedo y terror o la llamada “fantasy”). También considera otros medios como la prensa juvenil o las canciones.

A partir de este repaso elabora un perfil del adolescente que lee tanto por obligación como por placer. Lo primero lo hace en la escuela cuando lee en ocasiones a los clásicos (de los que si no se hace en clase una introducción es difícil que los comprendan totalmente o se motiven) o los libros de colecciones juveniles aceptadas por los profesores porque transmiten a los alumnos unos valores –educativos y, sobre todo, morales- muy en consonancia con la moral democrática y progresista de nuestra sociedad, y que, en muchos casos, no corresponde con su auténtica manera de pensar ni de sentir. Mientras tanto devoran novelas que escandalizan a padres y profesores. En

su opinión, estas novelas no han de ser demonizadas sino que han de servir de base para que el adolescente empiece a disfrutar de la literatura. (Díaz-Plaja, 2002)

2.5. Hábitos de lectura en los adolescentes

Diversas instituciones han investigado los hábitos de lectura de los adolescentes. Para esto se han realizado numerosas encuestas a alumnos de centros escolares, profesores y departamentos didácticos. Dos ejemplos representativos son las encuestas y el estudio realizado por el grupo LAZARILLO de la Universidad de Cantabria (2006) realizado en diversos centros de esta Comunidad, así como los estudios del C.I.D.E. (Centro de Investigación y Documentación Educativa), que fueron ordenados por el Ministerio de Educación, Cultura y Deportes en 2003 y se realizaron en toda España. Con estos trabajos se busca conocer de una manera cuantitativa un panorama general de lo que encontramos en las aulas para poder así empezar a trabajar en el fomento de la lectura.

Estos datos muestran cómo nuestros alumnos adolescentes leen más que los adultos y que son más lectoras las chicas que los chicos. Por lo general los adolescentes se consideran lectores medios. El entretenimiento es la razón primordial para leer en los adolescentes, que buscan sobre todo libros que tratan sobre la adolescencia.

El estudio del grupo LAZARILLO pone de relevancia el poco uso que hacen los adolescentes de la biblioteca. Esto puede depender de muchos factores, tales como el desconocimiento de esta posibilidad, el rechazo del sistema, la escasa o inadecuada oferta de las bibliotecas o la mala gestión o la escasez de estas instituciones (Grupo LAZARILLO, 2006). Este dato nos es interesante pues los profesores de Lengua y Literatura suelen ser los responsables de la biblioteca de los Institutos. Además el currículo marca que les hemos de enseñar a nuestros alumnos a utilizar la biblioteca del centro y otras bibliotecas, primero de forma dirigida y después de manera independiente.

Otro dato a tener en cuenta: al ser preguntados por la lectura o la literatura como afición se puede observar cómo aquellas actividades que exigen sociabilización (hablar de libros o visitar bibliotecas) son valoradas por los alumnos y se realizan satisfactoriamente. Por tanto es algo que hemos de trabajar con nuestros alumnos para

transformar la lectura en una actividad social. Para esto habrá que planificar visitas a las bibliotecas, charlas literarias, intercambio de libros, etc. La literatura tiene muchas posibilidades y hemos de buscar que los alumnos las conozcan.

Hay que vigilar también cómo se toman las vacaciones muchos alumnos pues aquellos lectores medianos que leen cuando están en clase durante las vacaciones abandonan la lectura. Esto muestra que estos alumnos carecen de hábito lector o incitación exterior a la de la escuela. Hemos de intentar crear en ellos este hábito; para esto les ayudaremos a crear un criterio para elegir libros sin la presión de la escuela y a seguir leyendo fuera de las aulas. Buscaremos también una implicación de otros agentes, como la familia, en la creación de niños lectores.

Todos estos datos estadísticos (la investigación LAZARILLO muestra otros muchos datos aparte de los comentados, que son aquellos que más llaman la atención) han dado un perfil general de los hábitos de lectura entre adolescentes pero nunca nos darán una verdadera explicación causal de estos datos, cosa que necesitamos conocer para poder elegir las lecturas de nuestros alumnos.

2.6. Itinerarios lectores

Díaz-Plaja, en el artículo antes citado, esboza, en el último punto una propuesta didáctica para que los profesores utilicen las lecturas poco recomendables de los alumnos como base a la hora de que los alumnos entren en contacto con otro tipo de literatura. Díaz-Plaja (2002) propone acompañar a los alumnos desde una propuesta que ellos conozcan y aprecien hasta, progresivamente, llegar a la literatura que nosotros consideramos adecuada. El centro de esta propuesta tendrá como centro nuestros alumnos:

Nuestra propuesta parte del lector, de sus textos y de su horizonte receptor para que, a través de la comparación y del contraste, incorpore nuevos criterios de lectura derivados de las lecturas que nosotros les propongamos. (Díaz-Plaja, 2002:194)

Por tanto se busca crear puentes entre aquello que los alumnos ven como placentero, aquello que buscan leer (música, libros de dudosa calidad literaria) hasta aquello que nos interesa.

La estrategia del profesor ha de consistir en tender un puente entre lo que ellos saben (lo que les ha formado como receptores literarios y estéticos) y el mundo estético que se pretende transmitir a través de la literatura legitimada. (Díaz-Plaja, 2002 193-194)

Estas ideas básicas son las que Guadalupe Jover (2009) desarrolla para crear sus constelaciones literarias. Las constelaciones literarias se basan en las conexiones intertextuales que realizan los adolescentes entre la cultura elevada que deseamos transmitir en la escuela y la cultura juvenil, cuya existencia no podemos ignorar. A lo largo de los últimos años, como ya hemos ido comentando, se ha pasado de una “enseñanza de la literatura”, más bien una historia de la literatura, a la “educación literaria”, concebida como el desarrollo de aquellos conocimientos, estrategias y actitudes necesarios para el devenir del lector competente y autónomo de la buena literatura a lo largo de toda la vida (Jover, 2009). Por esto mismo se busca enseñar un nuevo canon literario en la escuela,

Un canon cosmopolita, escolar (esto es, pensado para el lector real de las aulas de secundaria) y mixto (que combine, en proporciones variables, literatura clásica y literatura joven y actual. (Jover, 2009: 11)

Guadalupe Jover, a partir de esta argumentación, propone presentar varios libros como si fueran “trailers”, una selección de fragmentos para trabajar con ellos en clase y animar a los alumnos a leer alguno de los libros presentados.

Para todas estas conexiones intertextuales podemos buscar una misma unidad temática, como hemos hecho en este proyecto basándonos en los libros románticos que leen nuestras alumnas, pero también podemos buscar otro tipo de conexiones tales como partir de la música para explicar la poesía.

3. Diseño del proyecto

3.1. Objetivos

3.1.1. Hipótesis iniciales

- Los adolescentes, ante un texto desconocido, utilizan sus lecturas anteriores para llegar a una completa comprensión de la nueva obra creando puentes entre lo antiguo y lo nuevo.

El lector utiliza todas las herramientas que tiene en su mano para poder llenar de significado un texto nuevo. Entre las más fundamentales, sobre todo para los adolescentes, que aún no han aprendido todas las estrategias lectoras, están las lecturas anteriores, por lo que observaremos cómo utilizan esas lecturas para llegar a la total comprensión del texto dado.

- No hay que despreciar las lecturas juveniles que se encuentran dentro de lo que se podría denominar “cultura juvenil” sino utilizarlas para crear relaciones intertextuales que introduzcan a nuestro alumno en la literatura de mayor calidad.

No podemos negar una realidad que viven los adolescentes y esa es la del mercado de literatura juvenil, de mayor o menor calidad, en el que se ven inmersos. Los libros que leen quizá no siempre nos gusten pero podemos utilizarlos para enseñarles cosas nuevas ya que son una herramienta de motivación a la hora de presentar textos canónicos. Si negamos o demonizamos estos libros lo único que conseguiremos frente al espíritu rebelde de los adolescentes es que sigan leyendo esa clase de literatura y no peguen el salto a la literatura considerada adulta.

- Crear un ambiente de lectura compartida para que los alumnos puedan con el comentario colectivo comprender totalmente aquellos aspectos del texto que no han observado por sí mismos.

Según el grupo LAZARILLO los adolescentes agradecen la lectura como algo social hablando con sus amigos de libros. Con este proyecto buscaremos que los chicos encuentren un lugar donde sentirse seguros con sus libros para ayudarles a compartir lo leído y para que observen cómo esto ayuda a tener una nueva visión del texto.

- Analizar con ellos no solo el tema de la obra sino la estructura y observar los problemas que se encuentran a la hora de entender un texto.

Muchas veces los chicos leen algo sin fijarse en la estructura. Devoran libros solo por el placer de conocer una historia, por lo que no aprecian una lectura en profundidad con respecto a los aspectos formales del texto. Si les hacemos observar aquello que va mas allá del tema conseguiremos

que nuestros alumnos vean más allá de una simple historia, que disfruten de las palabras y que aprendan el significado total de la obra.

- Estudiar las respuestas emocionales ante una lectura y ante el comentario en voz alta de dicha lectura.

Las relaciones emocionales que realizan los lectores con una obra no tienen que desdeñarse; queramos o no queramos, hay personajes a los que siempre tendremos simpatía y otros que odiamos hasta la muerte. Esto puede que haga de una obra nuestra favorita o la más denostada. Por esto mismo tenemos que intentar saber qué es lo que les atrae a nuestros alumnos de un tipo de personajes o de otro y por qué tienen éxito unos libros y otros no.

3.1.2. Objetivos generales

- Observar las respuestas lectoras en un grupo reducido de alumnos de tercero de la E.S.O. (14-15 años) fragmentos concretos de una obra de literatura canónica (*Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen) con el mismo tipo de argumento romántico que las novelas juveniles de calidad discutible de las que la mayoría de la clase son asiduos lectores.
- Observar las relaciones que realizan los alumnos entre un texto nuevo y de literatura canónica y sus lecturas habituales.

3.1.3. Objetivos específicos

- Observar las distintas respuestas lectoras de los alumnos ante una obra concreta
- Conocer aquellas características que hacen a un texto apetitoso para el alumno adolescente.
- Crear un coloquio literario donde el alumno reflexione sobre su proceso lector
- Animar al adolescente a un tipo de lectura más profunda de los libros que lee.
- Animar al adolescente a la lectura de otro tipo de obras literaria de una mayor calidad.

3.2. Opciones metodológicas

3.2.1. Investigación cualitativa

A la hora de plantearnos toda la investigación nos planteamos qué tipo de metodología íbamos a utilizar.

Hay que tener en cuenta el área en la que nos movemos, en la que entran en juego factores tan difíciles de cuantificar como pueden ser las emociones, los procesos cognitivos, etc. La metodología cualitativa consideré que era la mejor opción para poder observar todos los aspectos necesarios a la hora de analizar de una manera profunda las respuestas literarias de nuestros alumnos ante la lectura de *Orgullo y Prejuicio*.

Para todo esto necesitábamos una metodología con la que se pudiera abarcar todo aquello que buscábamos. Solo vamos a trabajar con cuatro alumnos por lo que no podremos hacer una generalización de los datos que obtengamos. Más bien, a partir de los resultados obtenidos, se puede intentar comprender el porqué de estos para poder buscar una mejora educativa a la hora de afrontar la educación literaria en las aulas. Debido a esta búsqueda, nos interesa todo aquello que extraigamos de las sesiones de lectura (nuestras grabaciones en el aula de aquello que hemos hablado, las notas anteriores, los comentarios del profesor...). Todo ello no concuerda con la búsqueda de datos estadísticos, que en muchas ocasiones resultan insuficientes.

Si trabajáramos con un gran grupo sí que sería interesante otro método de investigación, pues sería difícil conocer y valorar todo aquello que comparten los alumnos en el aula. Al tener acceso a cuatro alumnos podemos hacer un seguimiento completo de nuestros alumnos con un contexto y una actividad en el aula que podemos seguir directamente.

Una de las características de esta metodología son las implicaciones emocionales del proceso: nadie ve las cosas de la misma manera, por lo que el proceso cualitativo de la investigación es un proceso personal en el que cada uno regula el proceso dependiendo de los datos que quiera obtener:

El proceso cualitativo es en cierta medida personal; ningún investigador observa, entrevista o estudia documentos de una manera exactamente igual a otro. Los temas de fiabilidad se tratan dentro del estudio en cuestión para obtener la consistencia de las estrategias de la investigación. (Schumarcher y McMillan, 1993: 386 Cit. por Mendoza: 47)

Con esta metodología podemos analizar todo aquello de lo que hablemos en clase mediante una visión etnográfica de la lectura, con la sistematización de los datos recogidos en las grabaciones o en las notas tomadas durante las clases.

3.2.2. Investigación cuantitativa

Aparte de los datos obtenidos mediante la investigación cuantitativa, al final de la investigación deseé hacer una evaluación y autoevaluación del proyecto con los alumnos. Para esto creé una encuesta con el fin no de obtener datos estadísticos sino para conocer lo que los alumnos habían percibido del proyecto.

Con la encuesta, además, les pedí a los alumnos que me dieran unos datos por escrito que en ocasiones durante las charlas ya me habían proporcionado pero no de una manera sistematizada acerca de sus hábitos de lectura y de su visión de la lectura en las aulas.

Con esta encuesta conseguí profundizar en algunos datos que había ya obtenido en nuestras charlas literarias y en las conversaciones informales con los alumnos o con mi tutor de prácticas que les da clase habitualmente.

Al ser solo cuatro alumnos no se puede pretender que sean encuestas que se puedan utilizar con fines estadísticos sino sirven para que los alumnos me hayan dado unos datos sobre ellos (hablan mucho pero a la hora de escribir escriben poco dando razones muy vacías o simplemente nulas). También lo utilicé para poder realizar una evaluación del proyecto y saber cómo lo han percibido y cómo creen ellos que han actuado a la hora de hablar sobre lo leído. Con esto les pedí, semanas después de realizar la última sesión, que desarrollaran una reflexión sobre lo que había sido esta experiencia para ellos.

3.2.3. La investigación-acción

La investigación didáctica es fundamentalmente práctica, puesto que se concibe para mejorar la docencia. Tras observar la práctica docente, se pueden crear nuevas hipótesis, volver a esta y volver a observar los cambios. Durante ese proceso nosotros, los investigadores, hemos de situarnos también en el centro de la investigación y actuar junto con los profesores para poder realizar una observación detallada de las actividades analizadas.

Por todo ello el modelo de investigación-acción es aquel que se amolda mejor a este proyecto ya que con él buscamos mejorar la práctica didáctica: buscamos conocer cómo reaccionan nuestros alumnos ante un texto para así poder encontrar una manera de acercarlos a la literatura sin que resulte para ellos aburrida, sino que vean la lectura como algo placentero y creativo. Por todo ello esta parte práctica del proyecto se encuadra perfectamente en la concepción de la investigación-acción:

La investigación-acción constituye un modelo vinculado con la práctica profesional y orientado a la transformación y al cambio; por ello es un estilo de investigación abierta, democrática y centrada en los problemas prácticos de la educación. (Mendoza, 2004: 50)

Yo he sido la que he guiado las charlas literarias de los chicos por lo que también he sido parte de la investigación de una manera activa (observación participante). Todo lo analizado está realizado bajo mi punto de vista como ya hemos dicho anteriormente. También esta es una de las características de la investigación acción:

La investigación-acción se basa en “una observación participante intenta e idealmente de largo plazo en un escenario educativo, seguida de una reflexión deliberada sobre lo que allí se observó” (Erickson, 1986; 290 Cit. Mendoza, 2004: 50)

Cierto es que nuestro proyecto solo ha sido una pequeña introducción a lo que se puede realizar en el aula con el fin de investigar de una manera práctica para mejorar el proceso de enseñanza-aprendizaje, por lo que no ha podido ser todo lo exhaustiva que se pudiera desear. Cómo un primer ejemplo ha sido enriquecedor el observar cómo el profesor ha de saber reflexionar sobre aquello que realiza en clase con el fin de mejorar su práctica educativa. Los investigadores y los profesores han de colaborar si quieren realizar una verdadera mejora de la educación, si no ninguna reforma será provechosa.

3.3. Recogida de información

3.3.1. Temporalización

- Noviembre 2011-diciembre 2011: Practicum I: primer contacto con los alumnos.
- Diciembre 2011: petición y adjudicación de la línea de investigación.
- Marzo 2012: concreción del tema a tratar y de la clase con la que trabajaremos. Preparación de los textos.
- 30 de Marzo: entrega del primer conjunto de fotocopias a los alumnos justo antes de las vacaciones de Semana Santa tras pedirles colaboración con el proyecto.
- Abril-Mayo 2012: Sesiones de lectura durante el Practicum II y III.
 - o Primera sesión: 14 de Abril
 - o Segunda sesión: 18 de Abril. Entrega del segundo conjunto de fotocopias.
 - o Tercera sesión: 9 de Mayo³
- Junio 2012: a principios de Junio se les pasa una encuesta final.

3.3.2. Sesiones de lectura

A la hora de plantearnos la conversación literaria la tutora, Marta Sanjuán, nos habló del modelo que proponía Aidan Chambers en su libro *Dime*.

Este libro da unas pequeñas pautas sobre cómo organizar una conversación literaria dirigida en clase para que los alumnos puedan expresar aquello que opinan sobre el libro leído. Con estas conversaciones se busca una completa comprensión del texto leído porque en ocasiones tenemos que verbalizar lo que pensamos para conseguir un completo entendimiento.

Para todo esto Chambers propone dos tipos de preguntas: unas generales y otras específicas. Las generales se refieren a aquello que les ha gustado o no o sobre que

³ La última sesión tardó tanto en realizarse porque los alumnos no leyeron hasta ese momento los textos. En ésta se les observó desmotivados con el proyecto, tal vez debido a que el segundo bloque de fotocopias era mayor; tal vez por eso tuve que esperar a que se lo leyeran teniendo que pasar días por la clase y volver con las manos vacías.

esperaban del texto los lectores. Estas preguntas buscan una perfecta comprensión del texto, que el lector realice comparaciones con otros textos leídos y que consiga, al tener que reflexionar para responder, encontrar nuevos significados en el texto.

El segundo tipo de preguntas, las específicas, se centran en el texto en cuestión para que el alumno descubra detalles sobre este, los cuales el alumno sin ayuda del mediador no podría llegar a comprenderlos.

Sarland también realiza este tipo de conversaciones literarias en su trabajo sobre los lectores juveniles, pero no tiene un sistema tan definido como Chambers. Este último busca sistematizar la conversación con el fin de que las charlas literarias se transformen en una actividad habitual en la escuela. La finalidad última es que los alumnos hagan una lectura en profundidad de los libros y sepan reflexionar sobre su proceso lector.

El objetivo de la investigación de Sarland es conocer de qué manera la cultura juvenil de los alumnos a los que entrevista influye en la manera de leer otros textos del canon escolar. Por ello realiza tres clases de preguntas: unas generales, parecidas a las de Chambers, preguntándoles por ejemplo qué parte del libro les había gustado más; otras sobre el tema del libro para conocer la temática en la que se suelen mover los libros de adolescentes; finalmente, les hace preguntas sobre la estructura dependiendo del libro leído por los alumnos.

En el proyecto, aunque yo llevaba preguntas preparadas sobre los textos, intenté que los alumnos hablaran con libertad del tema. Esto se tenía que realizar sin que se desviaran del tema que se discutía. Aunque no pasó en la primera sesión, sí que sucedió en las dos últimas, en las cuales se comprobó que los alumnos (al conocer cómo era el sistema) hablaron de muchas otras cosas que no tenían que ver con la lectura. También hay que considerar que los alumnos que no están acostumbrados a estar 50 minutos centrados en un tema. Por esto mismo al final de las sesiones se mostraban cansados y buscaban una excusa para hablar.

Busqué preguntas generales para conocer aquello que les había gustado, lo que no y aquello que más les había llamado la atención. No solo me centré en el tema y los personajes, sino también en la forma y el estilo del texto. Para esto tuve que esperar a la

última sesión, pues sin haberse leído todo el libro no podían hacer este tipo de comentario. Estos últimos juicios no han sido totales ya que no han leído el libro completo pero se les pregunta por aquello que sí que han podido observar en los fragmentos. A pesar de todo sí hay ocasiones en que ellos hablan de aquello que les gusta en cuanto a la estructura.

Los alumnos, como ya hemos dicho, son muy extrovertidos, por lo que en muchas ocasiones, son ellos los que dirigen la conversación sin necesidad de mediador, simplemente se les tiene que dar pie a la hora de introducir un nuevo tema.

En la primera sesión hablamos sobre todo del tema y de lo que les había gustado. El eje central de la charla fue, sobre todo, el comentario de los personajes. Los analizamos poco a poco debido a que ellos mismos confesaron sentirse desconcertados ante la aparición de tantos personajes. Ellos, al saber que quería comparar *Orgullo y Prejuicio* con sus libros favoritos, hacían comentarios sobre estos. Todos los alumnos habían leído lo entregado y estaban deseosos de hablar por lo que se produjo una amena charla.

Una de las cosas que más comentaron fue la obsesión por las bodas por parte de los protagonistas y las estrictas normas sociales en la época victoriana; yo les intenté hacer ver que ellos mismos tienen normas de conducta muy fuertes que marcan al grupo, pero ellos lo negaron y yo al no ser algo en lo que quisiera profundizar evité continuar.

Durante la segunda sesión se leyó por primera vez en voz alta y por turnos un fragmento: aquel en el que Darcy se declara a Elizabeth y es rechazado por esta. Antes de la lectura les pregunté sobre cómo creían que iba a seguir la historia y todos pensaban que Elizabeth le aceptaría en un primer momento, cosa que no resultó, así que hicieron varias elucubraciones, algunas de ellas dignas de un culebrón moderno. Ciertamente es que, cegada por la pasión hacia la obra y al ser ese uno de mis momentos favoritos, esperaba mayor reacción de la que hubo.

La lectura en voz alta por parte de los alumnos fue mecánica y a trompicones aunque la practican con el profesor en muchas ocasiones.

La tercera sesión se realizó tras la lectura de todos los fragmentos, por lo que se habló del final de la obra y se hizo una valoración global de todo lo leído. Hay que tener en cuenta que, como ya he dicho a lo largo de este trabajo, durante esta sesión los alumnos estaban desmotivados, así que la clase fue mucho más dispersa que en otras ocasiones.

3.3.3. La encuesta

Al desear que la encuesta fuera tanto un método de recogida de información sobre los alumnos como un modo de evaluación del proyecto, se realizó semanas después de terminar las sesiones de lectura.

La encuesta comienza en primer lugar con los datos básicos del alumno: nombre, edad, profesión de los padres etc. Las primeras preguntas hacen referencia a sus hábitos lectores: si se consideran lectores o no, qué tipo de literatura leen, los últimos libros leídos, los favoritos y las razones por las que los consideran así. Con esto buscamos conocer el nivel de lectura de nuestros alumnos y otros datos como gustos lectores o preferencias a la hora de elegir un título, que ya han nombrado durante las sesiones de lectura, pero de una manera menos sistematizada.

La segunda serie de preguntas se centra en las lecturas que se realizan en clase para conocer su actitud ante la lectura impuesta, pues no hemos de olvidar que lo leído ha sido impuesto por nosotros sin darles opción a elegir.

Por último, la tercera parte está dedicada a que los alumnos den su opinión sobre el proyecto y hagan una reflexión sobre su actuación en él.

Las preguntas son cerradas pero siempre he propuesto como última opción la opción “otros” para que ellos pudieran expresar las ideas que tenían sobre lo preguntado. Además la última pregunta solamente era: “otros comentarios” y varias líneas en blanco.

3.3.4. Procedimientos de análisis

Como ya he dicho, he querido que mi proyecto se englobara en lo que se llama Etnografía de la Lectura:

La etnografía intenta describir la totalidad de un fenómeno en profundidad y en su ámbito natural, comprenderlo desde el punto de vista de los que están implicado en él (Arnal, del Rincón, Latorre, 1999: 200)

Mi objetivo era estudiar cómo los alumnos han leído aquello que se les ha entregado para poder así intentar comprender todo el proceso de lectura del adolescente y observar sus respuestas ante la lectura.

Para poder realizar todo este análisis se han de grabar todas las sesiones realizadas. Yo tuve ciertos problemas con las grabaciones: en la primera sesión se oye con más nitidez aquello que esta comentándole mi tutor a Nasro, el alumno argelino con un nivel muy bajo de español, que a mis alumnos, por lo que una transcripción completa me ha resultado, imposible; en la segunda clase, solo se grabaron 10 minutos. Solamente en la tercera clase obtuvimos una grabación nítida aunque con algún corte de uno o dos minutos.

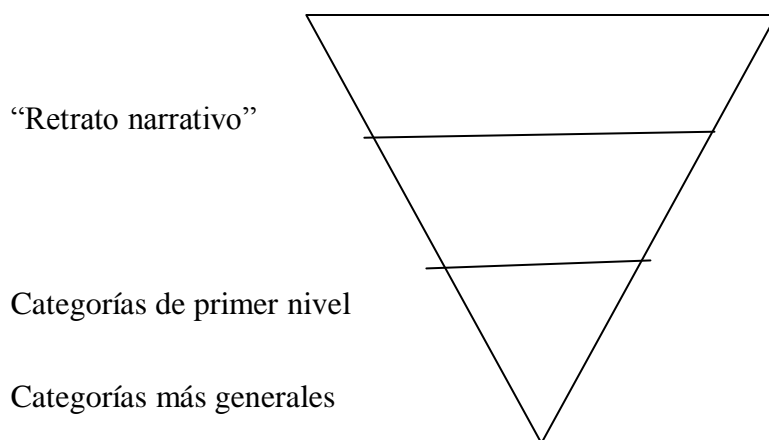
También tras las sesiones tomé todas las notas que pude (sobre todo en la segunda sesión tras ver que no se había grabado la sesión) sobre cómo había ido la sesión, la actitud de los alumnos, sus reacciones etc.

Con todo esto, obtuve lo que se llamaría un “retrato narrativo” de lo hablado en clase y a partir de este, he extraído diferentes categorías cada vez más abstractas. Este es un proceso de investigación que va de abajo a arriba, es decir de los hechos a la teoría.

Del análisis del “relato narrativo” a la teorización (descubrimiento y manipulación de categorías abstractas) y conlleva una serie de operaciones para la progresiva reducción de datos. (Sanjuán, 2011: 1579)

Por todo esto, en el análisis del punto siguiente divido los comentarios en tres grandes categorías: aquellos comentarios que tenían que ver con la estructura, aquellos que tenían que ver con el tema o los protagonistas y finalmente aquellos que tenían que ver con la comparación con sus libros. Dentro de estas tres grandes categorías

clasifiqué todo aquello que he ido extrayendo de los apuntes tomados y las transcripciones. Por tanto tendríamos tres niveles de análisis:



Todo esto nos lleva desde lo más amplio hasta un análisis más minucioso de aquello que hemos realizado en aula. Así se puede analizar cuáles han sido las respuestas de nuestros alumnos ante la lectura.

4. Análisis de los datos

4.1. Análisis de las sesiones

Durante las sesiones se buscó hablar del tema de la obra pero también de la forma y la comparación con las novelas que suelen leer nuestros alumnos. Primero hablaré de las categorías que tratan sobre la forma y más tarde me centraré en aquellas que tratan del tema. Finalmente haré un pequeño comentario sobre la comparación que realizan entre *Orgullo y Prejuicio* y sus novelas juveniles.

ASPECTOS FORMALES

En cuanto a la forma hay que llamar la atención sobre dos aspectos: la queja sobre la cantidad de personajes y la dificultad que tienen los alumnos a la hora de entender los diálogos. También se les preguntó por las cartas, sobre las que mostraron mostraron unas opiniones muy diferenciadas.

- Los diálogos

Uno de los comentarios que más me llamó la atención en la primera sesión fue uno de realizado por Amelia que dijo:

Am: A mí me han gustado los diálogos, son rápidos

En el primer bloque de fotocopias se incluían los primeros diálogos en los que participan Elizabeth y Darcy. Estos suelen producirse con ellos dos como personajes únicos y con un estilo rápido, ya que los dos personajes quieren mostrar su ingenio, por lo que se entiende el comentario de Amelia.

En el segundo bloque de fotocopias, tal vez al ver la actitud positiva de los chicos, añadí muchos más textos con diálogos. Pero esta ocasión involucraban a más personajes, por lo que en la tercera sesión una de sus grandes quejas fueron los diálogos que antes les gustaban tanto:

C: Los diálogos decíais son difíciles de seguir.

Am: Yo, a veces me perdía y tenía que volver a leer pero...

An: Tienes que estar bastante concentrado para ... para lograr situarte

Al: Sí, porque empieza a hablar uno, te cambia al otro, te vuelve a cambiar y no sabes a quién está hablando.

Yo nunca me había planteado que los diálogos de *Orgullo y Prejuicio* fueran difíciles de entender; hay muchos personajes pero la autora marca bien quién habla y a quién habla.

Tal vez los alumnos se han acostumbrado a unos diálogos con más marcas discursivas y con menos personajes (tema del que ya hablaremos en otro punto) de los libros que se escriben y se leen ahora mismo. Aun así no hemos de olvidar que estos alumnos tienen 14 y 15 años y ya deberían haber aprendido a leer textos de la misma dificultad de *Orgullo y Prejuicio*, ya que en el instituto se leen textos con la misma dificultad. Los profesores han de enseñar a los alumnos a leer los textos pues no se puede exigir a un alumno que sepa hacerlo cuando nadie se ha parado a enseñarlo. Se tiene que procurar en textos complicados proporcionar a los alumnos una guía de lectura. Yo no lo hice y seguramente les hubiera facilitado mucho la lectura sobre todo estos últimos capítulos que no les resumí sino que se los hice leer enteros.

- Cartas

En el segundo bloque de fotocopias hay dos largas cartas, muy importantes en la trama, ya que la primera explica muchas cosas del pasado y da una visión distinta a la que tiene Elizabeth de lo sucedido, y la segunda responde muchas de las preguntas de la protagonista, en referencia a lo sucedido con Darcy y la boda de su hermana. Al haber observado el primer comentario sobre los diálogos, y con la advertencia de mi tutora, Marta Sanjuán, sobre cómo no me tenía que fijar solo en lo temático sino también en lo formal, decidí preguntarles por las cartas y suscitó un debate:

Am.: Las cartas son un rollo.

An: ¡Qué va! Son bonitas.

J.L.: Es que Amelia es más...

Am: ¿Más qué?

J.L.: Más cursi todavía.

Al: A mí me ha parecido aburrido.

An: Hay dos ¿no?, la de Darcy a Elizabeth y la de la tía.

Al: Son largas las dos.

Nuestros alumnos no están acostumbrados a las cartas porque les parecen largas y fuera del mundo en el que viven. A todos, en general, les resultan aburridas menos a Andrea a quien, por su carácter romántico, las cartas le parecen una idea muy bonita.

Puede que si hubieran sido más breves hubieran hecho una asimilación con los e-mails que mandan ellas y las hubieran aceptado como algo propio de su mundo hecho de 150 caracteres.

- ¡Que cantidad de personajes!

Am: Es que aquí hay infinidad de gente enamorada

Dice Amelia durante la primera sesión en comparación con los libros que suele leer.

Los alumnos no están acostumbrados a la cantidad de personajes que puede haber en una novela del siglo XIX, en la que es muy habitual un gran abanico de

personajes secundarios. Es más, a pesar de que solo se les ha subrayado la historia principal, siguen sin darse cuenta de qué personajes son secundarios y cuáles no. Como dice Andrea:

Am: A mí me ha gustado solo que porque hay tal cantidad de personajes a veces me lío un poco.

Tal vez con una guía de lectura o leyendo la obra completa hubieran tenido una visión completa de todos los personajes pero al leer solo fragmentos leyeron nombres de personajes desconocidos.

Amelia aseguró el último día que al principio se había hecho un resumen, -así lo llama ella-, pero, por lo que explicó, era un esquema que relacionaba a todos los personajes entre sí.

Resulta curioso que tengan este problema al entender la obra, ya que los personajes de Jane Austen son muy planos y las relaciones están muy claras desde el principio. Tal vez, al no estar acostumbrados a tantos personajes, dejaron su mente vagar⁴ y confundieron, en ocasiones, personajes. Por ejemplo, al hablar de Lydia, Amelia hace referencia a un hecho sucedido con Lady Catherine, la tía de Darcy.

A la hora del veredicto final en la última sesión, cuando les pregunté, en general, si les había gustado, Andrea fue clara:

An: No deberían ser tantos personajes

- Problemas con la estructura de la novela.

Ya he comentado los dos puntos en los que los alumnos se fijaron más a la hora de hablar de la estructura del libro: la cantidad de personajes y los diálogos; es cierto que al ser fragmentos no pueden dar una visión global de la estructura de la novela, pero nos podemos hacer una idea de aquello que les llama la atención. Por lo general, es en la estructura en lo que más problemas tienen nuestros alumnos a la hora de entender la novela. Pueden tener problemas a hora de entender el contexto cultural e histórico, pero más que un problema es fascinación ante una sociedad que les es extraña y ven diferente. Pero las quejas ante la incomprensión del texto vienen por la forma. Los

⁴ Reitero, como en el anterior punto, qué seguramente esto podría haberse evitado con una buena guía de lectura.

alumnos no están acostumbrados a leer textos de esta complejidad. Se podría decir, currículo en mano, que estos alumnos han podido leer novelas de esta misma complejidad pero, como dirán en las encuestas, con muchos problemas y sin llegar a entenderlas del todo.

Uno de los pequeños problemas del texto es el relacionado con los nombres extranjeros, lo que indica que tampoco están acostumbrados a nombres extranjeros (aunque no parezcan nombres excesivamente difíciles y en las novelas que leen hay nombres parecidos). Alba comenta:

Al: Pero es que yo me lio mucho con los nombres... es que es súper complicado, ¿no podrían tener nombres normales.

Amelia se atascó en un capítulo del segundo bloque y comentó:

Am: Ha habido un capítulo que me lo he tenido que leer dos o tres veces porque no se explicaban, no entendía nada.

C.A.: ¿Cuál?

Am: No sé, uno en el que... bueno, no sé cual era pero me lo he tenido que leer más de tres veces. No me acuerdo solo sé que estaban Elizabeth, Jane y alguien mas y yo me liaba porque no sabía quien estaba con quien y luego en los diálogos casi no te enteras ni a quien se dirige. Entonces pues, me lio.

No conseguí averiguar a qué capítulo se refería pero vemos cuál es el problema: Andrea tiene que volver a leer porque no entiende un pasaje donde hay diálogo y donde no tiene claro los personajes. En la última sesión observé cierta desilusión por el proyecto. Amelia había dormido mal y era la que más aportaba en el comentario. Estaban cansados y les había parecido mucho lo que les había mandado puesto que era mucho mayor que el primer bloque. José Luis dijo que solo se lo había leído a cachos y Amelia dijo:

Am.: La primera parte la entendí más que esta.

Al.: eran menos hojas y estaban más claras las cosas.

An: es que lo cogiste con más ganas al principio.

ASPECTOS TEMÁTICOS

El tema y los personajes tuvieron mucho peso en la conversación en clase. Repasamos a todos los personajes a partir de un comentario sobre cómo no podían recordar todos los nombres y me dieron sus opiniones sobre estos y las historias de amor que veían en el texto.

- Darcy, un personaje distinto.

A la hora de hablar de Darcy, todas (José Luis, el único varón, no se pronunció de una manera clara) mostraron su admiración por el personaje: es el que les hacía seguir leyendo para saber cómo acababa la historia.

Am.: yo seguía leyendo para saber cómo acababa todo porque me interesaba el personaje de Darcy.

Y ante la pregunta de su hermano sobre el porqué de este gusto

Am: porque es diferente a los demás que son tan simpáticos.

Pero Andrea dice:

An: Habla muy poco, habla mu borde.

Y Alba en la última sesión (ella no estuvo en la primera) dice:

Al: Yo me fijo más en Darcy porque es un nombre que me gusta.

Durante la tercera sesión, tal vez por el paso del tiempo o por el cansancio, también se oyeron más críticas sobre el personaje.

Al: Pero se casan al final

Am.: Con lo borde que es el otro

- El cruel destino de las hermanas Bennet.

Una de los temas que más les ha interesado a los alumnos es el de las normas de la sociedad victoriana, tan diferentes a las suyas. Yo les enseñé dibujos de vestidos de la época y hablé un poco de la rigidez de esta sociedad en la que las mujeres solo servían como esposas y madres. Ellos no comprendían por qué esa obsesión por las

bodas y por la fama de las familias, razón por la que incluí parte de la historia de Lydia y Wickham.

Sobre la madre y su obsesión por las bodas hablaron largo y tendido en la primera sesión:

J.L.: Yo lo que no entiendo es lo de la boda para “joder” no tienen que casarse.

Y sobre la madre en particular:

Am: Yo lo que veo mal es que tu madre te diga con quién tienes que casarte y con quién no.

Todos estos comentarios terminan en este diálogo (Amelia había hecho el comentario anterior 10 minutos antes pero tiene que volver a preguntar de quién se habla):

An: A mí lo que me parece escandaloso es lo de la madre de las niñas.

Am.: ¿Quién?

An: Sí, la madre, la que está empeñada que se case con el rico.

J.L.: ¿Qué pasa con la madre?

Am.: Pretende casar a sus hijas con cualquiera pero no se preocupa si sus hijas están enamoradas.

C: Pero ten en cuenta que una mujer en esa época no podía trabajar fuera de casa, necesitaba un buen marido.

An.: Ya, pero el amor también es importante.

Las estrictas reglas de cortesía no se entienden tampoco:

Am: En el primer capítulo la madre le dice al padre que vaya a visitarle porque si no ella no puede.

También hicieron una comparación con su vida cotidiana:

Am: Aquí hay un baile, las chicas llegan y se sientan esperando que alguien le saque a bailar, ahora si van a la discoteca no esperas quieta a que alguien te saque a bailar.

Resume muy bien toda la conversación Amelia:

Am: Desde luego en esta época había muchas normas.

Y en la tercera sesión Andrea también comenta:

An: ¿Y eso pasaba en aquella época? ¡Qué complicación!

En la segunda sesión, José Luis aprovecha uno de estos comentarios sobre cómo vivían en esta época para hacer una observación sobre Andrea:

J.L.: Andrea no podría vivir ahí.

An: Yo... sin tele

C. (intentando mostrar como no se aburrían): Leían mucho, estudiaban, pintaban...

J.L.: Pero no podían ir a la discoteca.

También preguntaban curiosidades:

An: ¿Había bares en esa época?

J.L.: Sí, la taberna

An: ¿Y se emborrachaban?

J.L.: sí, con vino.

Al: Una copita de vino y ya iban...

También intenté hacerles ver que en esta época, y ellos sobre todo, están sujetos a normas, pero no quisieron verlo y negaron cualquier relación. Les puse de ejemplo las discotecas; antes eran los bailes pero ahora donde se socializa es en las discotecas pero ellos respondieron que se puede sociabilizar en muchos sitios. Amelia, por ejemplo, habló de los amigos que había hecho gracias al baloncesto.

- Los que de pequeños se pelean de mayores se desean.

Una de las cosas que tienen claras todos los alumnos es que Darcy y Elizabeth van a terminar juntos. Es más, se sintieron un poco defraudados porque esta lo rechazara en un primer momento.

En la primera sesión, cuando se les preguntó sobre lo que pasaría, respondieron:

C.: ¿Cómo creéis que va a acabar?

Am.: Con una de las hijas

An: con Elizabeth

Responden esto en un primer momento. Al final de la clase, se lo vuelvo a preguntar y responden:

C: ¿Qué crees que le va a pasar?

Am.: Se le va a declarar

C.: Pero Elizabeth esta un poco cabreada

Am.: Da igual

An.: Se le declarará y se enamorará

Tras el rechazo de Elizabeth siguen manteniendo la fe en la pareja:

Am: Yo creo que acaban junto porque aquí muchas peleas pero siempre acaban juntos.

An: Yo creo que acaban juntos pero por el momento no... En el último momento Darcy cambiará de actitud.

El misterio sobre el futuro de la pareja hace que se sientan entusiasmados por la continuación de la lectura.

An: Yo quiero ver como acaba y si cambia de actitud.

Ante el final todos se alegran.

An.: Yo ya me esperaba que iban a acabar juntos.

Solo en ocasiones les entran dudas, puesto que ya no todos los libros terminan así. Tienen ejemplos de que no siempre los libros acaban como ellas quieren.

Am: no se sabe con quién va a acabar ¿esto es como cuando parece que se va a casar con una pero termina con otra?

Toda esta desconfianza se debe a su libro favorito, *Tres metros sobre el cielo*.

Am.: Le va a pedir que se case con él y le va a decir que sí.

J.L.: Por supuesto son todas iguales.

An.: Ni de coña

J.L. En todos estos libros el chico acaba con la chica.

An: En *Tres metros sobre el cielo* no acaban juntos. Y en *Tengo ganas de ti* acaba con otra.

A raíz de esta historia los alumnos han relacionado la relación de la pareja Darcy y Elizabeth con amigos suyos que de niños se llevaban muy mal y en la adolescencia han tenido relaciones amorosas. “Esto es como... “ decían en la segunda sesión. Observamos a José Luis aprovechar la ocasión para meterse con Andrea.

J.L. Esto es así, Elizabeth le ha mandado a freír espárragos porque en el fondo todos sabemos que Elizabeth quiere a Darcy.

C.A.(intentando meter cizaña): No, ella ha declarado que le produce “la desaprobación que los sucesos posteriores convirtieron en firme desagrado; y no hacía un mes aún que le conocía cuando supe que usted sería el último hombre en la tierra con el que podría casarme” (leído)

J.L.: En el fondo está súper enamoradísima de él como cuando Andrea y Yoyo (risas de los demás y protestas de Andrea) ¿Qué le vamos a hacer, colega? Va a ser una boda por todo lo alto.

- Lydia, la rebelde de la familia

Al ver cómo no entendían las normas de la sociedad victoriana, les introduje fragmentos de la historia de Lydia, una deshonra para la familia, para que vieran que la gente se fugaba para casarse. Al contrario de lo que se podría esperar, se lo tomaron como una historia muy normal.

Primero Alba comenta:

Al.: Son muy... venga ya, nos casamos.

Después, cuando les pregunté directamente, comentaron:

An: A mí me parece algo más normal, pasan un poco de todo... les da igual todo.

Am: A mí me parece una historia normal y la chica esta me cae mal.

C.: ¿Cuál?

Am: Lydia, sí.

C.: ¿Por?

Am: Porque en una conversación con Elizabeth la trata muy mal.

C.: Lydia es...

An: Es mala

Al: La típica niña de mamá

Am: Es muy maleducada dice: “no me voy a despedir ni de tus padres ni de ti...

C.: Esta es Lady Catherine

Am: Esa, otra que me cae mal

Al: ¿te cae bien alguna?

Am: Solo Jane y Elizabeth.

Al: La Lady Catherine ¿quién era?

En este dialogo se puede observar cómo siguen sin tener claros los personajes a pesar de haberlos definido previamente en clase.

ASPECTOS DE COMPARACIÓN ENTRE *ORGULLO Y PREJUICIO* Y LAS NOVELAS JUVENILES ROMÁNTICAS DE SU CANON PERSONAL

Durante el comentario busqué que compararan los libros que ellos leían con lo que habíamos leído en clase. Lo que más me sorprendió fue la primera comparación con los personajes que aparece en sus novelas y la queja ante la cantidad excesiva de personajes de la que ya hemos hablado muchas veces en la sección de aspectos formales.

Otro punto de comparación se refiere a las semejanzas y diferencias entre Elizabeth y Bibi.

- No son tantos

Am: En los libros que leo yo solo hay una pareja o un triángulo amoroso

dice Amelia al comentar la cantidad de personajes que hay en la novela leída. No está acostumbrada a tal cantidad de personajes o, simplemente, en los fragmentos dados no hay una división clara entre cuáles son los personajes principales y los secundarios. En la novela *A tres metros sobre el cielo*, de la que hablan sin descanso, también hay personajes secundarios: están Pollo (¡Pobre Pollo! Suspiran las tres a la vez cuando hablan de él) y Pillina y en *Crepúsculo* está toda la familia vampírica de Edward. Pero estos sí que los reconocen como secundarios. En cambio, toman a la familia Bennet como un todo sin distinguir qué personajes son principales o secundarios.

Pero hay que comentar que de los personajes secundarios en *Tres metros sobre el cielo*, no recuerdan los nombres. Pillina, la amiga de Bibi, es nombrada como “la mejor amiga de Bibi” y a Pollo lo recuerdan debido a su final trágico, por lo que habría que plantearse qué tipo de lectura hacen de los libros que en teoría leen por placer y observar si leen atendiendo a la forma o solamente al contenido. Por lo que parece, cuando se observa el lío de personajes que tienen en la cabeza después de la lectura, no se fijan en la totalidad de la obra sino que simplemente leen para enterarse de la historia.

Otra cosa curiosa es cómo en el libro de Moccia, tras el éxito de la película, hacen una perfecta asimilación Steph-Mario Casas y hablan del actor como si fuera el mismo personaje del libro.

- Las mujeres.

Como ya he hablado en uno de los primeros puntos, me sorprendía que Elizabeth fuera la más luchadora en comparación con todas las protagonistas de los libros que leían mis alumnos, por lo que les pedí que me contaran el argumento de *Tres metros sobre el cielo* y si veían alguna diferencia o semejanza con las dos protagonistas.

Primero les costó mucho contar la historia desde el punto de vista de Bibi ya que el centro de la narración es el protagonista masculino. Después a la hora de la comparación comentaron:

An: Son más o menos parecidas, la diferencia es que en la de *3MSC* acaban separados y aquí juntos.

Am: Las peleas las tienen igual.

Ya iba a ser la hora y lo dejamos ahí. Además yo no quería hablar demasiado porque temía darles una charla sobre feminismo y me mordí la lengua para no comentarles cómo Bibi no mostraba ser una persona íntegra mientras que Elizabeth sí, y muchas otras cosas que se me ocurrieron ante la lectura del libro de Moccia que me sublevaron.

Sí que es curioso que el hombre tiene para ellas un papel principal, asemejándolo con el actor y dándole toda la importancia a él, mientras que olvidan al personaje femenino.

El final de estos dos libros de Moccia (*Tres metros sobre el cielo* y *Tengo ganas de ti*) sí que son muy comentados debido a que no acaban como quisieran sus lectoras, que lamentan una y otra vez que Steph no sea feliz con Bibi y que en el segundo libro acabe con otra porque para ellas es una verdadera historia de amor.

4.2. Análisis de las encuestas

Las encuestas pasadas a principio de Junio como una recopilación de datos y una forma de evaluar el proyecto se hicieron en dos clases. En la primera solo encontré dos alumnos por lo que tuve que esperar una semana para que Miguel mi tutor pasara la encuesta a las dos alumnas que faltaban.

Al ser 4 alumnos no podemos obtener datos estadísticos, como ya hemos comentado en alguna otra ocasión, pero sí que podemos comprobar cosas que ya nos habían comentado a lo largo del análisis.

En cuanto a los hábitos lectores, los alumnos se dividen en dos grupos: encontramos a dos lectoras, Amelia que se considera lectora y lee 10 horas a la semana y Alba, que lo hace durante 4. Los otros dos alumnos se consideran lectores ocasionales y dicen leer 3 horas a la semana. Tal vez esto se deba a que solo leen los fines de semana, ya que la pregunta estaba formulada de esta manera:

- 1) Te consideras:
 - a) Lector
 - b) Lector ocasional (vacaciones, fines de semana...)
 - c) No lector

Todos leen por el placer de la lectura y por el placer de leer las aventuras de los personajes, cosa que se podría esperar de cuatro personas consideradas lectores, pero llama la atención que ninguno se plantea leer “por la importancia para mi formación como persona” otra de las opciones en esta pregunta:

- 3 ¿Por qué crees que lees?
 - d) Por el placer de la lectura
 - e) Por imposición
 - f) Por la importancia para mi formación como persona
 - g) Por el placer de leer las aventuras de los personajes.
 - h) Otros _____

A la hora de elegir las lecturas, todos menos J.L. se fijan también en cómo está escrito el libro. Aunque el análisis muestra que en ocasiones no entienden algunas

estructuras, sí que son conscientes de ellas y parecen influir en los libros que eligen, o por lo menos eso comentan al responder a la siguiente pregunta:

- 5) Cuando lees:
 - a) Solo me fijo en el argumento y la historia
 - b) Me fijo en lo que se dice pero también cómo se dice aunque no le doy importancia
 - c) Elijo los libros por los argumentos pero también por cómo está escrito
 - d) Para mí lo que hace interesante un libro es su estructura más de lo que se cuenta.
 - e) Otros _____

Las tres chicas hacen el mismo ranking de tipo de novelas: romántica, terror y aventuras mientras que el chico se decanta por el comic, la ciencia ficción y la aventura. Puede producir curiosidad el porqué de la elección de terror pero ya que no seguí trabajando con ellos tendré que quedarme con las dudas pero puede ser debido a las películas de terror adolescente. Este ranking se debe a la siguiente pregunta:

- 1) Ordena según tus gustos los diferentes tipos de novelas:
 - a) _____ Aventura
 - b) _____ Terror
 - c) _____ Romántica
 - d) _____ Ciencia Ficción
 - e) _____ Fantástica
 - f) _____ Biografías
 - g) _____ Comics
 - h) _____ Épica

J.L. lleva una temporada leyendo libros de *Los cinco* de la colección de Enid Blyton, elección curiosa para un adolescente y sus comics favoritos son los de *Mortádelo* y *Filemón* y la que es que “me hacen gracia”.

Las chicas han estado leyendo durante este año todos los libros posibles de Moccia y dan diversas razones para leerlos: por el romanticismo, porque hablan como ellos o simplemente porque es su autor favorito.

Ante las lecturas de la escuela las leen sin profundizar y a veces con problemas para comprender del todo el libro y no sienten que se les tenga en cuenta para la selección (a excepción de J.L. que si se siente incluido), las tres chicas respondiendo las tres lo mismo ante la siguiente pregunta:´

- 1) Los libros que se leen en clase:
 - a) Los profesores intentan que se parezcan a los que leemos por lo que disfrutamos leyéndolos
 - b) Cuentan con nosotros a la hora de elegirlos sintiéndonos incluidos en la elección y disfrutando con la lectura.
 - c) Son libros que no sentimos como nuestros por lo que los leemos simplemente por imposición.
 - d) Son libros que no eligen pensando en nuestro nivel por lo que son muy difíciles a la hora de leerlos.
 - e) Otros _____

Menos Alba (hay que entender que el primer día faltó y el segundo no podía leer debido a un fallo en la vista) todos han considerado el proyecto entretenido pero los textos difíciles a la hora de entenderlo, según revelan sus respuestas a las dos primeras preguntas sobre el proyecto:

- 12) La lectura y comentario en clase me ha parecido...
 - a) Aburrido
 - b) Entretenido
 - c) Interesante
 - d) Una pérdida de tiempo
 - e) Otro _____
- 13) Los textos leídos me han parecido:
 - a. Aburridos
 - b. Dificiles a la hora de entenderlos
 - c. Interesantes
 - d. Adecuados para nuestro nivel
 - e. Otros _____

Sobre su actitud en las sesiones de lectura he querido profundizar con la siguiente pregunta:

- 14) En clase:
 - a. He hablado sobre el tema aportando mi punto de vista.
 - b. He intentado evitar la interacción hablando lo menos posible
 - c. No he atendido en clase hablando solo cuando me han preguntado
 - d. No he atendido y he interrumpido la clase con otros temas.
 - e. Otros _____

Andrea, una de las que más a hablado y participado, no considera que ha estado atenta y que solo ha hablado cuando le han preguntado. Tal vez esta respuesta se deba al carácter tímido y reservado de la muchacha.

Ante las preguntas sobre la experiencia de la conversación literaria:

- 15) El hablar sobre la lectura:
 - a. Me ha ayudado a entender aquello que no entendía de lo leído
 - b. Me ha sido indiferente a la hora de enfrentarme al texto
 - c. Me ha planteado aspectos de la lectura que no me suelo plantear
 - d. No me ha gustado.
 - e. Otros _____

- 16) La experiencia me ha parecido:
- a. Indiferente, creo que no he aprendido nada
 - b. Interesante, he visto una nueva manera de ver y leer un libro
 - c. Mala, creo que ha sido una pérdida de tiempo
 - d. Otros _____

todos menos Alba, opinan que la experiencia les ha ayudado a entender mejor lo leído. Alla le ha parecido indiferente, tal vez por lo que hemos comentado sobre sus faltas.

José Luis y Amelia repetirían mientras que Andrea y Alba declaran no querer repetir la experiencia.

5. Conclusiones, líneas secundarias de investigación e implicaciones para la mejora de la docencia.

5.1. Conclusiones

Podemos dar por confirmadas todas nuestros presupuestos iniciales, al crear un ambiente de conversación literaria los alumnos pueden hablar de lo leído entre los ellos y crear un significado global del texto distinto al personal de cada uno.

Para realizar todos aquellos procesos cognitivos que se producen a la hora de la lectura los adolescentes utilizan sus conocimientos previos y sus lecturas juveniles para poder llegar a una completa comprensión de la historia: no temerían un final desdichado sin o hubieran leído *Tres metros sobre el cielo* y tampoco se alegrarían tanto del final de *Orgullo y Prejuicio* si el libro que idolatran terminara bien.

Sarland acierta al indicar que todas las experiencias influyen a la hora de la lectura: vemos cómo los alumnos no solo hacen conexiones con otros libros, sino otros medios de expresión como pueden ser el cine o la televisión. El lector, cuando lee, activa procesos cognitivos muy complejos que no solo afectan a lo leído anteriormente sino también a lo visto o vivido con anterioridad para conseguir así una comprensión completa del texto.

Por todo esto no debemos despreciar las lecturas de nuestros alumnos porque son la base para el entendimiento de otras obras; si trabajamos a partir de ellas la respuesta emocional (yo les dije que íbamos a tratar una novela romántica ya que a ellas les gustaba Federico Moccia) será mucho mayor y quizá la respuesta lectora a los libros que ellos consideran “obligatorios” se abordara como algo mucho más interesante y placentero. Hemos de estar atentos a nuestros alumnos⁵ y descubrir sus inquietudes lectoras favoreciendo en clase un ambiente en el que hablar de literatura sea algo normal. Se puede incluso crear un fichero con libros favoritos para que los libros que leen los alumnos y el profesor sean los que guíen hacia otras lecturas. El profesor compartiendo con los alumnos sus libros favoritos puede conseguir involucrarse con la clase creando cohesión y transformarse en un guía para los alumnos, que buscarán saber aquello que le gusta al profesor.

Las respuestas emocionales a la hora de leer por parte de nuestros alumnos no han sido muchas. La identificación con la obra de Jane Austen, tal vez por la época en la que se sitúa la historia o por la historia en sí, no se ha producido aunque nuestros alumnos sí preguntan por detalles mínimos como la forma de vida en la sociedad victoriana o comparan las normas de conducta entre los protagonistas y ellos mismos. La identificación solo se produce en detalles de tipo amoroso, por tanto se centran en el tema que a las chicas sobre todo les interesa; ellas leen la novela queriendo saber cómo acaba la historia de amor. El final feliz de la historia les lleva, en ocasiones, a hacer comparaciones con los libros que ellas leen. Las pocas conexiones que han realizado con la novela no es lo habitual ni lo que nos había planteado por lo que habría que considerar si el libro ha sido el adecuado o si se podría haber presentado de una manera distinta para conseguir mayor atención de los alumnos.

Esta falta de conexión emocional se observa con la lectura en voz alta de los alumnos. El fragmento tiene una fuerza impresionante pero los alumnos se muestran indiferentes ante las duras palabras que se intercambian los protagonistas y se centran en otros datos secundarios.

Al analizar la estructura de la obra he observado que los alumnos tienen algunas deficiencias a la hora de identificar marcadores del discurso narrativo. Tal vez se deba a

⁵ Yo por ejemplo no lo estuve ya que me concentre en leerme la Saga Crepúsculo cuando los alumnos ya veían esto como algo anticuado.

que no se les anima a que reflexionen sobre este tipo de rasgos textuales ni se les enseña a leer con profundidad. Habría que plantearse la lectura guiada hasta que estos alumnos tengan un buen nivel para poder leer ellos solos y también observar en el tipo de libros que leen cuál es el esquema narrativo para intentar comprender esta deficiencia.

Otra de las posibles razones por la que ellos no entiendan la estructura del texto puede ser la poca importancia (aunque ellos aseguren que no) que le dan al discurso literario. Ellos quieren vivir como en una película las emociones de los protagonistas de los libros, por lo que no se le da gran importancia a la estructura. Hemos de enseñar a nuestros alumnos a apreciar esta estructura porque si no nunca podrán disfrutar de libros que jueguen con ella quedándose en el nivel de lectores ingenuos sin llegar a ser competentes.

5.2. Líneas secundarias de investigación que se abren

Tal vez por mi afán antropológico y sociológico creo que este proyecto podría dar pie a un estudio más profundo de cómo ven las adolescentes a los protagonistas de sus libros, hasta qué punto quieren imitarlas y las admiran.

Hay que tener en cuenta que están en una edad, como dice el tópico, “difícil”; donde están creando su propia identidad y esta puede variar dependiendo de muchas cosas, entre ellas las lecturas. Por tanto tal vez se debería de vigilar o aprender a leer de una manera crítica aquellos libros que venden un modelo de mujer débil y subyugada a lo masculino.

En lo que se refiere a la Didáctica de la Lengua y Literatura se podría seguir analizando las respuestas lectoras a través de otras novelas del canon o analizar cómo ven los alumnos los libros de su propio canon personal, qué es lo que les engancha y crea fenómenos como Federico Moccia con el fin tal vez de recomendar libros que puedan entusiasmar a los alumnos pero con una mayor calidad.

Analizando cómo leen sus libros tal vez se descubriera una de las cosas que más me han llamado la atención: la falta de conciencia de la estructura narrativa. Cuando elegí la obra, los personajes o los diálogos cuando elegí la obra no me parecieron

difíciles pero la práctica ha demostrado que los alumnos tienen problemas en distinguir personajes y orientarse en los diálogos. Habría que estudiar como leen y porqué tienen problemas en este sentido.

5.3. Implicaciones metodológicas

Una de las ideas que surgen a partir de este proyecto a la hora de la práctica educativa es continuar la labor de Guadalupe Jover. Se tendría que plantear la educación literaria de una manera muchísimo mas seria en el instituto y crear un consenso entre los profesores no solo de un año en concreto sino crear un plan de lectura que se mantenga durante más tiempo en el que se tengan en cuenta las lecturas de los adolescentes y las lecturas en cursos anteriores.

Otra idea que puede extraerse es la de acostumbrar a los chicos desde pequeños a las conversaciones literaria. Han de aprender a compartir la lectura, a conocer los libros favoritos de sus amigos y compartir los suyos propios con ellos. Esto, como el punto anterior, ha de ser un trabajo en equipo, por lo que también tendría que ser algo creado desde el departamento y que se mantuviera en el tiempo.

La tercera consistiría en nunca olvidar las emociones a la hora de la lectura; no podemos olvidar que la adolescencia es un momento en la vida en el que todo se siente con más intensidad y muchas veces por primera vez por lo que hemos de poder aprovechar esa carga sentimental para motivarles a leer; para ellos leer no tiene que ser algo mecánico sino emocionante. Si nos paramos a pensar hay libros que hemos leído durante la adolescencia y nos han marcado a lo largo de nuestra vida acompañándonos en nuestro camino.

Otro último punto se refiere a la enseñanza del discurso narrativo en las aulas: tenemos que buscar la mayor comprensión del texto, para esto hemos de buscar que tengan, ante textos difíciles de entender una guía que les ayude a poder entender completamente el texto y así poco a poco aprender a hacerlo solo. Si lo hacemos, si les ayudamos cuando lo necesitan la segunda vez que lean un texto parecido lo comprenderán mucho mejor.

Tal vez se debería procurar en el instituto guiones de lectura para que los alumnos, poco a poco, aprendieran a leer textos cada vez más complejos. A leer se

aprende leyendo, es cierto, pero se necesita ayuda para llegar a comprender según qué textos. Si no se les ayuda a los alumnos, estos no lo entienden y se crea una frustración, primero, por el texto, y después por toda la literatura

6. Bibliografía

CHAMBERS, A. (1993. Trad. 2007), *Dime. Los niños, la lectura y la conversación*. México: FCE

CIDE (CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCUMENTACIÓN EDUCATIVA) (2003) *Los hábitos de lectura de los adolescentes españoles*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

CUESTA, C. (2006), *Discutir sentidos. La lectura literaria en la escuela*. Buenos Aires: Libros del Zorzal

GRUPO Lazarillo (I. TEJERINA *et al.*) (2004), *Lecturas y lectores en la E.S.O. Una investigación educativa*. Santander: Consejería de Educación del Gobierno de Cantabria.

DÍAZ-PLAJA, A. “El lector de secundaria” en VV.AA. (2002), *Aspectos didácticos de Lengua y Literatura, 12*. Zaragoza: ICE Universidad de Zaragoza, pp 171-197

JOVER, G. (Coor.) (2009) *Constelaciones literarias. “Sentirse raro. Miradas sobre la adolescencia”*. Málaga: Junta de Andalucía, Consejería de Educación

MENDOZA, A., LOPEZ, A. y MARTOS Núñez, E. (1996). *Didáctica de la Lengua para la enseñanza primaria y secundaria*. Madrid: Akal.

MENDOZA, A. “El proceso lector: La interacción entre competencias y experiencias lectoras. Pautas para la reflexión sobre la competencia lectora” en MENDOZA, A. (2002) *La educación de la lectura en edades tempranas*. Madrid: MEC.

MENDOZA, A. (2004): “Facetas de la investigación en Didáctica de la lengua. Consideraciones para establecer un diseño de investigación”, en SANJUÁN, M. (Coor.)

(2004), *Aspectos didácticos de Lengua y Literatura*, 13, ICE Universidad de Zaragoza, pp. 11-68

LÓPEZ, A. y ENCABO, E. (2002) *Introducción a la Didáctica de la lengua y la literatura (Enfoque sociocrítico)*, Barcelona: Octaedro.

ROSENBLATT, L. (1938/1995. Trad. 2002), *La literatura como exploración*. México: FCE

SANCHEZ CORRAL, L. “Didáctica de la literatura, relaciones entre el discurso y el sujeto” y “De la competencia literaria al proceso educativo: actividades y recursos” en MENDOZA A. (Coord.) (2003), *Didáctica de la Lengua y la Literatura para Primaria*. Madrid: Pearson Educación, pp. 291-317 y 319-348

SANJUÁN, M. “Aprender literatura en la escuela: una investigación etnográfica con estudiantes de magisterio” en NUÑEZ, M. P. y RIENDA, J (2011), *La investigación en Didáctica de la lengua y literatura: situación actual perspectivas de futuro*. Madrid: SEDLL, pp. 1575-1598

SANJUÁN, M. “De la experiencia de la lectura al a educación literaria. Análisis de los componentes emocionales de la lectura literaria en la infancia y la adolescencia en *Revista OCNOS*, nº 7, 2011, pp.85- 99

SARLAND, Ch. (1991. Trad. 2003), *La lectura en los jóvenes: cultura y respuesta*, México: FCE

ANEXOS

Anexo I

La encuesta

6/6/2012

Nombre y apellidos:

Edad:

Sexo:

Estudios del padre:

Estudios de la madre:

1) Te consideras:

a) Lector

b) Lector ocasional (vacaciones, fines de semana...)

c) No lector

2) Si te consideras no lector, ¿por qué?

a) Falta de tiempo

b) Falta de motivación

c) Falta de interés

d) Lo considero como algo impuesto por el instituto.

e) Otro _____

- 3) ¿Por qué crees que lees?
- a) Por el placer de la lectura
 - b) Por imposición
 - c) Por la importancia para mi formación como persona
 - d) Por el placer de leer las aventuras de los personajes.
 - e) Otros _____
- 4) Leo un total de _____ horas a la semana
- 5) Cuando lees:
- a) Solo me fijo en el argumento y la historia
 - b) Me fijo en lo que se dice pero también cómo se dice aunque no le doy importancia
 - c) Elijo los libros por los argumentos pero también por cómo está escrito
 - d) Para mi lo que hace interesante un libro es su estructura más de lo que se cuenta.
 - e) Otros _____
- 6) Ordena según tus gustos los diferentes tipos de novelas:
- a) _____ Aventura
 - b) _____ Terror
 - c) _____ Romántica
 - d) _____ Ciencia Ficción
 - e) _____ Fantástica
 - f) _____ Biografías
 - g) _____ Comics
 - h) _____ Épica

7) ¿Cuáles son los últimos libros que has leído? (sin contar con los que te han mandado en el instituto)

a) _____

b) _____

c) _____

d) _____

e) _____

8) ¿Cuáles son tus libros favoritos?

a) _____

b) _____

c) _____

9) ¿Podrías explicar porqué?

10) Los libros que tenéis que leer para la asignatura de Lengua Castellana y Literatura:

a) Disfruto con ellos como el resto de lecturas

b) Al pensar que son obligatorios, los leo rápido y leo sin profundizar en ellos.

c) No los entiendo y me cuesta mucho acabarlos

d) Intento no leerlos y busco resúmenes por internet

e) Otros _____

11) Los libros que se leen en clase:

- a) Los profesores intentan que se parezcan a los que leemos por lo que disfrutamos leyéndolos
- b) Cuentan con nosotros a la hora de elegirlos sintiéndonos incluidos en la elección y disfrutando con la lectura.
- c) Son libros que no sentimos como nuestros por lo que los leemos simplemente por imposición.
- d) Son libros que no eligen pensando en nuestro nivel por lo que son muy difíciles a la hora de leerlos.
- e) Otros _____

Sobre el proyecto:

12) La lectura y comentario en clase me ha parecido...

- a) Aburrido
- b) Entretenido
- c) Interesante
- d) Una pérdida de tiempo
- e) Otro _____

13) Los textos leídos me han parecido:

- a) Aburridos
- b) Difíciles a la hora de entenderlos
- c) Interesantes
- d) Adecuados para nuestro nivel
- e) Otros _____

14) En clase:

- a) He hablado sobre el tema aportando mi punto de vista.
- b) He intentado evitar la interacción hablando lo menos posible
- c) No he atendido en clase hablando solo cuando me han preguntado
- d) No he atendido y he interrumpido la clase con otros temas.
- e) Otros _____

15) El hablar sobre la lectura:

- a) Me ha ayudado a entender aquello que no entendía de lo leído
- b) Me ha sido indiferente a la hora de enfrentarme al texto
- c) Me ha planteado aspectos de la lectura que no me suelo plantear
- d) No me ha gustado.
- e) Otros _____

16) La experiencia me ha parecido:

- a) Indiferente, creo que no he aprendido nada
- b) Interesante, he visto una nueva manera de ver y leer un libro
- c) Mala, creo que ha sido una pérdida de tiempo
- d) Otros _____

17) Lo volverías a repetir:

- a) Sí
- b) No

18) Comentarios adicionales (optativo)

Anexo II

Primer bloque de fotocopias entregado a los alumnos

Orgullo y Prejuicio

La historia transcurre en la campiña inglesa en la época victoriana (siglo XIX).

Capítulo I

Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa.

Sin embargo, poco se sabe de los sentimientos u opiniones de un hombre de tales condiciones cuando entra a formar parte de un vecindario. Esta verdad está tan arraigada en las mentes de algunas de las familias que lo rodean, que algunas le consideran de su legítima propiedad y otras de la de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo un día su esposa—, ¿sabías que, por fin, se ha alquilado Netherfield Park?

El señor Bennet respondió que no.

—Pues así es —insistió ella—; la señora Long ha estado aquí hace un momento y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no hizo ademán de contestar.

—¿No quieres saber quién lo ha alquilado? —se impacientó su esposa.

—Eres tú la que quieres contármelo, y yo no tengo inconveniente en oírlo.

Esta sugerencia le fue suficiente.

—Pues sabrás, querido, que la señora Long dice que Netherfield ha sido alquilado por un joven muy rico del norte de Inglaterra; que vino el lunes en un landó de cuatro caballos para ver el lugar; y que se quedó tan encantado con él que inmediatamente llegó a un acuerdo con el señor Morris; que antes de San Miguel vendrá a ocuparlo; y que algunos de sus criados estarán en la casa a finales de la semana que viene.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Está casado o soltero?

—¡Oh!, soltero, querido, por supuesto. Un hombre soltero y de gran fortuna; cuatro o cinco mil libras al año. ¡Qué buen partido para nuestras hijas!

—¿Y qué? ¿En qué puede afectarles?

—Mi querido señor Bennet —contestó su esposa—, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? Debes saber que estoy pensando en casarlo con una de ellas.

—¿Es ese el motivo que le ha traído?

—¡Motivo! Tonterías, ¿cómo puedes decir eso? Es muy posible que se enamore de una de ellas, y por eso debes ir a visitarlo tan pronto como llegue.

—No veo la razón para ello. Puedes ir tú con las muchachas o mandarlas a ellas solas, que tal vez sea mejor; como tú eres tan guapa como cualquiera de ellas, a lo mejor el señor Bingley te prefiere a ti.

—Querido, me adulas. Es verdad que en un tiempo no estuve nada mal, pero ahora no puedo pretender ser nada fuera de lo común. Cuando una mujer tiene cinco hijas crecidas, debe dejar de pensar en su propia belleza.

—En tales casos, a la mayoría de las mujeres no les queda mucha belleza en qué pensar.

—Bueno, querido, de verdad, tienes que ir a visitar al señor Bingley en cuanto se instale en el vecindario.

—No te lo garantizo.

—Pero piensa en tus hijas. Date cuenta del partido que sería para una de ellas. Sir Willam y lady

Lucas están decididos a ir, y sólo con ese propósito. Ya sabes que normalmente no visitan a los nuevos vecinos. De veras, debes ir, porque para nosotras será imposible visitarlo si tú no lo haces.

—Eres demasiado comedida. Estoy seguro de que el señor Bingley se alegrará mucho de veros; y tú le llevarás unas líneas de mi parte para asegurarle que cuenta con mi más sincero consentimiento para que contraiga matrimonio con una de ellas; aunque pondré alguna palabra en favor de mi pequeña Lizzy.

—Me niego a que hagas tal cosa. Lizzy no es en nada mejor que las otras, no es ni la mitad de guapa que Jane, ni la mitad de alegre que Lydia. Pero tú siempre la prefieres a ella.

—Ninguna de las tres es muy recomendable —le respondió—. Son tan tontas e ignorantes como las demás muchachas; pero Lizzy tiene algo más de agudeza que sus hermanas.

—¡Señor Bennet! ¿Cómo puedes hablar así de tus hijas? Te encanta disgustarme. No tienes compasión de mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida. Les tengo mucho respeto a tus nervios. Son viejos amigos míos. Hace por lo menos veinte años que te oigo mencionarlos con mucha consideración.

—¡No sabes cuánto sufro!

—Pero te pondrás bien y vivirás para ver venir a este lugar a muchos jóvenes de esos de cuatro mil libras al año.

—No serviría de nada si viniesen esos veinte jóvenes y no fueras a visitarlos.

—Si depende de eso, querida, en cuanto estén aquí los veinte, los visitaré a todos.

El señor Bennet era una mezcla tan rara entre ocurrente, sarcástico, reservado y caprichoso, que la experiencia de veintitrés años no habían sido suficientes para que su esposa entendiese su carácter. Sin embargo, el de ella era menos difícil, era una mujer de

poca inteligencia, más bien inculta y de temperamento desigual. Su meta en la vida era casar a sus hijas; su consuelo, las visitas y el cotilleo.

Capítulo II

El padre de las hermanas Bennet conoce al señor Bingley dejando la puerta abierta para que las muchachas lo conozcan en el próximo baile.

Capítulo III

Llega el día del baile y el señor Bingley aparece con compañía de sus dos hermanas: la señorita Bingley y la señora Hurst a la que acompaña su marido; también les acompaña el señor Darcy.

El señor Bingley era apuesto, tenía aspecto de caballero, semblante agradable y modales sencillos y poco afectados. Sus hermanas eran mujeres hermosas y de indudable elegancia. Su cuñado, el señor

Hurst, casi no tenía aspecto de caballero; pero fue su amigo el señor Darcy el que pronto centró la atención del salón por su distinguida personalidad, era un hombre alto, de bonitas facciones y de porte aristocrático. Pocos minutos después de su entrada ya circulaba el rumor de que su renta era de diez mil libras al año. Los señores declaraban que era un hombre que tenía mucha clase; las señoras decían que era mucho más guapo que Bingley, siendo admirado durante casi la mitad de la velada, hasta que sus modales causaron tal disgusto que hicieron cambiar el curso de su buena fama; se descubrió que era un hombre orgulloso, que pretendía estar por encima de todos los demás y demostraba su insatisfacción con el ambiente que le rodeaba; ni siquiera sus extensas posesiones en Derbyshire podían salvarle ya de parecer odioso y desagradable y de que se considerase que no valía nada comparado con su amigo.

El señor Bingley enseguida trabó amistad con las principales personas del salón; era vivo y franco, no se perdió ni un solo baile, lamentó que la fiesta acabase tan temprano y habló de dar una él en Netherfield. Tan agradables cualidades hablaban por sí solas. ¡Qué diferencia entre él y su amigo! El señor Darcy bailó sólo una vez con la señora Hurst y otra con la señorita Bingley, se negó a que le presentasen a ninguna otra dama y se pasó el resto de la noche deambulando por el salón y hablando de vez en cuando con alguno de sus acompañantes. Su carácter estaba definitivamente juzgado. Era el hombre más orgulloso y más antipático del mundo y todos esperaban que no volviese más por allí. Entre los más ofendidos con Darcy estaba la señora Bennet, cuyo disgusto por su comportamiento se había agudizado convirtiéndose en una ofensa personal por haber despreciado a una de sus hijas.

Había tan pocos caballeros que Elizabeth Bennet se había visto obligada a sentarse durante dos bailes; en ese tiempo Darcy estuvo lo bastante cerca de ella para que la muchacha pudiese oír una conversación entre él y el señor Bingley, que dejó el baile unos minutos para convencer a su amigo de que se uniese a ellos.

—Ven, Darcy —le dijo—, tienes que bailar. No soporto verte ahí de pie, solo y con esa estúpida actitud. Es mejor que bailes —No pienso hacerlo. Sabes cómo lo detesto, a no ser que conozca personalmente a mi pareja. En una fiesta como ésta me sería imposible. Tus hermanas están comprometidas, y bailar con cualquier otra mujer de las que hay en este salón sería como un castigo para mí.

—No deberías ser tan exigente y quisquilloso —se quejó Bingley—. ¡Por lo que más quieras! Palabra de honor, nunca había visto a tantas muchachas tan encantadoras como esta noche; y hay algunas que son especialmente bonitas.

—Tú estás bailando con la única chica guapa del salón —dijo el señor Darcy mirando a la mayor de las Bennet.

—¡Oh! ¡Ella es la criatura más hermosa que he visto en mi vida! Pero justo detrás de ti está sentada una de sus hermanas que es muy guapa y apostaría que muy agradable. Deja que le pida a mi pareja que te la presente.

—¿Qué dices? —y, volviéndose, miró por un momento a Elizabeth, hasta que sus miradas se cruzaron, él apartó inmediatamente la suya y dijo fríamente: —No está mal, aunque no es lo bastante guapa como para tentarme; y no estoy de humor para hacer caso a las jóvenes que han dado de lado otros. Es mejor que vuelvas con tu pareja y disfrutes de sus sonrisas porque estás malgastando el tiempo conmigo.

El señor Bingley siguió su consejo. El señor Darcy se alejó; y Elizabeth se quedó allí con sus no muy cordiales sentimientos hacia él. Sin embargo, contó la historia a sus amigas con mucho humor porque era graciosa y muy alegre, y tenía cierta disposición a hacer divertidas las cosas ridículas.

En resumidas cuentas, la velada transcurrió agradablemente para toda la familia. La señora Bennet vio cómo su hija mayor había sido admirada por los de Netherfield. El señor Bingley había bailado con ella dos veces, y sus hermanas estuvieron muy atentas con ella. Jane estaba tan satisfecha o más que su madre, pero se lo guardaba para ella. Elizabeth se alegraba por Jane. Mary había oído cómo la señorita Bingley decía de ella que era la muchacha más culta del vecindario. Y Catherine y Lydia habían tenido la suerte de no quedarse nunca sin pareja, que, como les habían enseñado, era de lo único que debían preocuparse en los bailes. Así que volvieron contentas a Longbourn, el pueblo donde vivían y del que eran los principales habitantes. Encontraron al señor Bennet aún levantado; con un libro delante perdía la noción del tiempo; y en esta ocasión sentía gran curiosidad por los acontecimientos de la noche que había despertado tanta expectación. Llegó a creer que la opinión de su esposa sobre el forastero pudiera ser desfavorable; pero pronto se dio cuenta de que lo que iba a oír era todo lo contrario.

—¡Oh!, mi querido señor Bennet —dijo su esposa al entrar en la habitación—. Hemos tenido una velada encantadora, el baile fue espléndido. Me habría gustado que hubieses estado allí. Jane despertó tal admiración, nunca se había visto nada igual. Todos comentaban lo guapa que estaba, y el señor Bingley la encontró bellísima y bailó con ella dos veces. Fíjate, querido; bailó con ella dos veces. Fue a la única de todo el salón a la que sacó a bailar por segunda vez. La primera a quien sacó fue a la señorita Lucas. Me contrarió bastante verlo bailar con ella, pero a él no le gustó nada. ¿A quién puede gustarle?, ¿no crees? Sin embargo pareció quedarse prendado de Jane cuando la vio bailar. Así es que preguntó quién era, se la presentaron y le pidió el siguiente baile. Entonces bailó el tercero con la señorita King, el cuarto con María Lucas, el quinto otra vez con Jane, el sexto con Lizzy y el boulanger...

—¡Si hubiese tenido alguna compasión de mí —gritó el marido impaciente— no habría gastado tanto! ¡Por el amor de Dios, no me hables más de sus parejas! ¡Ojalá se hubiese torcido un tobillo en el primer baile!

—¡Oh, querido mío! Me tiene fascinada, es increíblemente guapo, y sus hermanas son encantadoras. Llevaban los vestidos más elegantes que he visto en mi vida. El encaje del de la señora Hurst...

Aquí fue interrumpida de nuevo. El señor Bennet protestó contra toda descripción de atuendos.

Por lo tanto ella se vio obligada a pasar a otro capítulo del relato, y contó, con gran amargura y algo de exageración, la escandalosa rudeza del señor Darcy.

—Pero puedo asegurarte —añadió— que Lizzy no pierde gran cosa con no ser su tipo, porque es el hombre más desagradable y horrible que existe, y no merece las simpatías de nadie. Es tan estirado y tan engreído que no hay forma de soportarle. No hacía más que pasearse de un lado para otro como un pavo real. Ni siquiera es lo bastante guapo para que merezca la pena bailar con él. Me habría gustado que hubieses estado allí y que le hubieses dado una buena lección. Le detesto.

Capítulo IV

Elizabeth y Jane hablan de la fiesta, Jane es incapaz de hablar mal de alguien debido a su buen carácter.

A continuación se habla del señor Bingley y sus hermanas.

Ente él y Darcy existía una firme amistad a pesar de tener caracteres tan opuestos. Bingley había ganado la simpatía de Darcy por su temperamento abierto y dócil y por su naturalidad, aunque no hubiese una forma de ser que ofreciese mayor contraste a la suya y aunque él parecía estar muy satisfecho de su carácter. Bingley sabía el respeto que Darcy le tenía, por lo que confiaba plenamente en él, así como en su buen criterio. Entendía a Darcy como nadie. Bingley no era nada tonto, pero Darcy era mucho más inteligente. Era al mismo tiempo arrogante, reservado y quisquilloso, y aunque era muy educado, sus modales no le hacían nada atractivo. En lo que a esto respecta su amigo tenía toda la ventaja, Bingley estaba seguro de caer bien dondequiera que fuese, sin embargo Darcy era siempre ofensivo.

El mejor ejemplo es la forma en la que hablaron de la fiesta de Meryton. Bingley nunca había conocido a gente más encantadora ni a chicas más guapas en su vida; todo el mundo había sido de lo más amable y atento con él, no había habido formalidades ni rigidez, y pronto se hizo amigo de todo el salón; y en cuanto a la señorita Bennet, no podía concebir un ángel que fuese más bonito. Por el contrario, Darcy había visto una colección de gente en quienes había poca belleza y ninguna elegancia, por ninguno de ellos había sentido el más mínimo interés y de ninguno había recibido atención o placer alguno. Reconoció que la señorita Bennet era hermosa, pero sonreía demasiado. La señora Hurst y su hermana lo admitieron, pero aun así les gustaba y la admiraban, dijeron de ella que era una muchacha muy dulce y que no pondrían inconveniente en conocerla mejor. Quedó establecido, pues, que la señorita Bennet era una muchacha muy dulce y por esto el hermano se sentía con autorización para pensar en ella como y cuando quisiera.

Capítulo V

Las Bennet y sus vecinos, los Lucas, hablan del baile, del señor Bingley y del señor Darcy.

—Lo que yo oí fue mejor que lo que oíste tú, ¿verdad, Elizabeth? —dijo Charlotte—. Merece más la pena oír al señor Bingley que al señor Darcy, ¿no crees? ¡Pobre Eliza! Decir sólo: «No está mal. »

—Te suplico que no le metas en la cabeza a Lizzy que se disguste por Darcy. Es un hombre tan desagradable que la desgracia sería gustarle. La señora Long me dijo que había estado sentado a su lado y que no había despegado los labios.

—¿Estás segura, mamá? ¿No te equivocas? Yo vi al señor Darcy hablar con ella.

—Sí, claro; porque ella al final le preguntó si le gustaba Netherfield, y él no tuvo más remedio que contestar; pero la señora Long dijo que a él no le hizo ninguna gracia que le dirigiese la palabra.

—La señorita Bingley me dijo —comentó Jane que él no solía hablar mucho, a no ser con sus amigos íntimos. Con ellos es increíblemente agradable.

—No me creo una palabra, querida. Si fuese tan agradable habría hablado con la señora Long. Pero ya me imagino qué pasó. Todo el mundo dice que el orgullo no le cabe en el cuerpo, y apostarí a que oyó que la señora Long no tiene coche y que fue al baile en uno de alquiler.

—A mí no me importa que no haya hablado con la señora Long —dijo la señorita Lucas—, pero desearía que hubiese bailado con Eliza.

—Yo que tú, Lizzy —agregó la madre—, no bailarí con él nunca más.

—Creo, mamá, que puedo prometerte que nunca bailaré con él.

—El orgullo —dijo la señorita Lucas— ofende siempre, pero a mí el suyo no me resulta tan ofensivo. Él tiene disculpa. Es natural que un hombre atractivo, con familia, fortuna y todo a su favor tenga un alto concepto de sí mismo. Por decirlo de algún modo, tiene derecho a ser orgulloso.

—Es muy cierto —replicó Elizabeth—, podría perdonarle fácilmente su orgullo si no hubiese mortificado el mío.

—El orgullo —observó Mary, que se preciaba mucho de la solidez de sus reflexiones—, es un defecto muy común. Por todo lo que he leído, estoy convencida de que en realidad es muy frecuente que la naturaleza humana sea especialmente propensa a él, hay muy pocos que no abriguen un sentimiento de autosuficiencia por una u otra razón, ya sea real o imaginaria. La vanidad y el orgullo son cosas distintas, aunque muchas veces se usen como sinónimos. El orgullo está relacionado con la opinión que tenemos de nosotros mismos; la vanidad, con lo que quisiéramos que los demás pensaran de nosotros.

—Si yo fuese tan rico como el señor Darcy, exclamó un joven Lucas que había venido con sus hermanas—, no me importaría ser orgulloso. Tendría una jauría de perros de caza, y bebería una botella de vino al día.

—Pues beberías mucho más de lo debido —dijo la señora Bennet— y si yo te viese te quitaría la botella inmediatamente.

El niño dijo que no se atrevería, ella que sí, y así siguieron discutiendo hasta que se dio por finalizada la visita.

Capítulo VI

Crece la amistad entre las Bennet y los Bingley especialmente con Jane. Charlotte Lucas, su vecina, habla con Elizabeth sobre esta relación. El señor Darcy empieza a fijarse en Elizabeth.

Era evidente, dondequiera que se encontrasen, que Bingley admiraba a Jane; y para Elizabeth también era evidente que en su hermana aumentaba la inclinación que desde el principio sintió por él, lo que la predisponía a enamorarse de él; pero se daba cuenta, con gran

satisfacción, de que la gente no podría notarlo, puesto que Jane uniría a la fuerza de sus sentimientos moderación y una constante jovialidad, que ahuyentaría las sospechas de los impertinentes. Así se lo comentó a su amiga, la señorita Lucas.

—Tal vez sea mejor en este caso —replicó Charlotte— poder escapar a la curiosidad de la gente; pero a veces es malo ser tan reservada. Si una mujer disimula su afecto al objeto del mismo, puede perder la oportunidad de conquistarlo; y entonces es un pobre consuelo pensar que los demás están en la misma ignorancia. Hay tanto de gratitud y vanidad en casi todos, los cariños, que no es nada conveniente dejarlos a la deriva. Normalmente todos empezamos por una ligera preferencia, y eso sí puede ser simplemente porque sí, sin motivo; pero hay muy pocos que tengan tanto corazón como para enamorarse sin haber sido estimulados. En nueve de cada diez casos, una mujer debe mostrar más cariño del que siente. A Bingley le gusta tu hermana, indudablemente; pero si ella no le ayuda, la cosa no pasará de ahí.

—Ella le ayuda tanto como se lo permite su forma de ser. Si yo puedo notar su cariño hacia él, él, desde luego, sería tonto si no lo descubriese.

—Recuerda, Eliza, que él no conoce el carácter de Jane como tú.

—Pero si una mujer está interesada por un hombre y no trata de ocultarlo, él tendrá que acabar por descubrirlo.

—Tal vez sí, si él la ve lo bastante. Pero aunque Bingley y Jane están juntos a menudo, nunca es por mucho tiempo; y además como sólo se ven en fiestas con mucha gente, no pueden hablar a solas. Así que Jane debería aprovechar al máximo cada minuto en el que pueda llamar su atención. Y cuando lo tenga seguro, ya tendrá tiempo—para enamorarse de él todo lo que quiera.

—Tu plan es bueno —contestó Elizabeth—, cuando la cuestión se trata sólo de casarse bien; y si yo estuviese decidida a conseguir un marido rico, o cualquier marido, casi puedo decir que lo llevaría a cabo. Pero esos no son los sentimientos de Jane, ella no actúa con premeditación. Todavía no puede estar segura de hasta qué punto le gusta, ni el porqué. Sólo hace quince días que le conoce. Bailó cuatro veces con él en Meryton; le vio una mañana en su casa, y desde entonces ha cenado en su compañía cuatro veces. Esto no es suficiente para que ella conozca su carácter.

—No tal y como tú lo planteas. Si solamente hubiese cenado con él no habría descubierto otra cosa que si tiene buen apetito o no; pero no debes olvidar que pasaron cuatro veladas juntos; y cuatro veladas pueden significar bastante.

—Sí; en esas cuatro veladas lo único que pudieron hacer es averiguar qué clase de bailes les gustaba a cada uno, pero no creo que hayan podido descubrir las cosas realmente importantes de su carácter.

—Bueno —dijo Charlotte—. Deseo de todo corazón que a Jane le salgan las cosas bien; y si se casase con él mañana, creo que tendría más posibilidades de ser feliz que si se dedica a estudiar su carácter durante doce meses. La felicidad en el matrimonio es sólo cuestión de suerte. El que una pareja crea que son iguales o se conozcan bien de antemano, no les va a traer la felicidad en absoluto. Las diferencias se van acentuando cada vez más hasta hacerse insoportables; siempre es mejor saber lo menos posible de la persona con la que vas a compartir tu vida.

—Me haces reír, Charlotte; no tiene sentido. Sabes que no tiene sentido; además tú nunca actuarías de esa forma.

Ocupada en observar las atenciones de Bingley para con su hermana, Elizabeth estaba lejos de sospechar que también estaba siendo objeto de interés a los ojos del amigo de Bingley. Al principio, el señor Darcy apenas se dignó admitir que era bonita; no había demostrado ninguna admiración por ella en el baile; y la siguiente vez que se vieron, él sólo se fijó en ella para criticarla. Pero tan pronto como dejó claro ante sí mismo y ante sus amigos que los rasgos de su cara apenas le gustaban, empezó a darse cuenta de que la bella expresión de sus ojos oscuros le daba un aire de extraordinaria inteligencia. A este descubrimiento siguieron otros igualmente mortificantes. Aunque detectó con ojo crítico más de un fallo en la perfecta simetría de sus formas, tuvo que reconocer que su figura era grácil y esbelta; y a pesar de que afirmaba que sus maneras no eran las de la gente refinada, se sentía atraído por su naturalidad y alegría. De este asunto ella no tenía la más remota idea. Para ella Darcy era el hombre que se hacía antipático dondequiera que fuese y el hombre que no la había considerado lo bastante hermosa como para sacarla a bailar.

Darcy empezó a querer conocerla mejor. Como paso previo para hablar con ella, se dedicó a escucharla hablar con los demás. Este hecho llamó la atención de Elizabeth. Ocurrió un día en casa de sir Lucas donde se había reunido un amplio grupo de gente.

—¿Qué querrá el señor Darcy —le dijo ella a Charlotte—, que ha estado escuchando mi conversación con el coronel Forster?

—Ésa es una pregunta que sólo el señor Darcy puede contestar.

—Si lo vuelve a hacer le daré a entender que sé lo que pretende. Es muy satírico, y si no empiezo siendo impertinente yo, acabaré por tenerle miedo.

Poco después se les volvió a acercar, y aunque no parecía tener intención de hablar, la señorita Lucas desafió a su amiga para que le mencionase el tema, lo que inmediatamente provocó a Elizabeth, que se volvió a él y le dijo:

—¿No cree usted, señor Darcy, que me expresé muy bien hace un momento, cuando le insistía al coronel Forster para que nos diese un baile en Meryton?

—Con gran energía; pero ése es un tema que siempre llena de energía a las mujeres.

—Es usted severo con nosotras.

—Ahora nos toca insistirte a ti —dijo la señorita Lucas—. Voy a abrir el piano y ya sabes lo que sigue, Eliza.

—¿Qué clase de amiga eres? Siempre quieres que cante y que toque delante de todo el mundo. Si me hubiese llamado Dios por el camino de la música, serías una amiga de incalculable valor; pero como no es así, preferiría no tocar delante de gente que debe estar acostumbrada a escuchar a los mejores músicos —pero como la señorita Lucas insistía, añadió—: Muy bien, si así debe ser será —y mirando fríamente a Darcy dijo—: Hay un viejo refrán que aquí todo el mundo conoce muy bien, «guárdate el aire para enfriar la sopa», y yo lo guardaré para mi canción

(...)

Darcy, a quien indignaba aquel modo de pasar la velada, estaba callado y sin humor para hablar; se hallaba tan embebido en sus propios pensamientos que no se fijó en que sir William Lucas estaba a su lado, hasta que éste se dirigió a él.

—¡Qué encantadora diversión para la juventud, señor Darcy! Mirándolo bien, no hay nada como el baile. Lo considero como uno de los mejores refinamientos de las sociedades más distinguidas.

—Ciertamente, señor, y también tiene la ventaja de estar de moda entre las sociedades menos distinguidas del mundo; todos los salvajes bailan.

Sir William esbozó una sonrisa.

—Su amigo baila maravillosamente —continuó después de una pausa al ver a Bingley unirse al grupo— y no dudo, señor Darcy, que usted mismo sea un experto en la materia.

—Me vio bailar en Meryton, creo, señor.

—Desde luego que sí, y me causó un gran placer verle. ¿Baila usted a menudo en Saint James?

—Nunca, señor.

—¿No cree que sería un cumplido para con ese lugar?

—Es un cumplido que nunca concedo en ningún lugar, si puedo evitarlo.

—Creo que tiene una casa en la capital. El señor Darcy asintió con la cabeza.

—Pensé algunas veces en fijar mi residencia en la ciudad, porque me encanta la alta sociedad; pero no estaba seguro de que el aire de Londres le sentase bien a lady Lucas.

Sir William hizo una pausa con la esperanza de una respuesta, pero su compañía no estaba dispuesto a hacer ninguna. Al ver que Elizabeth se les acercaba, se le ocurrió hacer algo que le pareció muy galante de su parte y la llamó.

—Mi querida señorita Eliza, ¿por qué no está bailando? Señor Darcy, permítame que le presente a esta joven que puede ser una excelente pareja. Estoy seguro de que no puede negarse a bailar cuando tiene ante usted tanta belleza.

Tomó a Elizabeth de la mano con la intención de pasársela a Darcy; quien, aunque extremadamente sorprendido, no iba a rechazarla; pero Elizabeth le volvió la espalda y le dijo a sir William un tanto desconcertada:

—De veras, señor, no tenía la menor intención de bailar. Le ruego que no suponga que he venido hasta aquí para buscar pareja.

El señor Darcy, con toda corrección le pidió que le concediese el honor de bailar con él, pero fue en vano. Elizabeth estaba decidida, y ni siquiera sir William, con todos sus argumentos, pudo persuadirla.

—Usted es excelente en el baile, señorita Eliza, y es muy cruel por su parte negarme la satisfacción de verla; y aunque a este caballero no le guste este entretenimiento, estoy seguro de que no tendría inconveniente en complacernos durante media hora.

—El señor Darcy es muy educado —dijo Elizabeth sonriendo.

—Lo es, en efecto; pero considerando lo que le induce, querida Eliza, no podemos dudar de su cortesía; porque, ¿quién podría rechazar una pareja tan encantadora?

Elizabeth les miró con coquetería y se retiró. Su resistencia no le había perjudicado nada a los ojos del caballero, que estaba pensando en ella con satisfacción cuando fue abordado por la señorita Bingley.

—Adivino por qué está tan pensativo.

—Creo que no.

—Está pensando en lo insoportable que le sería pasar más veladas de esta forma, en una sociedad como ésta; y por supuesto, soy de su misma opinión. Nunca he estado más enojada. ¡Qué gente tan insípida y qué alboroto arman! Con lo insignificantes que son y qué importancia se dan. Daría algo por oír sus críticas sobre ellos.

—Sus conjeturas son totalmente equivocadas. Mi mente estaba ocupada en cosas más agradables. Estaba meditando sobre el gran placer que pueden causar un par de ojos bonitos en el rostro de una mujer hermosa.

La señorita Bingley le miró fijamente deseando que le dijese qué dama había inspirado tales pensamientos. El señor Darcy, intrépido, contestó:

—La señorita Elizabeth Bennet.

—¡La señorita Bennet! Me deja atónita. ¿Desde cuándo es su favorita? Y dígame, ¿cuándo tendré que darle la enhorabuena?

—Ésa es exactamente la pregunta que esperaba que me hiciese. La imaginación de una dama va muy rápido y salta de la admiración al amor y del amor al matrimonio en un momento. Sabía que me daría la enhorabuena.

—Si lo toma tan en serio, creeré que es ya cosa hecha. Tendrá usted una suegra encantadora, de veras, y ni que decir tiene que estará siempre en Pemberley con ustedes.

Él la escuchaba con perfecta indiferencia, mientras ella seguía disfrutando con las cosas que le decía; y al ver, por la actitud de Darcy, que todo estaba a salvo, dejó correr su ingenio durante largo tiempo.

Capítulo VII

Un regimiento militar llega al pueblo cercano a Meryton, la casa de las Bennet con gran alegría y alboroto por parte de las mas jóvenes.

Jane es invitada a cenar en casa de Bingley con sus hermanas y termina durmiendo ahí debido a que cae enferma ya que de camino había llovido y se había empapado. Elizabeth va a visitarla quedándose también en la casa para cuidarla al día siguiente.

Capítulo VIII

Las hermanas Bingley critican a Elizabeth que cuida a su hermana.

. Cuando acabó la cena, Elizabeth volvió inmediatamente junto a Jane. Nada más salir del comedor, la señorita Bingley empezó a criticarla. Sus modales eran, en efecto, pésimos,

una mezcla de orgullo e impertinencia; no tenía conversación, ni estilo, ni gusto, ni belleza. La señora Hurst opinaba lo mismo y añadió:

—En resumen, lo único que se puede decir de ella es que es una excelente caminante. Jamás olvidaré cómo apareció esta mañana. Realmente parecía medio salvaje.

—En efecto, Louisa. Cuando la vi, casi no pude contenerme. ¡Qué insensatez venir hasta aquí! ¿Qué necesidad había de que corriese por los campos sólo porque su hermana tiene un resfriado? ¡Cómo traía los cabellos, tan despeinados, tan desaliñados!

—Sí. ¡Y las enaguas! ¡Si las hubieseis visto! Con más de una cuarta de barro. Y el abrigo que se había puesto para taparlas, desde luego, no cumplía su cometido.

—Tu retrato puede que sea muy exacto, Louisa —dijo Bingley—, pero todo eso a mí me pasó inadvertido. Creo que la señorita Elizabeth Bennet tenía un aspecto inmejorable al entrar en el salón esta mañana. Casi no me di cuenta de que llevaba las faldas sucias.

—Estoy segura de que usted sí que se fijó, señor Darcy —dijo la señorita Bingley—; y me figuro que no le gustaría que su hermana diese semejante espectáculo.

—Claro que no.

—¡Caminar tres millas, o cuatro, o cinco, o las que sean, con el barro hasta los tobillos y sola, completamente sola! ¿Qué querría dar a entender? Para mí, eso demuestra una abominable independencia y presunción, y una indiferencia por el decoro propio de la gente del campo.

—Lo que demuestra es un apreciable cariño por su hermana —dijo Bingley.

—Me temo, señor Darcy —observó la señorita Bingley a media voz—, que esta aventura habrá afectado bastante la admiración que sentía usted por sus bellos ojos.

—En absoluto —respondió Darcy—; con el ejercicio se le pusieron aun más brillantes.

A esta intervención siguió una breve pausa, y la señora Hurst empezó de nuevo.

—Le tengo gran estima a Jane Bennet, es en verdad una muchacha encantadora, y desearía con todo mi corazón que tuviese mucha suerte. Pero con semejantes padres y con parientes de tan poca clase, me temo que no va a tener muchas oportunidades.

—Creo que te he oído decir que su tío es abogado en Meryton.

—Sí, y tiene otro que vive en algún sitio cerca de Cheapside.

—¡Colosal! añadió su hermana. Y las dos se echaron a reír a carcajadas.

—Aunque todo Cheapside estuviese lleno de tíos suyos —exclamó Bingley—, no por ello serían las Bennet menos agradables.

—Pero les disminuirá las posibilidades de casarse con hombres que figuren algo en el mundo —respondió Darcy.

Bingley no hizo ningún comentario a esta observación de Darcy. Pero sus hermanas asintieron encantadas, y estuvieron un rato divirtiéndose a costa de los vulgares parientes de su querida amiga.

Sin embargo, en un acto de renovada bondad, al salir del comedor pasaron al cuarto de la enferma y se sentaron con ella hasta que las llamaron para el café. Jane se encontraba todavía muy mal, y Elizabeth no la dejaría hasta más tarde, cuando se quedó tranquila al ver que estaba dormida, y entonces le pareció que debía ir abajo, aunque no le apeteciese nada. Al entrar en el salón los encontró a todos jugando al loo e inmediatamente la invitaron a que les acompañase. Pero ella, temiendo que estuviesen jugando fuerte, no aceptó, y, utilizando a su hermana como excusa, dijo que se entretendría con un libro durante el poco tiempo que podría permanecer abajo. El señor Hurst la miró con asombro.

—¿Prefieres leer a jugar?—le dijo—. Es muy extraño.

—La señorita Elizabeth Bennet —dijo la señorita Bingley— desprecia las cartas. Es una gran lectora y no encuentra placer en nada más.

—No merezco ni ese elogio ni esa censura exclamó Elizabeth—. No soy una gran lectora y encuentro placer en muchas cosas.

—Como, por ejemplo, en cuidar a su hermana —intervino Bingley—, y espero que ese placer aumente cuando la vea completamente repuesta.

Elizabeth se lo agradeció de corazón y se dirigió a una mesa donde había varios libros. Él se ofreció al instante para ir a buscar otros, todos los que hubiese en su biblioteca.

—Desearía que mi colección fuese mayor para beneficio suyo y para mi propio prestigio; pero soy un hombre perezoso, y aunque no tengo muchos libros, tengo más de los que pueda llegar a leer.

Elizabeth le aseguró que con los que había en la habitación tenía de sobra.

—Me extraña —dijo la señorita Bingley— que mi padre haya dejado una colección de libros tan pequeña. ¡Qué estupenda biblioteca tiene usted en Pemberley, señor Darcy!

—Tiene que ser buena —contestó—; es obra de muchas generaciones.

—Y además usted la ha aumentado considerablemente; siempre está comprando libros.

—No puedo comprender que se descuide la biblioteca de una familia en tiempos como éstos.

—¡Descuidar! Estoy segura de que usted no descuida nada que se refiera a aumentar la belleza de ese noble lugar. Charles, cuando construyas tu casa, me conformaría con que fuese la mitad de bonita que Pemberley.

—Ojalá pueda.

—Pero yo te aconsejaría que comprases el terreno cerca de Pemberley y que lo tomases como modelo. No hay condado más bonito en Inglaterra que Derbyshire.

—Ya lo creo que lo haría. Y compraría el mismo Pemberley si Darcy lo vendiera.

—Hablo de posibilidades, Charles.

—Sinceramente, Caroline, preferiría conseguir Pemberley comprándolo que imitándolo.

Elizabeth estaba demasiado absorta en lo que ocurría para poder prestar la menor atención a su libro; no tardó en abandonarlo, se acercó a la mesa de juego y se colocó entre Bingley y su hermana mayor para observar la partida.

—¿Ha crecido la señorita Darcy desde la primavera? —preguntó la señorita Bingley—. ¿Será ya tan alta como yo?

—Creo que sí. Ahora será de la estatura de la señorita Elizabeth Bennet, o más alta.

—¡Qué ganas tengo de volver a verla! Nunca he conocido a nadie que me guste tanto. ¡Qué figura qué modales y qué talento para su edad! Toca el piano de un modo exquisito.

—Me asombra —dijo Bingley— que las jóvenes tengan tanta paciencia para aprender tanto, y lleguen a ser tan perfectas como lo son todas.

—¡Todas las jóvenes perfectas! Mi querido Charles, ¿qué dices?

—Sí, todas. Todas pintan, forran biombos y hacen bolsitas de malla. No conozco a ninguna que no sepa hacer todas estas cosas, y nunca he oído hablar de una damita por primera vez sin que se me informara de que era perfecta.

—Tu lista de lo que abarcan comúnmente esas perfecciones —dijo Darcy— tiene mucho de verdad. El adjetivo se aplica a mujeres cuyos conocimientos no son otros que hacer bolsos de malla o forrar biombos. Pero disto mucho de estar de acuerdo contigo en lo que se refiere a tu estimación de las damas en general. De todas las que he conocido, no puedo alardear de conocer más que a una media docena que sean realmente perfectas.

—Ni yo, desde luego —dijo la señorita Bingley.

—Entonces observó Elizabeth— debe ser que su concepto de la mujer perfecta es muy exigente.

—Sí, es muy exigente.

—¡Oh, desde luego! exclamó su fiel colaboradora—. Nadie puede estimarse realmente perfecto si no sobrepasa en mucho lo que se encuentra normalmente. Una mujer debe tener un conocimiento profundo de música, canto, dibujo, baile y lenguas modernas. Y además de todo esto, debe poseer un algo especial en su aire y manera de andar, en el tono de su voz, en su trato y modo de expresarse; pues de lo contrario no merecería el calificativo más que a medias.

—Debe poseer todo esto —agregó Darcy—, y a ello hay que añadir algo más sustancial en el desarrollo de su inteligencia por medio de abundantes lecturas.

—No me sorprende ahora que conozca sólo a seis mujeres perfectas. Lo que me extraña es que conozca a alguna.

—¿Tan severa es usted con su propio sexo que duda de que esto sea posible?

—Yo nunca he visto una mujer así. Nunca he visto tanta capacidad, tanto gusto, tanta aplicación y tanta elegancia juntas como usted describe.

La señora Hurst y la señorita Bingley protestaron contra la injusticia de su implícita duda, afirmando que conocían muchas mujeres que respondían a dicha descripción, cuando el señor Hurst las llamó al orden quejándose amargamente de que no prestasen atención al juego. Como la conversación parecía haber terminado, Elizabeth no tardó en abandonar el salón.

—Elizabeth —dijo la señorita Bingley cuando la puerta se hubo cerrado tras ella— es una de esas muchachas que tratan de hacerse agradables al sexo opuesto desacreditando al suyo propio; no diré que no dé resultado con muchos hombres, pero en mi opinión es un truco vil, una mala maña.

—Indudablemente —respondió Darcy, a quien iba dirigida principalmente esta observación— hay vileza en todas las artes que las damas a veces se rebajan a emplear para cautivar a los hombres. Todo lo que tenga algo que ver con la astucia es despreciable.

La señorita Bingley no quedó lo bastante satisfecha con la respuesta como para continuar con el tema. Elizabeth se reunió de nuevo con ellos sólo para decirles que su hermana estaba peor y que no podía dejarla. Bingley decidió enviar a alguien a buscar inmediatamente al doctor Jones; mientras que sus hermanas, convencidas de que la asistencia médica en el campo no servía para nada, propusieron enviar a alguien a la capital para que trajese a uno de los más eminentes doctores. Elizabeth no quiso ni oír hablar de esto último, pero no se oponía a que se hiciese lo que decía el hermano. De manera que se acordó mandar a buscar al doctor Jones temprano a la mañana siguiente si Jane no se encontraba mejor. Bingley estaba bastante preocupado y sus hermanas estaban muy afligidas. Sin embargo, más tarde se consolaron cantando unos dúos, mientras Bingley no podía encontrar mejor alivio a su preocupación que dar órdenes a su ama de llaves para que se prestase toda atención posible a la enferma y a su hermana.

Capítulo IX

Jane sigue enferma cuidada por Elizabeth; su madre y sus hermanas vienen a visitarlas; durante la visita la madre de las hermanas Bennet hace comentarios desafortunados que el señor Darcy responde tajantemente. Las dos hermanas pequeñas consiguen la promesa del señor Bennet de organizar un baile en su casa.

Capítulo X

Durante la tarde todos conversan, lleen, hacen punto tocan el piano o cantan. Elizabeth se fija en que Darcy la observa, este la invita a bailar.

(...) La señora Hurst cantó con su hermana, y, mientras se empleaban en esta actividad, Elizabeth no podía evitar darse cuenta, cada vez que volvía las páginas de unos libros de música que había sobre el piano, de la frecuencia con la que los ojos de Darcy se fijaban en ella. Le era difícil suponer que fuese objeto de admiración ante un hombre de tal categoría; y aun sería más extraño que la mirase porque ella le desagradara. Por fin, sólo pudo imaginar que llamaba su atención porque había algo en ella peor y más reprochable, según su concepto de la virtud, que en el resto de los presentes. Esta suposición no la apenaba. Le gustaba tan poco, que la opinión que tuviese sobre ella, no le preocupaba.

Después de tocar algunas canciones italianas, la señorita Bingley varió el repertorio con un aire escocés más alegre; y al momento el señor Darcy se acercó a Elizabeth y le dijo:

—¿Le apetecería, señorita Bennet, aprovechar esta oportunidad para bailar un reel?

Ella sonrió y no contestó. Él, algo sorprendido por su silencio, repitió la pregunta.

—¡Oh! —dijo ella—, ya había oído la pregunta. Estaba meditando la respuesta. Sé que usted querría que contestase que sí, y así habría tenido el placer de criticar mis gustos; pero a mí me encanta echar por tierra esa clase de trampas y defraudar a la gente que está premeditando un desaire. Por lo tanto, he decidido decirle que no deseo bailar en absoluto. Y, ahora, desáireme si se atreve.

—No me atrevo, se lo aseguro.

Ella, que creyó haberle ofendido, se quedó asombrada de su galantería. Pero había tal mezcla de dulzura y malicia en los modales de Elizabeth, que era difícil que pudiese ofender a nadie; y Darcy nunca había estado tan ensimismado con una mujer como lo estaba con ella. Creía realmente que si no fuera por la inferioridad de su familia, se vería en peligro.

La señorita Bingley vio o sospechó lo bastante para ponerse celosa, y su ansiedad porque se restableciese su querida amiga Jane se incrementó con el deseo de librarse de Elizabeth.

Intentaba provocar a Darcy para que se desilusionase de la joven, hablándole de su supuesto matrimonio con ella y de la felicidad que esa alianza le traería.

—Espero —le dijo al día siguiente mientras paseaban por el jardín— que cuando ese deseado acontecimiento tenga lugar, hará usted a su suegra unas cuantas advertencias para que modere su lengua; y si puede conseguirlo, evite que las hijas menores anden detrás de los oficiales. Y, si me permite mencionar un tema tan delicado, procure refrenar ese algo, rayando en la presunción y en la impertinencia, que su dama posee.

—¿Tiene algo más que proponerme para mi felicidad doméstica?

—¡Oh, sí! Deje que los retratos de sus tíos, los Phillips, sean colgados en la galería de Pemberley.

Póngalos al lado del tío abuelo suyo, el juez. Son de la misma profesión, aunque de distinta categoría. En cuanto al retrato de su Elizabeth, no debe permitir que se lo hagan, porque ¿qué pintor podría hacer justicia a sus hermosos ojos?

—Desde luego, no sería fácil captar su expresión, pero el color, la forma y sus bonitas pestañas podrían ser reproducidos.

En ese momento, por otro sendero del jardín, salieron a su paso la señora Hurst y Elizabeth.

—No sabía que estabais paseando —dijo la señorita Bingley un poco confusa al pensar que pudiesen haberles oído.

—Os habéis portado muy mal con nosotras —respondió la señora Hurst— al no decirnos que ibais a salir.

Y, tomando el brazo libre del señor Darcy, dejó que Elizabeth pasease sola. En el camino sólo cabían tres. El señor Darcy se dio cuenta de tal descortesía y dijo inmediatamente:

—Este paseo no es lo bastante ancho para los cuatro, salgamos a la avenida.

Pero Elizabeth, que no tenía la menor intención de continuar con ellos, contestó muy sonriente:

—No, no; quédense donde están. Forman un grupo encantador, está mucho mejor así. Una cuarta persona lo echaría a perder. Adiós.

Se fue alegremente regocijándose al pensar, mientras caminaba, que dentro de uno o dos días más estaría en su casa. Jane se encontraba ya tan bien, que aquella misma tarde tenía la intención de salir un par de horas de su cuarto.

Capítulo XI

Durante la velada Jane se levanta para gran alegría de todos sobretodo el señor Bingley. Mas tarde hablan sobre el baile que el señor Bingley a prometido.

(...)—¿Piensas seriamente en dar un baile en Netherfield, Charles? Antes de decidirte te aconsejaría que consultases con los presentes, pues o mucho me engaño o hay entre nosotros alguien a quien un baile le parecería, más que una diversión, un castigo.

—Si te refieres a Darcy —le contestó su hermano—, puede irse a la cama antes de que empiece, si lo prefiere; pero en cuanto al baile, es cosa hecha, y tan pronto como Nicholls lo haya dispuesto todo, enviaré las invitaciones.

—Los bailes me gustarían mucho más —repuso su hermana— si fuesen de otro modo, pero esa clase de reuniones suelen ser tan pesadas que se hacen insufribles. Sería más racional que lo principal en ellas fuese la conversación y no un baile.

—Mucho más racional sí, Caroline; pero entonces ya no se parecería en nada a un baile.

La señorita Bingley no contestó; se levantó poco después y se puso a pasear por el salón. Su figura era elegante y sus andares airoso; pero Darcy, a quien iba dirigido todo, siguió enfrascado en la lectura.

Ella, desesperada, decidió hacer un esfuerzo más, y, volviéndose a Elizabeth, dijo:

—Señorita Eliza Bennet, déjeme que la convenza para que siga mi ejemplo y dé una vuelta por el salón. Le aseguro que viene muy bien después de estar tanto tiempo sentada en la misma postura.

Elizabeth se quedó sorprendida, pero accedió inmediatamente. La señorita Bingley logró lo que se había propuesto con su amabilidad; el señor Darcy levantó la vista. Estaba tan extrañado de la novedad de esta invitación como podía estarlo la misma Elizabeth; inconscientemente, cerró su libro. Seguidamente, le invitaron a pasear con ellas, a lo que se negó, explicando que sólo podía haber dos motivos para que paseasen por el salón juntas, y si se uniese a ellas interferiría en los dos. «¿Qué querrá decir?» La señorita Bingley se moría de ganas por saber cuál sería el significado y le preguntó a Elizabeth si ella podía entenderlo.

—En absoluto —respondió—; pero, sea lo que sea, es seguro que quiere dejarnos mal, y la mejor forma de decepcionarle será no preguntarle nada.

Sin embargo, la señorita Bingley era incapaz de decepcionar a Darcy, e insistió, por lo tanto, en pedir que les explicase los dos motivos.

—No tengo el más mínimo inconveniente en explicarlo —dijo tan pronto como ella le permitió hablar—. Ustedes eligen este modo de pasar el tiempo o porque tienen que hacerse alguna confidencia o para hablar de sus asuntos secretos, o porque saben que paseando lucen mejor su figura; si es por lo primero, al ir con ustedes no haría más que importunarlas; y si es por lo segundo, las puedo admirar mucho mejor sentado junto al fuego.

—¡Qué horror! —gritó la señorita Bingley—. Nunca he oído nada tan abominable. ¿Cómo podríamos darle su merecido?

—Nada tan fácil, si está dispuesta a ello —dijo Elizabeth—. Todos sabemos fastidiar y mortificarnos unos a otros. Búrlese, riase de él. Siendo tan íntima amiga suya, sabrá muy bien cómo hacerlo.

—No sé, le doy mi palabra. Le aseguro que mi gran amistad con él no me ha enseñado cuáles son sus puntos débiles. ¡Burlarse de una persona flemática, de tanta sangre fría! Y en cuanto a reírnos de él sin más mi más, no debemos exponernos; podría desafiarnos y tendríamos nosotros las de perder.

—¡Que no podemos reírnos del señor Darcy! —exclamó Elizabeth—. Es un privilegio muy extraño, y espero que siga siendo extraño, no me gustaría tener muchos conocidos así. Me encanta reírme.

—La señorita Bingley —respondió Darcy— me ha dado más importancia de la que merezco. El más sabio y mejor de los hombres o la más sabia y mejor de las acciones, pueden ser ridículos a los ojos de una persona que no piensa en esta vida más que en reírse.

—Estoy de acuerdo —respondió Elizabeth—, hay gente así, pero creo que yo no estoy entre ellos. Espero que nunca llegue a ridiculizar lo que es bueno o sabio. Las insensateces, las tonterías, los caprichos y las inconsecuencias son las cosas que verdaderamente me divierten, lo confieso, y me río de ellas siempre que puedo. Pero supongo que éstas son las cosas de las que usted carece.

—Quizá no sea posible para nadie, pero yo he pasado la vida esforzándome para evitar estas debilidades que exponen al ridículo a cualquier persona inteligente.

—Como la vanidad y el orgullo, por ejemplo.

—Sí, en efecto, la vanidad es un defecto. Pero el orgullo, en caso de personas de inteligencia superior, creo que es válido.

Elizabeth tuvo que volverse para disimular una sonrisa.

—Supongo que habrá acabado de examinar al señor Darcy —dijo la señorita Bingley, y le ruego que me diga qué ha sacado en conclusión.

—Estoy plenamente convencida de que el señor Darcy no tiene defectos. Él mismo lo reconoce claramente.

—No —dijo Darcy—, no he pretendido decir eso. Tengo muchos defectos, pero no tienen que ver con la inteligencia. De mi carácter no me atrevo a responder; soy demasiado intransigente, en realidad, demasiado intransigente para lo que a la gente le conviene. No puedo olvidar tan pronto como debería las insensateces y los vicios ajenos, ni las ofensas que contra mí se hacen. Mis sentimientos no se borran por muchos esfuerzos que se hagan para cambiarlos. Quizá se me pueda acusar de rencoroso. Cuando pierdo la buena opinión que tengo sobre alguien, es para siempre.

—Ése es realmente un defecto —replicó Elizabeth—. El rencor implacable es verdaderamente una sombra en un carácter. Pero ha elegido usted muy bien su defecto. No puedo reírme de él. Por mi parte, está usted a salvo.

—Creo que en todo individuo hay cierta tendencia a un determinado mal, a un defecto innato, que ni siquiera la mejor educación puede vencer.

—Y ese defecto es la propensión a odiar a todo el mundo.

—Y el suyo respondió él con una sonrisa— es el interpretar mal a todo el mundo intencionadamente. —Oigamos un poco de música —propuso la señorita Bingley, cansada de una conversación en la que no tomaba parte—. Louisa, ¿no te importará que despierte al señor Hurst?

Su hermana no opuso la más mínima objeción, y abrió el piano; a Darcy, después de unos momentos de recogimiento, no le pesó. Empezaba a sentir el peligro de prestarle demasiada atención a Elizabeth.

Capítulo XII

Las Bennet preparan su marcha.

(...)A Darcy le pareció bien la noticia. Elizabeth había estado ya bastante tiempo en Netherfield. Le atraía más de lo que él quería y la señorita Bingley era descortés con ella, y con él más molesta que nunca. Se propuso tener especial cuidado en que no se le escapase ninguna señal de admiración ni nada que pudiera hacer creer a Elizabeth que tuviera ninguna influencia en su felicidad. Consciente de que podía haber sugerido semejante idea, su comportamiento durante el último día debía ser decisivo para confirmársela o quitársela de la cabeza. Firme en su propósito, apenas le dirigió diez palabras en todo el sábado y, a pesar de que los dejaron solos durante media hora, se metió de lleno en su libro y ni siquiera la miró.

Todo vuelve a la normalidad en casa de las hermanas Bennet.

Capítulo XIII

Llega a casa de las hermanas Bennet un primo suyo, el señor Collins que heredará la casa cuando el padre muera al no tener ningún hijo varón.

Capítulo XIV

El señor Collins resulta ser un predicador pedante que intenta opinar de todo sin conocimiento de causa y de una manera grandilocuente cosa que demuestra durante la velada

Capítulo XV

El señor Collins desea comprometerse con una de sus primas. La señora Bennet le dice que Jane está a punto de comprometerse y él se fija en Elizabeth a la que querrá cortejar y mostrar mas atención.

Llega un nuevo soldado a la ciudad, el señor Wickham, a quien las hermanas Bennet conocen en una visita y enseguida se hacen amigos; el señor Darcy parece conocerlo.

(...)Aún estaban todos allí de pie charlando agradablemente, cuando un ruido de caballos atrajo su atención y vieron a Darcy y a Bingley que, en sus cabalgaduras, venían calle abajo. Al distinguir a las jóvenes en el grupo, los dos caballeros fueron hacia ellas y empezaron los saludos de rigor. Bingley habló más que nadie y Jane era el objeto principal de su conversación. En ese momento, dijo, iban de camino a Longbourn para saber cómo se encontraba; Darcy lo corroboró con una inclinación; y estaba procurando no fijar su mirada en Elizabeth, cuando, de repente, se quedaron paralizados al ver al forastero. A Elizabeth, que vio el semblante de ambos al mirarse, le sorprendió mucho el efecto que les había causado el encuentro. Los dos cambiaron de color, uno se puso pálido y el otro colorado. Después de una pequeña vacilación, Wickham se llevó la mano al sombrero, a cuyo saludo se dignó corresponder Darcy. ¿Qué podría significar aquello? Era imposible imaginarlo, pero era también imposible no sentir una gran curiosidad por saberlo.

Un momento después, Bingley, que pareció no haberse enterado de lo ocurrido, se despidió y siguió adelante con su amigo.

Capítulo XVI

En la cena en casa de los tíos de las hermanas Bennet en el pueblo Wickham le cuenta a Elizabeth como conoce a Darcy desde pequeños, lo describe a él y a su hermana como personas orgullosas desde pequeños y como le negaron la rectoría que el padre del señor Darcy le había prometido al morir.

Capítulo XVII

Empiezan los preparativos para el baile con mucho nerviosísimo. Elizabeth, que piensa en el señor Wickham y en la injusticia que cometió el señor Darcy observa las atenciones del señor Collins pero cree que no le propondrá matrimonio.

Capítulo XVIII

Llega la noche del baile.

Para disgusto de Elizabeth no está Wickham por no encontrarse con el señor Darcy pero va a tener otros hombres dispuestos a sacarla a bailar: el señor Collins y el señor Darcy.

(...)Al terminar este baile, volvió con Charlotte Lucas, y estaban charlando, cuando de repente se dio cuenta de que el señor Darcy se había acercado a ella y le estaba pidiendo el próximo baile, la cogió tan de sorpresa que, sin saber qué hacía, aceptó. Darcy se fue acto seguido y ella, que se había puesto muy nerviosa, se quedó allí deseando recuperar la calma. Charlotte trató de consolarla.

—A lo mejor lo encuentras encantador.

—¡No lo quiera Dios! Ésa sería la mayor de todas las desgracias. ¡Encontrar encantador a un hombre que debe ser odiado! No me desees tanto mal.

Cuando se reanudó el baile, Darcy se le acercó para tomarla de la mano, y Charlotte no pudo evitar advertirle al oído que no fuera una tonta y que no dejase que su capricho por Wickham le hiciese parecer antipática a los ojos de un hombre que valía diez veces más que él. Elizabeth no contestó. Ocupó su lugar en la pista, asombrada por la dignidad que le otorgaba el hallarse frente a frente con Darcy, leyendo en los ojos de todos sus vecinos el mismo asombro al contemplar el acontecimiento. Estuvieron un rato sin decir palabra; Elizabeth empezó a pensar que el silencio iba a durar hasta el final de los dos bailes. Al principio estaba decidida a no romperlo, cuando de pronto pensó que el peor castigo para su pareja sería obligarle a hablar, e hizo una pequeña observación sobre el baile. Darcy contestó y volvió a quedarse callado. Después de una pausa de unos minutos, Elizabeth tomó la palabra por segunda vez y le dijo:

—Ahora le toca a usted decir algo, señor Darcy. Yo ya he hablado del baile, y usted debería hacer algún comentario sobre las dimensiones del salón y sobre el número de parejas.

Él sonrió y le aseguró que diría todo lo que ella deseara escuchar.

—Muy bien. No está mal esa respuesta de momento. Quizá poco a poco me convenza de que los bailes privados son más agradables que los públicos; pero ahora podemos permanecer callados.

—¿Acostumbra usted a hablar mientras baila?

—Algunas veces. Es preciso hablar un poco, ¿no cree? Sería extraño estar juntos durante media hora sin decir ni una palabra. Pero en atención de algunos, hay que llevar la conversación de modo que no se vean obligados a tener que decir más de lo preciso.

—¿Se refiere a usted misma o lo dice por mí?

—Por los dos —replicó Elizabeth con coquetería—, pues he encontrado un gran parecido en nuestra forma de ser. Los dos somos insociables, taciturnos y enemigos de hablar, a menos que esperemos decir algo que deslumbre a todos los presentes y pase a la posteridad con todo el brillo de un proverbio.

—Estoy seguro de que usted no es así. En cuanto a mí, no sabría decirlo. Usted, sin duda, cree que me ha hecho un fiel retrato.

—No puedo juzgar mi propia obra.

Él no contestó, y parecía que ya no abrirían la boca hasta finalizar el baile, cuando él le preguntó si ella y sus hermanas iban a menudo a Meryton. Elizabeth contestó afirmativamente e, incapaz de resistir la tentación, añadió:

—Cuando nos encontró usted el otro día, acabábamos precisamente de conocer a un nuevo amigo.

El efecto fue inmediato. Una intensa sombra de arrogancia oscureció el semblante de Darcy. Pero no dijo una palabra; Elizabeth, aunque reprochándose a sí misma su debilidad, prefirió no continuar. Al fin, Darcy habló y de forma obligada dijo:

—El señor Wickham está dotado de tan gratos modales que ciertamente puede hacer amigos con facilidad. Lo que es menos cierto, es que sea igualmente capaz de conservarlos.

—Él ha tenido la desgracia de perder su amistad —dijo Elizabeth enfáticamente—, de tal forma que sufrirá por ello toda su vida.

Darcy no contestó y se notó que estaba deseoso de cambiar de tema. En ese momento sir William Lucas pasaba cerca de ellos al atravesar la pista de baile con la intención de ir al otro extremo del salón y al ver al señor Darcy, se detuvo y le hizo una reverencia con toda cortesía para felicitarle por su modo de bailar y por su pareja.

—Estoy sumamente complacido, mi estimado señor tan excelente modo de bailar no se ve con frecuencia. Es evidente que pertenece usted a los ambientes más distinguidos. Permítame decirle, sin embargo, que su bella pareja en nada desmerece de usted, y que espero volver a gozar de este placer, especialmente cuando cierto acontecimiento muy deseado, querida Elizabeth (mirando a Jane y a Bingley), tenga lugar. ¡Cuántas felicitaciones habrá entonces! Apelo al señor Darcy. Pero no quiero interrumpirle, señor. Me agradecerá que no le prive más de la cautivadora conversación de esta señorita cuyos hermosos ojos me están también recriminando.

Darcy apenas escuchó esta última parte de su discurso, pero la alusión a su amigo pareció impresionarle mucho, y con una grave expresión dirigió la mirada hacia Bingley y Jane que bailaban juntos. No obstante, se sobrepuso en breve y, volviéndose hacia Elizabeth, dijo:

—La interrupción de sir William me ha hecho olvidar de qué estábamos hablando.

—Creo que no estábamos hablando. Sir William no podría haber interrumpido a otra pareja en todo el salón que tuviesen menos que decirse el uno al otro. Ya hemos probado con dos o tres temas sin éxito. No tengo ni idea de qué podemos hablar ahora.

—¿Qué piensa de los libros? —le preguntó él sonriendo.

—¡Los libros! ¡Oh, no! Estoy segura de que no leemos nunca los mismos o, por lo menos, no sacamos las mismas impresiones.

—Lamento que piense eso;, pero si así fuera, de cualquier modo, no nos faltaría tema. Podemos comprobar nuestras diversas opiniones.

—No, no puedo hablar de libros en un salón de baile. Tengo la cabeza ocupada con otras cosas.

—En estos lugares no piensa nada más que en el presente, ¿verdad? —dijo él con una mirada de duda.

—Sí, siempre —contestó ella sin saber lo que decía, pues se le había ido el pensamiento a otra parte, según demostró al exclamar repentinamente—: Recuerdo haberle oído decir en una ocasión que usted raramente perdonaba; que cuando había concebido un resentimiento, le era imposible aplacarlo. Supongo, por lo tanto, que será muy cauto en concebir resentimientos...

—Efectivamente —contestó Darcy con voz firme. —¿Y no se deja cegar alguna vez por los prejuicios? —Espero que no.

—Los que no cambian nunca de opinión deben cerciorarse bien antes de juzgar.

—¿Puedo preguntarle cuál es la intención de estas preguntas?

—Conocer su carácter, sencillamente —dijo Elizabeth, tratando de encubrir su seriedad—. Estoy intentando descifrarlo.

—¿Y a qué conclusiones ha llegado?

—A ninguna —dijo meneando la cabeza—. He oído cosas tan diferentes de usted, que no consigo aclararme.

—Reconozco —contestó él con gravedad— que las opiniones acerca de mí pueden ser muy diversas; y desearía, señorita Bennet, que no esbozase mi carácter en este momento, porque tengo razones para temer que el resultado no reflejaría la verdad.

—Pero si no lo hago ahora, puede que no tenga otra oportunidad.

—De ningún modo desearía impedir cualquier satisfacción suya —repuso él fríamente.

El baile es un éxito. Jane y el señor Bingley cada vez están mas enamorados, la gente del entorno y sobretudo la señora Bennet ya habla de boda; esto no gusta a la familia y el amigo del señor Bingley.

Capítulo XIX

El señor Collins con la bendición de la señora Bennet se le declara a Elizabeth que le rechaza.

Capítulo XX

Se crea gran revuelo en casa de las hermanas Bennet, la madre quiere que se comprometa con el señor Collins y el padre se muestra aliviado ante la negativa de Elizabeth.

Capítulo XXI

El señor Bingley y sus amigos abandonan el lugar. Las hermanas del señor Bingley creen que no van a volver y así se lo hacen saber a Jane mediante una carta.

Capítulo XXII

El señor Collins se declara a Charlotte Lucas y esta acepta; cosa que enrarece la relación entre esta y Elizabeth que no entiende como puede aceptar a un hombre porque es la mejor opción a la que cree aspirar.

Capítulo XXIII

Se conoce el compromiso de Charlotte Lucas con el señor Collins lo que produce gran desdicha a la señora Bennet.

Jane escribe a las hermanas del Señor Bingley para confirmar su marcha.

Capítulo XXIV

Se confirma la marcha del señor Bingley y sus amigos; la señorita Bingley en una carta habla de las esperanzas de casamiento entre el señor Bingley y la hermana del señor Darcy de manera que terminan las esperanzas de Jane que se siente muy dolida.

Capítulo XXV

Llegan desde Londres los tíos de las hermanas Bennet, los señores Gardiner para pasar las navidades.

Elizabeth y la señora Gardiner hablan del romance de su hermana, tan claro y roto de un plumazo. Esta invita a Jane a pasar una temporada en Londres con la esperanza de ver al señor Bingley.

Capítulo XXVI

La señora Gardiner advierte a Elizabeth sobre su enamoramiento con Wickham.

Charlotte, convertida en señora Collins le hace prometer a Elizabeth que irá a visitarla.

La señorita Bingley y Jane se encuentran en Londres y la primera ya no se muestra tan amistosa con Jane como antes.

Capítulo XXVII

Finalmente Elizabeth va con el padre y la hermana de Charlotte a visitarla. Su relación con Wickham se ha ido enfriando y se despiden brevemente.

De camino paran en Londres donde ven a los señores Gardiner y a Jane. Estos la invitan a pasar las vacaciones con ellos.

Capítulo XXVIII

Elizabeth llega a la casa de los Collins y observa donde viven y sus costumbres.

La señora de Bourgh dueña del lugar les invita a su casa a cenar ya que el señor Collins es el párroco y tiene mucha relación con él.

Capítulo XIX

La belleza de la masión de Lady Catherine, Rosings, es impresionante.

En la cena la señora de Bourgh se muestra impertinente y prepotente haciendo un interrogatorio a Elizabeth y criticando todo aquello que ella le cuenta. Su hija es enfermiza y casi no participa en la conversación. Elizabeth recuerda que son familia del señor Darcy y que la señora de Bourgh quiere que su hija se case con este.

Capítulo XXX

La vida transcurre en casa de los Collins con intromisiones de la señora de Bourgh que los invita a cenar o pasa por su casa.

Darcy viene a visitar a su tía, la señora de Bourgh y va a visitar casi de inmediato a los Collins.

(...) Su llegada se supo en seguida, pues Collins llevaba toda la mañana paseando con la vista fija en los templetos de la entrada al camino de Hunsford; en cuanto vio que el coche entraba en la finca, hizo su correspondiente reverencia, y corrió a casa a dar la magna noticia. A la mañana siguiente voló a Rosings a presentarle sus respetos. Pero había alguien más a quien presentárselos, pues allí se encontró con dos sobrinos de lady Catherine. Darcy había venido con el coronel Fitzwilliam, hijo menor de su tío Lord; y con gran sorpresa de toda la casa, cuando Collins regresó ambos caballeros le acompañaron. Charlotte los vio desde el cuarto de su marido cuando cruzaban el camino, y se precipitó hacia el otro cuarto para poner en conocimiento de las dos muchachas el gran honor que les esperaba, y añadió:

—Elizabeth, es a ti a quien debo agradecer esta muestra de cortesía. El señor Darcy no habría venido tan pronto a visitarme a mí.

Elizabeth apenas tuvo tiempo de negar su derecho a semejante cumplido, pues en seguida sonó la campanilla anunciando la llegada de los dos caballeros, que poco después entraban en la estancia. El coronel Fitzwilliam iba delante; tendría unos treinta años, no era guapo, pero en su trato y su persona se distinguía al caballero. Darcy estaba igual que en Hertfordshire; cumplimentó a la señora Collins con su habitual reserva, y cualesquiera que fuesen sus sentimientos con respecto a Elizabeth, la saludó con aparente impasibilidad. Elizabeth se limitó a inclinarse sin decir palabra.

Capítulo XXXI

Los Collins y sus visitas son invitados a Rosings.

El coronel Fitzwilliam charla animosamente con Elizabeth llamando la atención a los presente.

Elizabeth toca para todos y habla con el señor Darcy.

Cuando acabaron de tomar el café, el coronel Fitzwilliam recordó a Elizabeth que le había prometido tocar, y la joven se sentó en seguida al piano. El coronel puso su silla a su lado. Lady Catherine escuchó la mitad de la canción y luego siguió hablando, como antes, a su otro sobrino, hasta que Darcy la dejó y dirigiéndose con su habitual cautela hacia el piano, se colocó de modo que pudiese ver el rostro de la hermosa intérprete. Elizabeth reparó en lo que hacía y a la primera pausa oportuna se volvió hacia él con una amplia sonrisa y le dijo:

—¿Pretende atemorizarme, viniendo a escucharme con esa seriedad? Yo no me asusto, aunque su hermana toque tan bien. Hay una especie de terquedad en mí, que nunca me permite que me intimide nadie. Por el contrario, mi valor crece cuando alguien intenta intimidarme.

—No le diré que se ha equivocado —repuso Darcy— porque no cree usted sinceramente que tenía intención alguna de alarmarla; y he tenido el placer de conocerla lo bastante para saber que se complace a veces en sustentar opiniones que de hecho no son suyas.

Elizabeth se rió abiertamente ante esa descripción de sí misma, y dijo al coronel Fitzwilliam:

—Su primo pretende darle a usted una linda idea de mí enseñándole a no creer palabra de cuanto yo le diga. Me desola encontrarme con una persona tan dispuesta a descubrir mi verdadero modo de ser en un lugar donde yo me había hecho ilusiones de pasar por mejor de lo que soy. Realmente, señor Darcy, es muy poco generoso por su parte revelar las cosas malas que supo usted de mí en Hertfordshire, y permítame decirle que es también muy indiscreto, pues esto me podría inducir a desquitarme y saldrían a relucir cosas que escandalizarían a sus parientes.

—No le tengo miedo —dijo él sonriente.

—Dígame, por favor, de qué le acusa —exclamó el coronel Fitzwilliam—. Me gustaría saber cómo se comporta entre extraños.

—Se lo diré, pero prepárese a oír algo muy espantoso. Ha de saber que la primera vez que le vi fue en un baile, y en ese baile, ¿qué cree usted que hizo? Pues no bailó más que cuatro piezas, a pesar de escasear los caballeros, y más de una dama se quedó sentada por falta de pareja. Señor Darcy, no puede negarlo.

—No tenía el honor de conocer a ninguna de las damas de la reunión, a no ser las que me acompañaban.

—Cierto, y en un baile nunca hay posibilidad de ser presentado... Bueno, coronel Fitzwilliam, ¿qué toco ahora? Mis dedos están esperando sus órdenes.

—Puede que me habría juzgado mejor —añadió Darcy— si hubiese solicitado que me presentaran. Pero no sirvo para darme a conocer a extraños.

—Vamos a preguntarle a su primo por qué es así —dijo Elizabeth sin dirigirse más que al coronel Fitzwilliam—. ¿Le preguntamos cómo es posible que un hombre de talento y bien educado, que ha vivido en el gran mundo, no sirva para atender a desconocidos?

—Puede contestar yo mismo a esta pregunta —replicó Fitzwilliam— sin interrogar a Darcy. Eso es porque no quiere tomarse la molestia.

—Reconozco —dijo Darcy— que no tengo la habilidad que otros poseen de conversar fácilmente con las personas que jamás he visto. No puedo hacerme a esas conversaciones y fingir que me intereso por sus cosas como se acostumbra.

—Mis dedos —repuso Elizabeth— no se mueven sobre este instrumento del modo magistral con que he visto moverse los dedos de otras mujeres; no tienen la misma fuerza ni la misma agilidad, y no pueden producir la misma impresión. Pero siempre he creído que era culpa mía, por no haberme querido tomar el trabajo de hacer ejercicios. No porque mis dedos no sean capaces, como los de cualquier otra mujer, de tocar perfectamente.

Darcy sonrió y le dijo:

—Tiene usted toda la razón. Ha empleado el tiempo mucho mejor. Nadie que tenga el privilegio de escucharla podrá ponerle peros. Ninguno de nosotros toca ante desconocidos.

Lady Catherine les interrumpió preguntándoles de qué hablaban. Elizabeth se puso a tocar de nuevo. Lady Catherine se acercó y después de escucharla durante unos minutos, dijo a Darcy:

—La señorita Bennet no tocaría mal si practicase más y si hubiese disfrutado de las ventajas de un buen profesor de Londres. Sabe lo que es teclear, aunque su gusto no es como el de Anne. Anne habría sido una pianista maravillosa si su salud le hubiese permitido aprender.

Elizabeth miró a Darcy para observar su cordial asentimiento al elogio tributado a su prima, pero ni entonces ni en ningún otro momento descubrió ningún síntoma de amor; y de su actitud hacia la señorita de Bourgh, Elizabeth dedujo una cosa consoladora en favor de la señorita Bingley: que Darcy se habría casado con ella si hubiese pertenecido a su familia.

Lady Catherine continuó haciendo observaciones sobre la manera de tocar de Elizabeth, mezcladas con numerosas instrucciones sobre la ejecución y el gusto. Elizabeth las aguantó con toda la paciencia que impone la cortesía, y a petición de los caballeros siguió tocando hasta que estuvo preparado el coche de Su Señoría y los llevó a todos a casa.

Capítulo XXXIII

Darcy va a visitar a Elizabeth a casa de los Collins.

A la mañana siguiente estaba Elizabeth sola escribiendo a Jane, mientras la señora Collins y María habían ido de compras al pueblo, cuando se sobresaltó al sonar la campanilla de la puerta, señal inequívoca de alguna visita. Aunque no había oído ningún carruaje, pensó que a lo mejor era lady Catherine, y se apresuró a esconder la carta que tenía a medio escribir a fin de evitar preguntas impertinentes. Pero con gran sorpresa suya se abrió la puerta y entró en la habitación el señor Darcy. Darcy solo.

Pareció asombrarse al hallarla sola y pidió disculpas por su intromisión diciéndole que creía que estaban en la casa todas las señoras.

Se sentaron los dos y, después de las preguntas de rigor sobre Rosings, pareció que se iban a quedar callados. Por lo tanto, era absolutamente necesario pensar en algo, y Elizabeth, ante esta necesidad, recordó la última vez que se habían visto en Hertfordshire y sintió curiosidad por ver lo que diría acerca de su precipitada partida.

—¡Qué repentinamente se fueron ustedes de Netherfield el pasado noviembre, señor Darcy! —le dijo—. Debió de ser una sorpresa muy grata para el señor Bingley verles a ustedes tan pronto a su lado, porque, si mal no recuerdo, él se había ido una día antes. Supongo que tanto él como sus hermanas estaban bien cuando salió usted de Londres.

—Perfectamente. Gracias.

Elizabeth advirtió que no iba a contestarle nada más y, tras un breve silencio, añadió:

—Tengo entendido que el señor Bingley no piensa volver a Netherfield.

—Nunca le he oído decir tal cosa; pero es probable que no pase mucho tiempo allí en el futuro. Tiene muchos amigos y está en una época de la vida en que los amigos y los compromisos aumentan continuamente.

—Si tiene la intención de estar poco tiempo en Netherfield, sería mejor para la vecindad que lo dejase completamente, y así posiblemente podría instalarse otra familia allí. Pero quizá el señor Bingley no haya tomado la casa tanto por la conveniencia de la vecindad como por la suya propia, y es de esperar que la conserve o la deje en virtud de ese mismo principio.

—No me sorprendería —añadió Darcy— que se desprendiese de ella en cuanto se le ofreciera una compra aceptable.

Elizabeth no contestó. Temía hablar demasiado de su amigo, y como no tenía nada más que decir, determinó dejar a Darcy que buscara otro tema de conversación.

Él lo comprendió y dijo en seguida:

—Esta casa parece muy confortable. Creo que lady Catherine la arregló mucho cuando el señor Collins vino a Hunsford por primera vez.

—Así parece, y estoy segura de que no podía haber dado una prueba mejor de su bondad.

—El señor Collins parece haber sido muy afortunado con la elección de su esposa.

—Así es. Sus amigos pueden alegrarse de que haya dado con una de las pocas mujeres inteligentes que le habrían aceptado o que le habrían hecho feliz después de aceptarle. Mi amiga es muy sensata, aunque su casamiento con Collins me parezca a mí el menos cuerdo de sus actos. Sin embargo, parece completamente feliz: desde un punto de vista prudente, éste era un buen partido para ella.

—Tiene que ser muy agradable para la señora Collins vivir a tan poca distancia de su familia y amigos.

—¿Poca distancia le llama usted? Hay cerca de cincuenta millas.

—¿Y qué son cincuenta millas de buen camino? Poco más de media jornada de viaje. Sí, yo a eso lo llamo una distancia corta.

—Nunca habría considerado que la distancia fuese una de las ventajas del partido exclamó Elizabeth, y jamás se me habría ocurrido que la señora Collins viviese cerca de su familia.

—Eso demuestra el apego que le tiene usted a Hertfordshire. Todo lo que esté más allá de Longbourn debe parecerle ya lejos.

Mientras hablaba se sonreía de un modo que Elizabeth creía interpretar: Darcy debía suponer que estaba pensando en Jane y en Netherfield; y contestó algo sonrojada:

—No quiero decir que una mujer no pueda vivir lejos de su familia. Lejos y cerca son cosas relativas y dependen de muy distintas circunstancias. Si se tiene fortuna para no dar importancia a los gastos de los viajes, la distancia es lo de menos. Pero éste no es el caso. Los señores Collins no viven con estrecheces, pero no son tan ricos como para permitirse viajar con frecuencia; estoy segura de que mi amiga no diría que vive cerca de su familia más que si estuviera a la mitad de esta distancia.

Darcy acercó su asiento un poco más al de Elizabeth, y dijo:

—No tiene usted derecho a estar tan apegada a su residencia. No siempre va a estar en Longbourn.

Elizabeth pareció quedarse sorprendida, y el caballero creyó que debía cambiar de conversación. Volvió a colocar su silla donde estaba, tomó un diario de la mesa y mirándolo por encima, preguntó con frialdad:

—¿Le gusta a usted Kent?

A esto siguió un corto diálogo sobre el tema de la campiña, conciso y moderado por ambas partes, que pronto terminó, pues entraron Charlotte y su hermana que acababan de regresar de su paseo. El tête-à-tête⁶ las dejó pasmadas. Darcy les explicó la equivocación que había ocasionado su visita a la casa; permaneció sentado unos minutos más, sin hablar mucho con nadie, y luego se marchó.

—¿Qué significa esto? —preguntó Charlotte en cuanto se fue—. Querida Elizabeth, debe de estar enamorado de ti, pues si no, nunca habría venido a vernos con esta familiaridad.

Pero cuando Elizabeth contó lo callado que había estado, no pareció muy probable, a pesar de los buenos deseos de Charlotte; y después de varias conjeturas se limitaron a suponer que su visita había obedecido a la dificultad de encontrar algo que hacer, cosa muy natural en aquella época del año. Todos los deportes se habían terminado. En casa de lady Catherine había libros y una mesa de billar, pero a los caballeros les desesperaba estar siempre metidos en casa, y sea por lo cerca que estaba la residencia de los Collins, sea por lo placentero del paseo, o sea por la gente que vivía allí, los dos primos sentían la tentación de visitarles todos los días. Se presentaban en distintas horas de la mañana, unas veces separados y otras veces juntos, y algunas acompañados de su tía. Era evidente que el coronel Fitzwilliam venía porque se encontraba a gusto con ellos, cosa que, naturalmente, le hacía aún más agradable. El placer que le causaba a Elizabeth su compañía y la manifiesta admiración de Fitzwilliam por ella, le hacían acordarse de su primer favorito George Wickham. Comparándolos, Elizabeth encontraba que los modales del coronel eran menos atractivos y dulces que los de Wickham, pero Fitzwilliam le parecía un hombre más culto.

Pero comprender por qué Darcy venía tan a menudo a la casa, ya era más difícil. No debía ser por buscar compañía, pues se estaba sentado diez minutos sin abrir la boca, y cuando hablaba más bien parecía que lo hacía por fuerza que por gusto, como si más que un placer fuese aquello un sacrificio. Pocas veces estaba realmente animado. La señora Collins no sabía qué pensar de él. Como el coronel Fitzwilliam se reía a veces de aquella estupidez de Darcy, Charlotte entendía que éste no debía de estar siempre así, cosa que su escaso conocimiento del caballero no le habría permitido adivinar; y como deseaba creer que aquel cambio era obra del amor y el objeto de aquel amor era Elizabeth, se empeñó en descubrirlo.

⁶ Conversación privada

Cuando estaban en Rosings y siempre que Darcy venía a su casa, Charlotte le observaba atentamente, pero no sacaba nada en limpio. Verdad es que miraba mucho a su amiga, pero la expresión de tales miradas era equívoca. Era un modo de mirar fijo y profundo, pero Charlotte dudaba a veces de que fuese entusiasta, y en ocasiones parecía sencillamente que estaba distraído.

Dos o tres veces le dijo a Elizabeth que tal vez estaba enamorado de ella, pero Elizabeth se echaba a reír, y la señora Collins creyó más prudente no insistir en ello para evitar el peligro de engendrar esperanzas imposibles, pues no dudaba que toda la manía que Elizabeth le tenía a Darcy se disiparía con la creencia de que él la quería. En los buenos y afectuosos proyectos que Charlotte formaba con respecto a Elizabeth, entraba a veces el casarla con el coronel Fitzwilliam. Era, sin comparación, el más agradable de todos. Sentía verdadera admiración por Elizabeth y su posición era estupenda. Pero Darcy tenía un considerable patronato en la Iglesia, y su primo no tenía ninguno.

Capítulo XXXIII

Darcy pasea con Elizabeth.

En sus paseos por la alameda dentro de la finca más de una vez se había encontrado Elizabeth inesperadamente con Darcy. La primera vez no le hizo ninguna gracia que la mala fortuna fuese a traerlo precisamente a él a un sitio donde nadie más solía ir, y para que no volviese a repetirse se cuidó mucho de indicarle que aquél era su lugar favorito. Por consiguiente, era raro que el encuentro volviese a producirse, y, sin embargo, se produjo incluso una tercera vez. Parecía que lo hacía con una maldad intencionada o por penitencia, porque la cosa no se reducía a las preguntas de rigor o a una simple y molesta detención; Darcy volvía atrás y paseaba con ella. Nunca hablaba mucho ni la importunaba haciéndole hablar o escuchar demasiado. Pero al tercer encuentro Elizabeth se quedó asombrada ante la rareza de las preguntas que le hizo: si le gustaba estar en Hunsford, si le agradaban los paseos solitarios y qué opinión tenía de la felicidad del matrimonio Collins; pero lo más extraño fue que al hablar de Rosings y del escaso conocimiento que tenía ella de la casa, pareció que él suponía que, al volver a Kent, Elizabeth residiría también allí. ¿Estaría pensando en el coronel Fitzwilliam? La joven pensó que si algo quería decir había de ser forzosamente una alusión por ese lado. Esto la inquietó un poco y se alegró de encontrarse en la puerta de la empalizada que estaba justo enfrente de la casa de los Collins.

En otro paseo Elizabeth habla con el coronel Fitzwilliam sobre matrimonio, le insinúa que él no puede casarse con cualquier persona al ser el segundo hijo de un Lord y no tener mucha herencia, también habla del Señor Bingley a quien el señor Darcy ha salvado de un mal casamiento. —Algo, sí. Su hermano es un caballero muy agradable, íntimo amigo de Darcy.

—¡Oh, sí! —dijo Elizabeth secamente—. El señor Darcy es increíblemente amable con el señor Bingley y lo cuida de un modo extraordinario.

—¿Lo cuida? Sí, realmente, creo que lo cuida precisamente en lo que mayores cuidados requiere. Por algo que me contó cuando veníamos hacia aquí, presumo que Bingley le debe mucho. Pero debo pedirle que me perdone, porque no tengo derecho a suponer que Bingley fuese la persona a quien Darcy se refería. Son sólo conjeturas.

—¿Qué quiere decir?

—Es una cosa que Darcy no quisiera que se divulgase, pues si llegase a oídos de la familia de la dama, resultaría muy desagradable.

—No se preocupe, no lo divulgaré.

—Tenga usted en cuenta que carezco de pruebas para suponer que se trata de Bingley. Lo que Darcy me dijo es que se alegraba de haber librado hace poco a un amigo de cierto casamiento muy imprudente; pero no citó nombres ni detalles, y yo sospeché que el amigo era Bingley sólo porque me parece un joven muy a propósito para semejante caso, y porque sé que estuvieron juntos todo el verano.

—¿Le dijo a usted el señor Darcy las razones que tuvo para inmiscuirse en el asunto?

—Yo entendí que había algunas objeciones de peso en contra de la señorita.

—¿Y qué artes usó para separarles?

—No habló de sus artimañas —dijo Fitzwilliam sonriendo—. Sólo me contó lo que acabo de decirle.

Elizabeth no hizo ningún comentario y siguió caminando con el corazón henchido de indignación. Después de observarla un poco, Fitzwilliam le preguntó por qué estaba tan pensativa.

—Estoy pensando en lo que usted me ha dicho —respondió Elizabeth—. La conducta de su primo no me parece nada bien. ¿Por qué tenía que ser él el juez?

—¿Quiere decir que su intervención fue indiscreta? —No veo qué derecho puede tener el señor Darcy para decidir sobre una inclinación de su amigo y por qué haya de ser él el que dirija y determine, a su juicio, de qué modo ha de ser su amigo feliz. Pero —continuó, reportándose—, no sabiendo detalles, no está bien censurarle. Habrá que creer que el amor no tuvo mucho que ver en este caso. Es de suponer —dijo Fitzwilliam—, pero eso aminora muy tristemente el triunfo de mi primo.

Esto último lo dijo en broma, pero a Elizabeth le pareció un retrato tan exacto de Darcy que creyó inútil contestar. Cambió de conversación y se puso a hablar de cosas intrascendentes hasta que llegaron a la casa. En cuanto el coronel se fue, Elizabeth se encerró en su habitación y pensó sin interrupción en todo lo que había oído. No cabía suponer que el coronel se refiriese a otras personas que a Jane y a Bingley. No podían existir dos hombres sobre los cuales ejerciese Darcy una influencia tan ilimitada. Nunca había dudado de que Darcy había tenido que ver en las medidas tomadas para separar a Bingley y a Jane; pero el plan y el principal papel siempre lo había atribuido a la señorita Bingley. Sin embargo, si su propia vanidad no le ofuscaba, él era el culpable; su orgullo y su capricho eran la causa de todo lo que Jane había sufrido y seguía sufriendo aún. Por él había desaparecido toda esperanza de felicidad en el corazón más amable y generoso del mundo, y nadie podía calcular todo el mal que había hecho.

El coronel Fitzwilliam había dicho que «había algunas objeciones de peso contra la señorita». Y esas objeciones serían seguramente el tener un tío abogado de pueblo y otro comerciante en Londres...

«Contra Jane —pensaba Elizabeth— no había ninguna objeción posible. ¡Ella es el encanto y la bondad personificados! Su inteligencia es excelente; su talento, inmejorable; sus modales, cautivadores. Nada había que objetar tampoco contra su padre que, en medio de sus rarezas, poseía aptitudes que no desdeñaría el propio Darcy y una respetabilidad que acaso éste no alcanzase nunca.» Al acordarse de su madre, su confianza cedió un poquito; pero tampoco admitió que Darcy pudiese oponerle ninguna objeción de peso, pues su orgullo estaba segura de ello— daba más importancia a la falta de categoría de los posibles parientes de su

amigo, que a su falta de sentido. En resumidas cuentas, había que pensar que le había impulsado por una parte el más empedernido orgullo y por otra su deseo de conservar a Bingley para su hermana.

La agitación y las lágrimas le dieron a Elizabeth un dolor de cabeza que aumentó por la tarde, y sumada su dolencia a su deseo de no ver a Darcy, decidió no acompañar a sus primos a Rosings, donde estaban invitados a tomar el té. La señora Collins, al ver que estaba realmente indispuesta, no insistió, e impidió en todo lo posible que su marido lo hiciera; pero Collins no pudo ocultar su temor de que lady Catherine tomase a mal la ausencia de Elizabeth.

Anexo III

Segundo bloque de fotocopias entregado a los alumnos

Capítulo XXXIV

Cuando todos se habían ido, Elizabeth, como si se propusiera exasperarse más aún contra Darcy, se dedicó a repasar todas las cartas que había recibido de Jane desde que se hallaba en Kent. No contenían lamentaciones ni nada que denotase que se acordaba de lo pasado ni que indicase que sufría por ello; pero en conjunto y casi en cada línea faltaba la alegría que solía caracterizar el estilo de Jane, alegría que, como era natural en un carácter tan tranquilo y afectuoso, casi nunca se había eclipsado. Elizabeth se fijaba en todas las frases reveladoras de desasosiego, con una atención que no había puesto en la primera lectura. El vergonzoso alarde de Darcy por el daño que había causado le hacía sentir más vivamente el sufrimiento de su hermana. Le consolaba un poco pensar que dentro de dos días estaría de nuevo al lado de Jane y podría contribuir a que recobrase el ánimo con los cuidados que sólo el cariño puede dar.

No podía pensar en la marcha de Darcy sin recordar que su primo se iba con él; pero el coronel Fitzwilliam le había dado a entender con claridad que no podía pensar en ella.

Mientras estaba meditando todo esto, la sorprendió la campanilla de la puerta, y abrigó la esperanza de que fuese el mismo coronel Fitzwilliam que ya una vez las había visitado por la tarde y a lo mejor iba a preguntarle cómo se encontraba. Pero pronto desechó esa idea y siguió pensando en sus cosas cuando, con total sobresalto, vio que Darcy entraba en el salón. Inmediatamente empezó a preguntarle, muy acelerado, por su salud, atribuyendo la visita a su deseo de saber que se encontraba mejor. Ella le contestó cortés pero fríamente. Elizabeth estaba asombrada pero no dijo ni una palabra. Después de un silencio de varios minutos se acercó a ella y muy agitado declaró:

—He luchado en vano. Ya no puedo más. Soy incapaz de contener mis sentimientos. Permítame que le diga que la admiro y la amo apasionadamente.

El estupor de Elizabeth fue inexpresable. Enrojeció, se quedó mirándole fijamente, indecisa y muda. El lo interpretó como un signo favorable y siguió manifestándole todo lo que sentía por ella desde hacía tiempo. Se explicaba bien, pero no sólo de su amor tenía que hablar, y no fue más elocuente en el tema de la ternura que en el del orgullo. La inferioridad de Elizabeth, la degradación que significaba para él, los obstáculos de familia que el buen juicio le había hecho anteponer siempre a la estimación. Hablaba de estas cosas con un ardor que reflejaba todo lo que le herían, pero todo ello no era lo más indicado para apoyar su demanda.

A pesar de toda la antipatía tan profundamente arraigada que le tenía, Elizabeth no pudo permanecer insensible a las manifestaciones de afecto de un hombre como Darcy, y aunque su opinión no varió en lo más mínimo, se entristeció al principio por la decepción que iba a llevarse; pero el lenguaje que éste empleó luego fue tan insultante que toda la compasión se convirtió en ira. Sin embargo, trató de contestarle con calma cuando acabó de hablar. Concluyó asegurándole la firmeza de su amor que, a pesar de todos sus esfuerzos, no había podido vencer, y esperando que sería recompensado con la aceptación de su mano. Por su manera de hablar, Elizabeth advirtió que Darcy no ponía en duda que su respuesta sería favorable. Hablaba de temores y de ansiedad, pero su aspecto revelaba una seguridad absoluta. Esto la exasperaba aún más y cuando él terminó, le contestó con las mejillas encendidas por la ira:

—En estos casos creo que se acostumbra a expresar cierto agradecimiento por los sentimientos manifestados, aunque no puedan ser igualmente correspondidos. Es natural que se sienta esta obligación, y si yo sintiese gratitud, le daría las gracias. Pero no puedo; nunca he ambicionado su consideración, y usted me la ha otorgado muy en contra de su voluntad. Siento haber hecho daño a alguien, pero ha sido inconscientemente, y espero que ese daño dure poco tiempo. Los mismos sentimientos que, según dice, le impidieron darme a conocer sus intenciones durante tanto tiempo, vencerán sin dificultad ese sufrimiento.

Darcy, que estaba apoyado en la repisa de la chimenea con los ojos clavados en el rostro de Elizabeth, parecía recibir sus palabras con tanto resentimiento como sorpresa. Su tez palideció de rabia y todas sus facciones mostraban la turbación de su ánimo. Luchaba por guardar la compostura, y no abría los labios hasta que creyese haberlo conseguido. Este silencio fue terrible para Elizabeth. Por fin, forzando la voz para aparentar calma, dijo:

—¿Y es ésta toda la respuesta que voy a tener el honor de esperar? Quizá debiera preguntar por qué se me rechaza con tan escasa cortesía. Pero no tiene la menor importancia.

—También podría yo replicó Elizabeth— preguntar por qué con tan evidente propósito de ofenderme y de insultarme me dice que le gusto en contra de su voluntad, contra su buen juicio y hasta contra su modo de ser. ¿No es ésta una excusa para mi falta de cortesía, si es que en realidad la he cometido? Pero, además, he recibido otras provocaciones, lo sabe usted muy bien. Aunque mis sentimientos no hubiesen sido contrarios a los suyos, aunque hubiesen sido indiferentes o incluso favorables, ¿cree usted que habría algo que pudiese tentarme a aceptar al hombre que ha sido el culpable de arruinar, tal vez para siempre, la felicidad de una hermana muy querida?

Al oír estas palabras, Darcy mudó de color; pero la conmoción fue pasajera y siguió escuchando sin intención de interrumpirla.

—Yo tengo todas las razones del mundo para tener un mal concepto de usted — continuó Elizabeth—. No hay nada que pueda excusar su injusto y ruin proceder. No se atreverá usted a negar que fue el principal si no el único culpable de la separación del señor Bingley y mi hermana, exponiendo al uno a las censuras de la gente por caprichoso y voluble, y al otro a la burla por sus fallidas esperanzas, sumiéndolos a los dos en la mayor desventura.

Hizo una pausa y vio, indignada, que Darcy la estaba escuchando con un aire que indicaba no hallarse en absoluto conmovido por ningún tipo de remordimiento. Incluso la miraba con una sonrisa de petulante incredulidad.

—¿Puede negar que ha hecho esto? —repitió ella.

Fingiendo estar sereno, Darcy contestó:

—No he de negar que hice todo lo que estuvo en mi mano para separar a mi amigo de su hermana, ni que me alegro del resultado. He sido más amable con él que conmigo mismo.

Elizabeth desdeñó aparentar que notaba esa sutil reflexión, pero no se le escapó su significado, y no consiguió conciliarla.

—Pero no sólo en esto se funda mi antipatía —continuó Elizabeth—. Mi opinión de usted se formó mucho antes de que este asunto tuviese lugar. Su modo de ser quedó revelado por una historia que me contó el señor Wickham hace algunos meses. ¿Qué puede decir a esto? ¿Con qué acto ficticio de amistad puede defenderse ahora? ¿Con qué falsedad puede justificar en este caso su dominio sobre los demás?

—Se interesa usted muy vivamente por lo que afecta a ese caballero —dijo Darcy en un tono menos tranquilo y con el rostro enrojecido. —¿Quién, que conozca las penas que ha pasado, puede evitar sentir interés por él?

—¡Las penas que ha pasado! exclamó Darcy despectivamente—. Sí, realmente, unas penas inmensas...

—¡Por su culpa! —exclamó Elizabeth con energía—. Usted le redujo a su actual relativa pobreza. Usted le negó el porvenir que, como bien debe saber, estaba destinado para él. En los mejores años de la vida le privó de una independencia a la que no sólo tenía derecho sino que merecía. ¡Hizo todo esto! Y aún es capaz de ridiculizar y burlarse de sus penas...

—¡Y ésa es — gritó Darcy mientras se paseaba como una exhalación por el cuarto — la opinión que tiene usted de mí! ¡Ésta es la estimación en la que me tiene! Le doy las gracias por habérmelo explicado tan abiertamente. Mis faltas, según su cálculo, son verdaderamente enormes. Pero puede —añadió deteniéndose y volviéndose hacia ella— que estas ofensas hubiesen sido pasadas por alto si no hubiese herido su orgullo con mi honesta confesión de los reparos que durante largo tiempo me impidieron tomar una resolución. Me habría ahorrado estas amargas acusaciones si hubiese sido más hábil y le hubiese ocultado mi lucha, halagándola al hacerle creer que había dado este paso impulsado por la razón, por la reflexión, por una incondicional y pura inclinación, por lo que sea. Pero aborrezco todo tipo de engaño y no me avergüenzo de los sentimientos que he manifestado, eran naturales y justos. ¿Cómo podía suponer usted que me agradase la inferioridad de su familia y que me congratulase por la perspectiva de tener unos parientes cuya condición están tan por debajo de la mía?

La irritación de Elizabeth crecía a cada instante; aun así intentó con todas sus fuerzas expresarse con mesura cuando dijo:

—Se equivoca usted, señor Darcy, si supone que lo que me ha afectado es su forma de declararse; si se figura que me habría evitado el mal rato de rechazarle si se hubiera comportado de modo más caballeroso.

Elizabeth se dio cuenta de que estaba a punto de interrumpirla, pero no dijo nada y ella continuó:

—Usted no habría podido ofrecerme su mano de ningún modo que me hubiese tentado a aceptarla.

De nuevo su asombro era obvio. La miró con una expresión de incredulidad y humillación al mismo tiempo, y ella siguió diciendo:

—Desde el principio, casi desde el primer instante en que le conocí, sus modales me convencieron de su arrogancia, de su vanidad y de su egoísta desdén hacia los sentimientos

ajenos; me disgustaron de tal modo que hicieron nacer en mí la desaprobación que los sucesos posteriores convirtieron en firme desagrado; y no hacía un mes aún que le conocía cuando supe que usted sería el último hombre en la tierra con el que podría casarme.

—Ha dicho usted bastante, señorita. Comprendo perfectamente sus sentimientos y sólo me resta avergonzarme de los míos. Perdone por haberle hecho perder tanto tiempo, y acepte mis buenos deseos de salud y felicidad.

Dicho esto salió precipitadamente de la habitación, y Elizabeth le oyó en seguida abrir la puerta de la entrada y salir de la casa.

La confusión de su mente le hacía sufrir intensamente. No podía sostenerse de pie y tuvo que sentarse porque las piernas le flaqueaban. Lloró durante media hora. Su asombro al recordar lo ocurrido crecía cada vez más. Haber recibido una proposición de matrimonio de Darcy que había estado enamorado de ella durante tantos meses, y tan enamorado que quería casarse a pesar de todas las objeciones que le habían inducido a impedir que su amigo se casara con Jane, y que debieron pasar con igual fuerza en su propio caso, resultaba increíble. Le era grato haber inspirado un afecto tan vehemente. Pero el orgullo, su abominable orgullo, su desvergonzada confesión de lo que había hecho con Jane, su imperdonable descaro al reconocerlo sin ni siquiera tratar de disculparse, y la insensibilidad con que había hablado de Wickham a pesar de no haber negado su crueldad para con él, no tardaron en prevalecer sobre la compasión que había sentido al pensar en su amor. Siguió inmersa en sus agitados pensamientos, hasta que el ruido del carruaje de lady Catherine le hizo darse cuenta de que no estaba en condiciones de encontrarse con Charlotte, y subió corriendo a su cuarto.

Capítulo XXXV

Elizabeth se despertó a la mañana siguiente con los mismos pensamientos y cavilaciones con que se había dormido. No lograba reponerse de la sorpresa de lo acaecido; le era imposible pensar en otra cosa. Incapaz de hacer nada, en cuanto desayunó decidió salir a tomar el aire y a hacer ejercicio. Se encaminaba directamente hacia su paseo favorito, cuando recordó que Darcy iba alguna vez por allí; se detuvo y en lugar de entrar en la finca tomó otra vereda en dirección contraria a la calle donde estaba la barrera de portazgo, y que estaba aún limitada por la empalizada de Rosings, y pronto pasó por delante de una de las portillas que daba acceso a la finca.

Después de pasear dos o tres veces a lo largo de aquella parte del camino, le entró la tentación, en vista de lo deliciosa que estaba la mañana, de pararse en las portillas y contemplar la finca. Las cinco semanas que llevaba en Kent había transformado mucho la campiña, y cada día verdeaban más los árboles tempranos. Se disponía a continuar su paseo, cuando vislumbró a un caballero en la alameda que bordeaba la finca; el caballero caminaba en dirección a ella, y Elizabeth, temiendo que fuese Darcy, retrocedió al instante. Pero la persona, que se adelantaba, estaba ya lo suficientemente cerca para verla; siguió andando de prisa y pronunció su nombre. Ella se había vuelto, pero al oír aquella voz en la que reconoció a Darcy, continuó en dirección a la puerta. El caballero la alcanzó y, mostrándole una carta que ella tomó instintivamente, le dijo con una mirada altiva:

—He estado paseando por la alameda durante un rato esperando encontrarla. ¿Me concederá el honor de leer esta carta?

Y entonces, con una ligera inclinación, se encaminó de nuevo hacia los plantíos y pronto se perdió de vista.

Sin esperar ningún agrado, pero con gran curiosidad, Elizabeth abrió la carta, y su asombro fue en aumento al ver que el sobre contenía dos pliegos completamente escritos con

una letra muy apretada. Incluso el sobre estaba escrito. Prosiguiendo su paseo por el camino, la empezó a leer. Estaba fechada en Rosings a las ocho de la mañana y decía lo siguiente:

«No se alarme, señorita, al recibir esta carta, ni crea que voy a repetir en ella mis sentimientos o a renovar las proposiciones que tanto le molestaron anoche. Escribo sin ninguna intención de afligirla ni de humillarme yo insistiendo en unos deseos que, para la felicidad de ambos, no pueden olvidarse tan fácilmente; el esfuerzo de redactar y de leer esta carta podía haber sido evitado si mi modo de ser no me obligase a escribirla y a que usted la lea. Por lo tanto, perdóneme que tome la libertad de solicitar su atención; aunque ya sé que habrá de concedérmela de mala gana, se lo pido en justicia.

»Ayer me acusó usted de dos ofensas de naturaleza muy diversa y de muy distinta magnitud. La primera fue el haber separado al señor Bingley de su hermana, sin consideración a los sentimientos de ambos; y el otro que, a pesar de determinados derechos y haciendo caso omiso del honor y de la humanidad, arruiné la prosperidad inmediata y destruí el futuro del señor Wickham. Haber abandonado despiadada e intencionadamente al compañero de mi juventud y al favorito de mi padre, a un joven que casi no tenía más porvenir que el de nuestra rectoría y que había sido educado para su ejercicio, sería una depravación que no podría compararse con la separación de dos jóvenes cuyo afecto había sido fruto de tan sólo unas pocas semanas. Pero espero que retire usted la severa censura que tan abiertamente me dirigió anoche, cuando haya leído la siguiente relación de mis actos con respecto a estas dos circunstancias y sus motivos. Si en la explicación que no puedo menos que dar, me veo obligado a expresar sentimientos que la ofendan, sólo puedo decir que lo lamento. Hay que someterse a la necesidad y cualquier disculpa sería absurda.

»No hacía mucho que estaba en Hertfordshire cuando observé, como todo el mundo, que el señor Bingley distinguía a su hermana mayor mucho más que a ninguna de las demás muchachas de la localidad; pero hasta la noche del baile de Netherfield no vi que su cariño fuese formal. Varias veces le había visto antes enamorado. En aquel baile, mientras tenía el honor de estar bailando con usted, supe por primera vez, por una casual información de sir William Lucas, que las atenciones de Bingley para con su hermana habían hecho concebir esperanzas de matrimonio; me habló de ello como de una cosa resuelta de la que sólo había que fijar la fecha. Desde aquel momento observé cuidadosamente la conducta de mi amigo y pude notar que su inclinación hacia la señorita Bennet era mayor que todas las que había sentido antes. También estudié a su hermana. Su aspecto y sus maneras eran francas, alegres y atractivas como siempre, pero no revelaban ninguna estimación particular. Mis observaciones durante aquella velada me dejaron convencido de que, a pesar del placer con que recibía las atenciones de mi amigo, no le correspondía con los mismos sentimientos. Si usted no se ha equivocado con respecto a esto, será que yo estaba en un error. Como sea que usted conoce mejor a su hermana, debe ser más probable lo último; y si es así, si movido por aquel error la he hecho sufrir, su resentimiento no es inmotivado. Pero no vacilo en afirmar que el aspecto y el aire de su hermana podían haber dado al más sutil observador la seguridad de que, a pesar de su carácter afectuoso, su corazón no parecía haber sido afectado. Es cierto que yo deseaba creer en su indiferencia, pero le advierto que normalmente mis estudios y mis conclusiones no se dejan influir por mis esperanzas o temores. No la creía indiferente porque me convenía creerlo, lo creía con absoluta imparcialidad. Mis objeciones a esa boda no eran exactamente las que anoche reconocí que sólo podían ser superadas por la fuerza de la pasión, como en mi propio caso; la desproporción de categoría no sería tan grave en lo que atañe a mi amigo como en lo que a mí se refiere; pero había otros obstáculos que, a pesar de existir tanto en el caso de mi amigo como en el mío, habría tratado de olvidar puesto que no me afectaban directamente. Debo decir cuáles eran, aunque lo haré brevemente. La posición de la familia de su madre, aunque cuestionable, no era nada comparado con la absoluta inconveniencia mostrada tan a menudo, casi constantemente, por dicha señora, por sus tres hermanas

menores y, en ocasiones, incluso por su padre. Perdóneme, me duele ofenderla; pero en medio de lo que le conciernen los defectos de sus familiares más próximos y de su disgusto por la mención que hago de los mismos, consuélase pensando que el hecho de que tanto usted como su hermana se comporten de tal manera que no se les pueda hacer de ningún modo los mismos reproches, las eleva aún más en la estimación que merecen. Sólo diré que con lo que pasó aquella noche se confirmaron todas mis sospechas y aumentaron los motivos que ya antes hubieran podido impulsarme a preservar a mi amigo de lo que consideraba como una unión desafortunada. Bingley se marchó a Londres al día siguiente, como usted recordará, con el propósito de regresar muy pronto.

»Falta ahora explicar mi intervención en el asunto. El disgusto de sus hermanas se había exasperado también y pronto descubrimos que coincidíamos en nuestras apreciaciones. Vimos que no había tiempo que perder si queríamos separar a Bingley de su hermana, y decidimos irnos con él a Londres. Nos trasladamos allí y al punto me dediqué a hacerle comprender a mi amigo los peligros de su elección. Se los enumeré y se los describí con empeño. Pero, aunque ello podía haber conseguido que su determinación vacilase o se aplazara, no creo que hubiese impedido al fin y al cabo la boda, a no ser por el convencimiento que logré inculcarle de la indiferencia de su hermana. Hasta entonces Bingley había creído que ella correspondía a su afecto con sincero aunque no igual interés. Pero Bingley posee una gran modestia natural y, además, cree de buena fe que mi sagacidad es mayor que la suya. Con todo, no fue fácil convencerle de que se había engañado. Una vez convencido, el hacerle tomar la decisión de no volver a Hertfordshire fue cuestión de un instante. No veo en todo esto nada vituperable contra mí. Una sola cosa en todo lo que hice me parece reprochable: el haber accedido a tomar las medidas procedentes para que Bingley ignorase la presencia de su hermana en la ciudad. Yo sabía que estaba en Londres y la señorita Bingley lo sabía también; pero mi amigo no se ha enterado todavía. Tal vez si se hubiesen encontrado, no habría pasado nada; pero no me parecía que su afecto se hubiese extinguido lo suficiente para que pudiese volver a verla sin ningún peligro. Puede que esta ocultación sea indigna de mí, pero creí mi deber hacerlo. Sobre este asunto no tengo más que decir ni más disculpa que ofrecer. Si he herido los sentimientos de su hermana, ha sido involuntariamente, y aunque mis móviles puedan parecerle insuficientes, yo no los encuentro tan condenables.

»Con respecto a la otra acusación más importante de haber perjudicado al señor Wickham, sólo la puedo combatir explicándole detalladamente la relación de ese señor con mi familia. Ignoro de qué me habrá acusado en concreto, pero hay más de un testigo fidedigno que pueda corroborarle a usted la veracidad de cuanto voy a contarle.

»El señor Wickham es hijo de un hombre respetabilísimo que tuvo a su cargo durante muchos años la administración de todos los dominios de Pemberley, y cuya excelente conducta inclinó a mi padre a favorecerle, como era natural; el cariño de mi progenitor se manifestó, por lo tanto, generosamente en George Wickham, que era su ahijado. Costeó su educación en un colegio y luego en Cambridge, pues su padre, constantemente empobrecido por las extravagancias de su mujer, no habría podido darle la educación de un caballero. Mi padre no sólo gustaba de la compañía del muchacho, que era siempre muy zalamero, sino que formó de él el más alto juicio y creyó que la Iglesia podría ser su profesión, por lo que procuró proporcionarle los medios para ello. Yo, en cambio, hace muchos años que empecé a tener de Wickham una idea muy diferente. La propensión a vicios y la falta de principios que cuidaba de ocultar a su mejor amigo, no pudieron escapar a la observación de un muchacho casi de su misma edad que tenía ocasión de sorprenderle en momentos de descuido que el señor Darcy no veía. Ahora tendré que apenarla de nuevo hasta un grado que sólo usted puede calcular, pero cualesquiera que sean los sentimientos que el señor Wickham haya despertado en usted, esta sospecha no me impedirá desenmascararle, sino, al contrario, será para mí un aliciente más.

»Mi excelente padre murió hace cinco años, y su afecto por el señor Wickham siguió tan constante hasta el fin, que en su testamento me recomendó que le apoyase del mejor modo que su profesión lo consintiera; si se ordenaba sacerdote, mi padre deseaba que se le otorgase un beneficio capaz de sustentar a una familia, a la primera vacante. También le legaba mil libras. El padre de Wickham no sobrevivió mucho al mío. Y medio año después de su muerte, el joven Wickham me escribió informándome que por fin había resuelto no ordenarse, y que, a cambio del beneficio que no había de disfrutar, esperaba que yo le diese alguna ventaja pecuniaria más inmediata. Añadía que pensaba seguir la carrera de Derecho, y que debía hacerme cargo de que los intereses de mil libras no podían bastarle para ello. Más que creerle sincero, yo deseaba que lo fuese; pero de todos modos accedí a su proposición. Sabía que el señor Wickham no estaba capacitado para ser clérigo; así que arreglé el asunto. Él renunció a toda pretensión de ayuda en lo referente a la profesión sacerdotal, aunque pudiese verse en el caso de tener que adoptarla, y aceptó tres mil libras. Todo parecía zanjado entre nosotros. Yo tenía muy mal concepto de él para invitarle a Pemberley o admitir su compañía en la capital. Creo que vivió casi siempre en Londres, pero sus estudios de Derecho no fueron más que un pretexto y como no había nada que le sujetase, se entregó libremente al ocio y a la disipación. Estuve tres años sin saber casi nada de él, pero a la muerte del poseedor de la rectoría que se le había destinado, me mandó una carta pidiéndome que se la otorgara. Me decía, y no me era difícil creerlo, que se hallaba en muy mala situación, opinaba que la carrera de derecho no era rentable, y que estaba completamente decidido a ordenarse si yo le concedía la rectoría en cuestión, cosa que no dudaba que haría, pues sabía que no disponía de nadie más para ocuparla y por otra parte no podría olvidar los deseos de mi venerable padre. Creo que no podrá usted censurarme por haberme negado a complacer esta demanda e impedir que se repitiese. El resentimiento de Wickham fue proporcional a lo calamitoso de sus circunstancias, y sin duda habló de mí ante la gente con la misma violencia con que me injurió directamente. Después de esto, se rompió todo tipo de relación entre él y yo. Ignoro cómo vivió. Pero el último verano tuve de él noticias muy desagradables.

»Tengo que referirle a usted algo, ahora, que yo mismo querría olvidar y que ninguna otra circunstancia que la presente podría inducirme a desvelar a ningún ser humano. No dudo que me guardará usted el secreto. Mi hermana, que tiene diez años menos que yo, quedó bajo la custodia del sobrino de mi madre, el coronel Fitzwilliam y la mía. Hace aproximadamente un año salió del colegio y se instaló en Londres. El verano pasado fue con su institutriz a Ramsgate, adonde fue también el señor Wickham expresamente, con toda seguridad, pues luego supimos que la señora Younge y él habían estado en contacto. Nos habíamos engañado, por desgracia, sobre el modo de ser de la institutriz. Con la complicidad y ayuda de ésta, Wickham se dedicó a seducir a Georgiana, cuyo afectuoso corazón se impresionó fuertemente con sus atenciones; era sólo una niña y creyendo estar enamorada consintió en fugarse. No tenía entonces más que quince años, lo cual le sirve de excusa. Después de haber confesado su imprudencia, tengo la satisfacción de añadir que supe aquel proyecto por ella misma. Fui a Ramsgate y les sorprendí un día o dos antes de la planeada fuga, y entonces Georgiana, incapaz de afligir y de ofender a su hermano a quien casi quería como a un padre, me lo contó todo. Puede usted imaginar cómo me sentí y cómo actué. Por consideración al honor y a los sentimientos de mi hermana, no di un escándalo público, pero escribí al señor Wickham, quien se marchó inmediatamente. La señora Younge, como es natural, fue despedida en el acto. El principal objetivo del señor Wickham era, indudablemente, la fortuna de mi hermana, que asciende a treinta mil libras, pero no puedo dejar de sospechar que su deseo de vengarse de mí entraba también en su propósito. Realmente habría sido una venganza completa. »Ésta es, señorita, la fiel narración de lo ocurrido entre él y yo; y si no la rechaza usted como absolutamente falsa, espero que en adelante me retire la acusación de haberme portado cruelmente con el señor Wickham. No sé de qué modo ni con qué falsedad la habrá embaucado; pero no hay que extrañarse de que lo haya conseguido, pues ignoraba usted todas estas cuestiones. Le era imposible averiguarlas y no se sentía inclinada a sospecharlas.

»Puede que se pregunte por qué no se lo conté todo anoche, pero entonces no era dueño de mí mismo y no sabía qué podía o debía revelarle. Sobre la verdad de todo lo que le he narrado, puedo apelar al testimonio del coronel Fitzwilliam, quien, por nuestro estrecho parentesco y constante trato, y aún más por ser uno de los albaceas del testamento de mi padre, ha tenido que enterarse forzosamente de todo lo sucedido. Si el odio que le inspiró invalidase mis aseveraciones, puede usted consultar con mi primo, contra quien no tendrá usted ningún motivo de desconfianza; y para que ello sea posible, intentaré encontrar la oportunidad de hacer llegar a sus manos esta carta, en la misma mañana de hoy. Sólo me queda añadir: Que Dios la bendiga.

Fitzwilliam Darcy.»

Capítulo XXXVI

Elizabeth reflexiona sobre la carta y termina dándole la razón a Darcy, Wickham es un cazafortunas y el comportamiento de su familia perjudica a Jane y a Elizabeth.

Darcy y su primo abandonan Rosings sin que se vuelvan a ver.

Capítulo XXXVII

Elizabeth y la señorita preparan su marcha también dispidiéndose de Lady Catherine. Elizabeth piensa como hubiera sido recibida si hubiera aceptado a Darcy.

Capítulo XXXVIII

Elizabeth y el señor Collins tienen una conversación antes de marcharse. Elizabeth no se arrepiente de haberle rechazado.

Llegan a Londres donde se les une Jane de vuelta a su casa. Elizabeth tiene deseos de contarle todo a su hermana aunque no sabe cómo.

Elizabeth se contuvo a duras penas para no contarle hasta entonces las proposiciones de Darcy. ¡Qué sorpresa se iba a llevar, y qué gratificante sería para la vanidad que Elizabeth todavía no era capaz de dominar! Era una tentación tan fuerte, que no habría podido resistirla a no ser por la indecisión en que se hallaba, por la extensión de lo que tenía que comunicar y por el temor de que si empezaba a hablar se vería forzada a mencionar a Bingley, con lo que sólo conseguiría entristecer más aún a su hermana.

Capítulo XXXIX

Lydia y Catherine van a recogerlas y vuelven todas a casa, como siempre estas se muestran insolentes y coquetas contándoles lo sucedido en el pueblo. Las dos están entristecidas pues el regimiento se va a Brighton.

Capítulo XL

Elizabeth no pudo contener por más tiempo su impaciencia por contarle a Jane todo lo que había sucedido. Al fin resolvió suprimir todo lo que se refiriese a su hermana, y poniéndola en antecedentes de la sorpresa, a la mañana siguiente le relató lo más importante de su escena con Darcy.

El gran cariño que Jane sentía por Elizabeth disminuyó su asombro, pues todo lo que fuese admiración por ella le parecía perfectamente natural. Fueron otros sus sentimientos. Le dolía que Darcy se hubiese expresado de aquel modo tan poco adecuado para hacerse agradable, pero todavía le afligía más el pensar en la desdicha que la negativa de su hermana le habría causado.

—Fue un error el creerse tan seguro del éxito —dijo— y claro está que no debió delatarse; ¡pero figúrate lo que le habrá pesado y lo mal que se sentirá ahora!

—Es cierto —repuso Elizabeth—, lo siento de veras por él; pero su orgullo es tan grande que no tardará mucho en olvidarme. ¿Te parece mal que le haya rechazado?

—¿Parecerme mal? De ningún modo.

—Pero no te habrá gustado que le haya hablado con tanto énfasis de Wickham.

—No sé si habrás hecho mal en hablarle como lo hiciste.

—Pues lo vas a saber cuando te haya contado lo que sucedió al día siguiente.

Entonces Elizabeth le habló de la carta, repitiéndole todo su contenido en lo que sólo a George Wickham se refería. Fue un duro golpe para la pobre Jane. Habría dado la vuelta al mundo sin sospechar que en todo el género humano pudiese haber tanta perversidad como la que encerraba aquel único individuo. Ni siquiera la justificación de Darcy, por muy grata que le resultara, bastaba para consolarla de semejante revelación. Intentó con todas sus fuerzas sostener que podía haber algún error, tratando de defender al uno sin inculpar al otro.

—No te servirá de nada —le dijo Elizabeth—; nunca podrás decir que los dos son buenos. Elige como quieras; pero o te quedas con uno o con otro. Entre los dos no reúnen más que una cantidad de méritos justita para un solo hombre decente. Ya nos hemos engañado bastante últimamente. Por mi parte, me inclino a creer todo lo que dice Darcy; tú verás lo que decides.

Pasó mucho rato antes de que Jane pudiese sonreír.

—No sé qué me ha sorprendido más —dijo al fin—. ¡Que Wickham sea tan malvado! Casi no puede creerse. ¡Y el pobre Darcy! Querida Elizabeth, piensa sólo en lo que habrá sufrido. ¡Qué decepción! ¡Y encima confesarle la mala opinión que tenías de él! ¡Y tener que contar tales cosas de su hermana! Es verdaderamente espantoso. ¿No te parece?

—¡Oh, no! Se me ha quitado toda la pena y toda la compasión al ver que tú las sientes por las dos. Sé que, con que tú le hagas justicia, basta. Sé que puedo estar cada vez más despreocupada e indiferente. Tu profusión de lamentos me salva. Y si sigues compadeciéndote de él mucho tiempo, mi corazón se hará tan insensible como una roca.

—¡Pobre Wickham! ¡Parece tan bueno, tan franco!

—Sí, es cierto; debió de haber una mala dirección en la educación de estos dos jóvenes; uno acaparó toda la bondad y el otro todas las buenas apariencias.

—Yo nunca consideré que las apariencias de Darcy eran tan malas como tú decías.

—Pues ya ves, yo me tenía por muy lista cuando le encontraba tan antipático, sin ningún motivo. Sentir ese tipo de antipatías es como un estímulo para la inteligencia, es como un rasgo de ingenio. Se puede estar hablando mal continuamente de alguien sin decir nada justo; pero no es posible estar siempre riéndose de una persona sin dar alguna vez en el clavo.

—Estoy segura, Elizabeth, de que al leer la carta de Darcy, por primera vez, no pensaste así.

—No habría podido, es cierto. Estaba tan molesta, o, mejor dicho, tan triste. Y lo peor de todo era que no tenía a quién confiar mi pesar. ¡No tener a nadie a quien hablar de lo que sentía, ninguna Jane queme consolara y me dijera que no había sido tan frágil, tan vana y tan insensata como yo me creía! ¡Qué falta me hiciste!

—¡Haber atacado a Darcy de ese modo por defender a Wickham, y pensar ahora que no lo merecía!

—Es cierto; pero estaba amargada por los prejuicios que había ido alimentando. Necesito que me aconsejes en una cosa. ¿Debo o no debo divulgar lo que he sabido de Wickham?

Jane meditó un rato y luego dijo:

—Creo que no hay por qué ponerle en tan mal lugar. ¿Tú qué opinas?

—Que tienes razón. Darcy no me ha autorizado para que difunda lo que me ha revelado. Al contrario, me ha dado a entender que debo guardar la mayor reserva posible sobre el asunto de su hermana. Y, por otra parte, aunque quisiera abrirle los ojos a la gente sobre su conducta en las demás cosas, ¿quién me iba a creer? El prejuicio en contra de Darcy es tan fuerte que la mitad de las buenas gentes de Meryton morirían antes de tener que ponerle en un pedestal. No sirvo para eso. Wickham se irá pronto, y es mejor que me calle. Dentro de algún tiempo se descubrirá todo y entonces podremos reírnos de la necedad de la gente por no haberlo sabido antes. Por ahora no diré nada.

—Me parece muy bien. Si propagases sus defectos podrías arruinarle para siempre. A lo mejor se arrepiente de lo que hizo y quiere enmendarse. No debemos empujarle a la desesperación.

El tumulto de la mente de Elizabeth se apaciguó con esta conversación. Había descargado uno de los dos secretos que durante quince días habían pesado sobre su alma, y sabía que Jane la escucharía siempre de buen grado cuando quisiese hablar de ello. Pero todavía ocultaba algo que la prudencia le impedía revelar. No se atrevía a descubrir a su hermana la otra mitad de la carta de Darcy, ni decirle con cuánta sinceridad había sido amada por su amigo. Era un secreto suyo que con nadie podía compartir, y sabía que sólo un acuerdo entre Jane y Bingley justificaría su confesión. «Y aun entonces —se decía— sólo podría contarle lo que el mismo Bingley creyese conveniente participarle. No tendré libertad para revelar este secreto hasta que haya perdido todo su valor.»

La señora Bennet habla con su hija Elizabeth sobre el señor Bingley y la posibilidad que vuelva y la vida conyugal de los Collins.

Capítulo XLI

Lydia es invitada a Brighton por la esposa del coronel, esta acepta ilusionada aunque Elizabeth intenta evitar la partida.

Wickham habla con Elizabeth sobre Darcy y su familia y ella responde con indiferencia.

Capítulo XLII

Si la opinión de Elizabeth se derivase de lo que veía en su propia familia, no podría haber formado una idea muy agradable de la felicidad conyugal y del bienestar doméstico. Su padre, cautivado por la juventud y la belleza, y la aparente ilusión y alegría que ambas conllevan, se había casado con una mujer cuyo débil entendimiento y espíritu mezquino habían puesto fin a todo el afecto ya en los comienzos de su matrimonio. El respeto, la estima y la confianza se habían desvanecido para siempre; y todas las perspectivas de dicha del señor Bennet dentro del hogar se habían venido abajo. Pero él no era de esos hombres que buscan consuelo por los efectos de su propia imprudencia en los placeres que a menudo confortan a los que han llegado a ser desdichados por sus locuras y sus vicios. Amaba el campo y los libros y ellos constituían la fuente de sus principales goces. A su mujer no le debía más que la risa que su ignorancia y su locura le proporcionaban de vez en cuando. Ésa no es la clase de felicidad que un hombre desearía deber a su esposa; pero a falta de... El buen filósofo sólo saca beneficio de donde lo hay.

Elizabeth, no obstante, nunca había dejado de reconocer la inconveniencia de la conducta de su padre como marido. Siempre la había observado con pena, pero respetaba su talento y le agradecía su cariño, por lo que procuraba olvidar lo que no podía ignorar y apartar de sus pensamientos su continua infracción de los deberes conyugales y del decoro que, por el hecho de exponer a su esposa al desprecio de sus propias hijas, era tan sumamente reprochable. Pero nunca había sentido como entonces los males que puede causar a los hijos un matrimonio mal avenido, ni nunca se había dado cuenta tan claramente de los peligros que entraña la dirección errada del talento, talento que, bien empleado, aunque no hubiese bastado para aumentar la inteligencia de su mujer, habría podido, al menos, conservar la respetabilidad de las hijas.

El regimiento se va con Lydia y Elizabeth prepara un viaje con sus tíos no a los Lagos como se había pensado sino al condado de Derbyshire donde vive Darcy.

Para Elizabeth, el nombre de Derbyshire iba unido a muchas otras cosas. Le hacía pensar en Pemberley y en su dueño. «Pero —se decía— podré entrar en su condado impunemente y hurtarle algunas piedras sin que él se dé cuenta.»⁷

Finalmente Elizabeth parte de viaje con sus tíos. Estos quieren ver Pemberley, la casa de Darcy. Elizabeth acepta ir tras asegurarse de que no esté dueño.

Capítulo XLIII

Elizabeth divisó los bosques de Pemberley con cierta turbación, y cuando por fin llegaron a la puerta, su corazón latía fuertemente.

La finca era enorme y comprendía gran variedad de tierras. Entraron por uno de los puntos más bajos y pasearon largamente a través de un hermoso bosque que se extendía sobre su amplia superficie.

La mente de Elizabeth estaba demasiado ocupada para poder conversar; pero observaba y admiraba todos los parajes notables y todas las vistas. Durante media milla subieron una cuesta que les condujo a una loma considerable donde el bosque se interrumpía y desde donde vieron en seguida la casa de Pemberley, situada al otro lado del valle por el cual se deslizaba un camino algo abrupto. Era un edificio de piedra, amplio y hermoso, bien emplazado en un altozano que se destacaba delante de una cadena de elevadas colinas cubiertas de bosque, y tenía enfrente un arroyo bastante caudaloso que corría cada vez más potente, completamente natural y salvaje. Sus orillas no eran regulares ni estaban falsamente

⁷ Derbyshire es famoso por sus piedras de espato-flúor, un mineral de formación cristalina que se parece a ciertas piedras preciosas. Los turistas se las llevan como recuerdo.

adornadas con obras de jardinería. Elizabeth se quedó maravillada. Jamás había visto un lugar más favorecido por la naturaleza o donde la belleza natural estuviese menos deteriorada por el mal gusto. Todos estaban llenos de admiración, y Elizabeth comprendió entonces lo que podría significar ser la señora de Pemberley.

Bajaron la colina, cruzaron un puente y siguieron hasta la puerta. Mientras examinaban el aspecto de la casa de cerca, Elizabeth temió otra vez encontrarse con el dueño. ¿Y si la camarera se hubiese equivocado? Después de pedir permiso para ver la mansión, les introdujeron en el vestíbulo. Mientras esperaban al ama de llaves, Elizabeth tuvo tiempo para maravillarse de encontrarse en semejante lugar.

El ama de llaves era una mujer de edad, de aspecto respetable, mucho menos estirada y mucho más cortés de lo que Elizabeth había imaginado. Los llevó al comedor. Era una pieza de buenas proporciones y elegantemente amueblada. Elizabeth la miró ligeramente y se dirigió a una de las ventanas para contemplar la vista. La colina coronada de bosque por la que habían descendido, a distancia resultaba más abrupta y más hermosa. Toda la disposición del terreno era buena; miró con delicia aquel paisaje: el arroyo, los árboles de las orillas y la curva del valle hasta donde alcanzaba la vista. Al pasar a otras habitaciones, el paisaje aparecía en ángulos distintos, pero desde todas las ventanas se divisaban panoramas magníficos. Las piezas eran altas y bellas, y su mobiliario estaba en armonía con la fortuna de su propietario. Elizabeth notó, admirando el gusto de éste, que no había nada llamativo ni cursi y que había allí menos pompa pero más elegancia que en Rosings.

«¡Y pensar —se decía— que habría podido ser dueña de todo esto! ¡Estas habitaciones podrían ahora ser las mías! ¡En lugar de visitarlas como una forastera, podría disfrutarlas y recibir en ellas la visita de mis tíos! Pero no —repuso recobrándose—, no habría sido posible, hubiese tenido que renunciar a mis tíos; no se me hubiese permitido invitarlos.»

Esto la reanimó y la salvó de algo parecido al arrepentimiento.

Quería averiguar por el ama de llaves si su amo estaba de veras ausente, pero le faltaba valor. Por fin fue su tío el que hizo la pregunta y Elizabeth se volvió asustada cuando la señora Reynolds dijo que sí, añadiendo:

—Pero le esperamos mañana. Va a venir con muchos amigos.

Elizabeth se alegró de que su viaje no se hubiese aplazado un día por cualquier circunstancia.

Su tía la llamó para que viese un cuadro. Elizabeth se acercó y vio un retrato de Wickham encima de la repisa de la chimenea entre otras miniaturas. Su tía le preguntó sonriente qué le parecía. El ama de llaves vino a decirles que aquel era una joven hijo del último administrador de su señor, educado por éste a expensas suyas.

—Ahora ha entrado en el ejército —añadió— y creo que es un bala perdida.

La señora Gardiner miró a su sobrina con una sonrisa, pero Elizabeth se quedó muy seria.

—Y éste —dijo la señora Reynolds indicando otra de las miniaturas— es mi amo, y está muy parecido. Lo pintaron al mismo tiempo que el otro, hará unos ocho años.

—He oído hablar mucho de la distinción de su amo —replicó la señora Gardiner contemplando el retrato—, es guapo. Elizabeth, dime si está o no parecido.

El respeto de la señora Reynolds hacia Elizabeth pareció aumentar al ver que conocía a su señor

—¿Conoce la señorita al señor Darcy?

Elizabeth se sonrojó y respondió:

—Un poco.

—¿Y no cree la señorita que es un caballero muy apuesto?

—Sí, muy guapo.

—Juraría que es el más guapo que he visto; pero en la galería del piso de arriba verán ustedes un retrato suyo mejor y más grande. Este cuarto era el favorito de mi anterior señor, y estas miniaturas están tal y como estaban en vida suya. Le gustaban mucho.

Elizabeth se explicó entonces porque estaba entre ellas la de Wickham.

La señora Reynolds les enseñó entonces un retrato de la señorita Darcy, pintado cuando sólo tenía ocho años.

—¿Y la señorita Darcy es tan guapa como su hermano?

—¡Oh, sí! ¡Es la joven más bella que se haya visto jamás! ¡Y tan aplicada! Toca y canta todo el día. En la siguiente habitación hay un piano nuevo que le acaban de traer, regalo de mi señor. Ella también llegará mañana con él.

El señor Gardiner, con amabilidad y destreza, le tiraba de la lengua, y la señora Reynolds, por orgullo y por afecto, se complacía evidentemente en hablar de su señor y de la hermana.

—¿Viene su señor muy a menudo a Pemberley a lo largo del año?

—No tanto como yo querría, señor; pero diría que pasa aquí la mitad del tiempo; la señorita Darcy siempre está aquí durante los meses de verano. «Excepto —pensó Elizabeth— cuando va a Ramsgate.»

—Si su amo se casara, lo vería usted más.

—Sí, señor; pero no sé cuando será. No sé si habrá alguien que lo merezca.

Los señores Gardiner se sonrieron. Elizabeth no pudo menos que decir:

—Si así lo cree, eso dice mucho en favor del señor Darcy.

—No digo más que la verdad y lo que diría cualquiera que le conozca —replicó la señora Reynolds. Elizabeth creyó que la cosa estaba yendo demasiado lejos, y escuchó con creciente asombro lo que continuó diciendo el ama de llaves.

—Nunca en la vida tuvo una palabra de enojo conmigo. Y le conozco desde que tenía cuatro años.

Era un elogio más importante que todos los otros y más opuesto a lo que Elizabeth pensaba de Darcy. Siempre creyó firmemente que era hombre de mal carácter. Con viva curiosidad esperaba seguir oyendo lo que decía el ama, cuando su tío observó:

—Pocas personas hay de quienes se pueda decir eso. Es una suerte para usted tener un señor así. —Sí, señor; es una suerte. Aunque diese la vuelta al mundo, no encontraría otro mejor. Siempre me he fijado en que los que son bondadosos de pequeños, siguen siéndolo de mayores. Y el señor Darcy era el niño más dulce y generoso de la tierra.

Elizabeth se quedó mirando fijamente a la anciana: «¿Puede ser ése Darcy?», pensó.

—Creo que su padre era una excelente persona —agregó la señora Gardiner.

—Sí, señora; sí que lo era, y su hijo es exactamente como él, igual de bueno con los pobres.

Elizabeth oía, se admiraba, dudaba y deseaba saber más. La señora Reynolds no lograba llamar su atención con ninguna otra cosa. Era inútil que le explicase el tema de los cuadros, las dimensiones de las piezas y el valor del mobiliario. El señor Gardiner, muy divertido ante lo que él suponía prejuicio de familia y que inspiraba los rendidos elogios de la anciana a su señor, no tardó en insistir en sus preguntas, y mientras subían la gran escalera, la señora Reynolds siguió ensalzando los muchos méritos de Darcy.

—Es el mejor señor y el mejor amo que pueda haber; no se parece a los atolondrados jóvenes de hoy en día que no piensen más que en sí mismos. No hay uno solo de sus colonos y criados que no le alabe. Algunos dicen que es orgulloso, pero yo nunca se lo he notado. Me figuro que lo encuentran orgulloso porque no es bullanguero como los demás.

«En qué buen lugar lo sitúa todo esto», pensó Elizabeth.

—Tan delicado elogio —cuchicheó su tía mientras seguían visitando la casa— no se aviene con lo que hizo a nuestro pobre amigo.

—Tal vez estemos equivocados.

—No es probable; lo sabemos de muy buena tinta. En el amplio corredor de arriba se les mostró un lindo aposento recientemente adornado con mayor elegancia y tono más claro que los departamentos inferiores, y se les dijo que todo aquello se había hecho para complacer a la señorita Darcy, que se había aficionado a aquella habitación la última vez que estuvo en Pemberley.

—Es realmente un buen hermano —dijo Elizabeth dirigiéndose a una de las ventanas.

La señora Reynolds dijo que la señorita Darcy se quedaría encantada cuando viese aquella habitación.

—Y es siempre así —añadió—, se desvive por complacer a su hermana. No hay nada que no hiciera por ella.

Ya no quedaban por ver más que la galería de pinturas y dos o tres de los principales dormitorios. En la primera había varios cuadros buenos, pero Elizabeth no entendía nada de arte, y entre los objetos de esa naturaleza que ya había visto abajo, no miró más que unos cuantos dibujos en pastel de la señorita Darcy de tema más interesante y más inteligible para ella.

En la galería había también varios retratos de familia, pero no era fácil que atrajesen la atención de un extraño. Elizabeth los recorrió buscando el único retrato cuyas facciones podía reconocer. Al llegar a él se detuvo, notando su sorprendente exactitud. El rostro de Darcy tenía aquella misma sonrisa que Elizabeth le había visto cuando la miraba. Permaneció varios minutos ante el cuadro, en la más atenta contemplación, y aun volvió a mirarlo antes de

abandonar la galería. La señora Reynolds le comunicó que había sido hecho en vida del padre de Darcy.

Elizabeth sentía en aquellos momentos mucha mayor inclinación por el original de la que había sentido en el auge de sus relaciones. Las alabanzas de la señora Reynolds no eran ninguna nimiedad. ¿Qué elogio puede ser más valioso que el de un criado inteligente? ¡Cuánta gente tenía puesta su felicidad en las manos de Darcy en calidad de hermano, de propietario y de señor! ¡Cuánto placer y cuánto dolor podía otorgar! ¡Cuánto mal y cuánto bien podía hacer! Todo lo dicho por el ama de llaves le enaltecía. Al estar ante el lienzo en el que él estaba retratado, le pareció a Elizabeth que sus ojos la miraban, y pensó en su estima hacia ella con una gratitud mucho más profunda de la que antes había sentido; Elizabeth recordó la fuerza y el calor de sus palabras y mitigó su falta de decoro.

Ya habían visto todo lo que mostraba al público de la casa; bajaron y se despidieron del ama de llaves, quien les confió a un jardinero que esperaba en la puerta del vestíbulo. Cuando atravesaban la pradera camino del arroyo, Elizabeth se volvió para contemplar de nuevo la casa. Sus tíos se detuvieron también, y mientras el señor Gardiner se hacía conjeturas sobre la época del edificio, el dueño de éste salió de repente de detrás de la casa por el sendero que conducía a las caballerizas.

Estaban a menos de veinte yardas, y su aparición fue tan súbita que resultó imposible evitar que los viera. Los ojos de Elizabeth y Darcy se encontraron al instante y sus rostros se cubrieron de intenso rubor. Él paró en seco y durante un momento se quedó inmóvil de sorpresa; se recobró en seguida y, adelantándose hacia los visitantes, habló a Elizabeth, si no en términos de perfecta compostura, al menos con absoluta cortesía.

Ella se había vuelto instintivamente, pero al acercarse él se detuvo y recibió sus cumplidos con embarazo. Si el aspecto de Darcy a primera vista o su parecido con los retratos que acababan de contemplar hubiesen sido insuficientes para revelar a los señores Gardiner que tenían al propio Darcy ante ellos, el asombro del jardinero al encontrarse con su señor no les habría dejado lugar a dudas. Aguardaron a cierta distancia mientras su sobrina hablaba con él. Elizabeth, atónita y confusa, apenas se atrevía a alzar los ojos hacia Darcy y no sabía qué contestar a las preguntas que él hacía sobre su familia. Sorprendida por el cambio de modales desde que se habían separado por última vez, cada frase que decía aumentaba su cohibición, y como entre tanto pensaba en lo impropio de haberse encontrado allí, los pocos momentos que estuvieron juntos fueron los más intranquilos de su existencia. Darcy tampoco parecía más dueño de sí que ella; su acento no tenía nada de la calma que le era habitual, y seguía preguntándole cuándo había salido de Longbourn y cuánto tiempo llevaba en Derbyshire, con tanto desorden, y tan apresurado, que a las claras se veía la agitación de sus pensamientos.

Por fin pareció que ya no sabía qué decir; permaneció unos instantes sin pronunciar palabra, se reportó de pronto y se despidió.

Los señores Gardiner se reunieron con Elizabeth y elogiaron la buena presencia de Darcy; pero ella no oía nada; embebida en sus pensamientos, los siguió en silencio. Se hallaba dominada por la vergüenza y la contrariedad. ¿Cómo se le había ocurrido ir allí? ¡Había sido la decisión más desafortunada y disparatada del mundo! ¡Qué extraño tenía que parecerle a Darcy! ¡Cómo había de interpretar aquello un hombre —tan vanidoso! Su visita a Pemberley parecería hecha adrede para ir en su busca. ¿Por qué habría ido? ¿Y él, por qué habría venido un día antes? Si ellos mismos hubiesen llegado a Pemberley sólo diez minutos más temprano, no habrían coincidido, pues era evidente que Darcy acababa de llegar, que en aquel instante bajaba del caballo o del coche. Elizabeth no dejaba de avergonzarse de su desdichado encuentro. Y el comportamiento de Darcy, tan notablemente cambiado, ¿qué podía significar? Era sorprendente que le hubiese dirigido la palabra, pero aún más que lo hiciese con tanta

finura y que le preguntase por su familia. Nunca había visto tal sencillez en sus modales ni nunca le había oído expresarse con tanta gentileza. ¡Qué contraste con la última vez que la abordó en la finca de Rosings para poner en sus manos la carta! Elizabeth no sabía qué pensar ni cómo juzgar todo esto.

Entretanto, habían entrado en un hermoso paseo paralelo al arroyo, y a cada paso aparecía ante ellos un declive del terreno más bello o una vista más impresionante de los bosques a los que se aproximaban.

Pero pasó un tiempo hasta que Elizabeth se diese cuenta de todo aquello, y aunque respondía mecánicamente a las repetidas preguntas de sus tíos y parecía dirigir la mirada a los objetos que le señalaban, no distinguía ninguna parte del paisaje. Sus pensamientos no podían apartarse del sitio de la mansión de Pemberley, cualquiera que fuese, en donde Darcy debía de encontrarse. Anhelaba saber lo que en aquel momento pasaba por su mente, qué pensaría de ella y si todavía la querría. Puede que su cortesía obedeciera únicamente a que ya la había olvidado; pero había algo en su voz que denotaba inquietud. No podía adivinar si Darcy sintió placer o pesar al verla; pero lo cierto es que parecía desconcertado.

Las observaciones de sus acompañantes sobre su falta de atención, la despertaron y le hicieron comprender que debía aparentar serenidad.

Penetraron en el bosque y alejándose del arroyo por un rato, subieron a uno de los puntos más elevados, desde el cual, por los claros de los árboles, podía extenderse la vista y apreciar magníficos panoramas del valle y de las colinas opuestas cubiertas de arboleda, y se divisaban también partes del arroyo. El señor Gardiner hubiese querido dar la vuelta a toda la finca, pero temía que el paseo resultase demasiado largo. Con sonrisa triunfal les dijo el jardinero que la finca tenía diez millas de longitud, por lo que decidieron no dar la vuelta planeada, y se dirigieron de nuevo a una bajada con árboles inclinados sobre el agua en uno de los puntos más estrechos del arroyo. Lo cruzaron por un puente sencillo en armonía con el aspecto general del paisaje. Aquel paraje era el menos adornado con artificios de todos los que habían visto. El valle, convertido aquí en cañada, sólo dejaba espacio para el arroyo y para un estrecho paseo en medio del rústico soto que lo bordeaba. Elizabeth quería explorar sus revueltas, pero en cuanto pasaron el puente y pudieron apreciar lo lejos que estaban de la casa, la señora Gardiner, que no era amiga de caminar, no quiso seguir adelante y sólo pensó en volver al coche lo antes posible. Su sobrina se vio obligada a ceder y emprendieron el regreso hacia la casa por el lado opuesto al arroyo y por el camino más corto. Pero andaban muy despacio porque el señor Gardiner era aficionado a la pesca, aunque pocas veces podía dedicarse a ella, y se distraía cada poco acechando la aparición de alguna trucha y comentándolo con el jardinero. Mientras seguían su lenta marcha, fueron sorprendidos de nuevo; y esta vez el asombro de Elizabeth fue tan grande como la anterior al ver a Darcy encaminándose hacia ellos y a corta distancia. Como el camino no quedaba tan oculto como el del otro lado, se vieron desde lejos. Por lo tanto, Elizabeth estaba más prevenida y resolvió demostrar tranquilidad en su aspecto y en sus palabras si realmente Darcy tenía intención de abordarles. Hubo un momento en que creyó firmemente que Darcy iba a tomar otro sendero, y su convicción duró mientras un recodo del camino le ocultaba, pero pasado el recodo, Darcy apareció ante ellos. A la primera mirada notó que seguía tan cortés como hacía un momento, y para imitar su buena educación comenzó a admirar la belleza del lugar; pero no acababa de decir «delicioso» y «encantador», cuando pensó que el elogiar Pemberley podría ser mal interpretado. Cambió de color y no

dijo más.

La señora Gardiner venía un poco más atrás y Darcy aprovechó el silencio de Elizabeth para que le hiciese el honor de presentarle a sus amigos. Elizabeth no estaba preparada para

este rasgo de cortesía, y no pudo evitar una sonrisa al ver que pretendía conocer a una de aquellas personas contra las que su orgullo se había rebelado al declarársele. «¿Cuál será su sorpresa —pensó— cuando sepa quiénes son? Se figura que son gente de alcurnia.»

Hizo la presentación al punto y, al mencionar el parentesco, miró rápidamente a Darcy para ver el efecto que le hacía y esperó que huiría a toda prisa de semejante compañía. Fue evidente que Darcy se quedó sorprendido, pero se sobrepuso y en lugar de seguir su camino retrocedió con todos ellos y se puso a conversar con el señor Gardiner. Elizabeth no pudo menos que sentirse satisfecha y triunfante. Era consolador que Darcy supiera que tenía parientes de los que no había por qué avergonzarse. Escuchó atentamente lo que decían y se ufano de las frases y observaciones de su tío que demostraban su inteligencia, su buen gusto y sus excelentes modales.

La conversación recayó pronto sobre la pesca, y Elizabeth oyó que Darcy invitaba a su tío a ir a pescar allí siempre que quisiera mientras estuviesen en la ciudad vecina, ofreciéndose incluso a procurarle aparejos y señalándole los puntos del río más indicados para pescar. La señora Gardiner, que paseaba del brazo de Elizabeth, la miraba con expresión de incredulidad. Elizabeth no dijo nada, pero estaba sumamente complacida; las atenciones de Darcy debían dirigirse a ella seguramente. Su asombro, sin embargo, era extraordinario y no podía dejar de repetirse: «¿Por qué estará tan cambiado? No puede ser por mí, no puede ser por mi causa que sus modales se hayan suavizado tanto. Mis reproches en Hunsford no pueden haber efectuado una transformación semejante. Es imposible que aún me ame.»

Después de andar un tiempo de esta forma, las dos señoras delante y los dos caballeros detrás, al volver a emprender el camino, después de un descenso al borde del río para ver mejor una curiosa planta acuática, hubo un cambio de parejas. Lo originó la señora Gardiner, que fatigada por el trajín del día, encontraba el brazo de Elizabeth demasiado débil para sostenerla y prefirió, por lo tanto, el de su marido. Darcy entonces se puso al lado de la sobrina y siguieron así su paseo. Después de un corto silencio, Elizabeth tomó la palabra. Quería hacerle saber que antes de ir a Pemberley se había cerciorado de que él no estaba y que su llegada les era totalmente inesperada.

—Su ama de llaves —añadió— nos informó que no llegaría usted hasta mañana; y aun antes de salir de Bakewell nos dijeron que tardaría usted en volver a Derbyshire.

Darcy reconoció que así era, pero unos asuntos que tenía que resolver con su administrador le habían obligado a adelantarse a sus acompañantes.

—Mañana temprano —continuó— se reunirán todos conmigo. Entre ellos hay conocidos suyos que desearán verla; el señor Bingley y sus hermanas.

Elizabeth no hizo más que una ligera inclinación de cabeza. Se acordó al instante de la última vez que el nombre de Bingley había sido mencionado entre ellos, y a juzgar por la expresión de Darcy, él debía estar pensando en lo mismo.

—Con sus amigos viene también una persona que tiene especial deseo de conocerla a usted —prosiguió al cabo de una pausa—. ¿Me permitirá, o es pedirle demasiado, que le presente a mi hermana mientras están ustedes en Lambton?

Elizabeth se quedó boquiabierta. No alcanzaba a imaginar cómo podía pretender aquello la señorita Darcy; pero en seguida comprendió que el deseo de ésta era obra de su hermano, y sin sacar más conclusiones, le pareció muy halagador. Era grato saber que Darcy no le guardaba rencor.

Siguieron andando en silencio, profundamente abstraídos los dos en sus pensamientos. Elizabeth no podía estar tranquila, pero se sentía adulada y complacida. La intención de Darcy de presentarle a su hermana era una gentileza excepcional. Pronto dejaron atrás a los otros y, cuando llegaron al coche, los señores Gardiner estaban a medio cuarto de milla de ellos.

Darcy la invitó entonces a pasar a la casa, pero Elizabeth declaró que no estaba cansada y esperaron juntos en el césped. En aquel rato podían haber hablado de muchas cosas, el silencio resultaba violento. Ella quería hablar pero tenía la mente en blanco y todos los temas que se le ocurrían parecían estar prohibidos. Al fin recordó su viaje, y habló de Matlock y Dove Dale con gran perseverancia. El tiempo pasaba, su tía andaba muy despacio y la paciencia y las ideas de Elizabeth se agotaban antes de que acabara el tete—à—tete. Cuando llegaron los señores Gardiner, Darcy les invitó a todos a entrar en la casa y tomar un refrigerio; pero ellos se excusaron y se separaron con la mayor cortesía. Darcy les acompañó hasta el coche y cuando éste echó a andar, Elizabeth le vio encaminarse despacio hacia la casa.

Entonces empezaron los comentarios de los tíos; ambos declararon que Darcy era superior a cuanto podía imaginarse.

—Su educación es perfecta y su elegancia y sencillez admirables —dijo su tío.

—Hay en él un poco de altivez —añadió la tía pero sólo en su porte, y no le sienta mal. Puedo decir, como el ama de llaves, que aunque se le tache de orgulloso, no se le nota nada.

—Su actitud con nosotros me ha dejado atónito. Ha estado más que cortés, ha estado francamente atento y nada le obligaba a ello. Su amistad con Elizabeth era muy superficial.

—Claro que no es tan guapo como Wickham —repuso la tía—; o, mejor dicho, que no es tan bien plantado, pero sus facciones son perfectas. ¿Cómo pudiste decirnos que era tan desagradable, Lizzy?

Elizabeth se disculpó como pudo; dijo que al verse en Kent le había agradado más que antes y que nunca le había encontrado tan complaciente como aquella mañana.

—Puede que sea un poco caprichoso en su cortesía —replicó el tío—; esos señores tan encopetados suelen ser así. Por eso no le tomaré la palabra en lo referente a la pesca, no vaya a ser que otro día cambie de parecer y me eche de la finca.

Elizabeth se dio cuenta de que estaban completamente equivocados sobre su carácter, pero no dijo nada.

—Después de haberle visto ahora, nunca habría creído que pudiese portarse tan mal como lo hizo con Wickham —continuó la señora Gardiner—, no parece un desalmado. Al contrario, tiene un gesto muy agradable al hablar. Y hay también una dignidad en su rostro que a nadie podría hacer pensar que no tiene buen corazón. Pero, a decir verdad, la buena mujer que nos enseñó la casa exageraba un poco su carácter. Hubo veces que casi se me escapaba la risa. Lo que pasa es que debe ser un amo muy generoso y eso, a los ojos de un criado, equivale a todas las virtudes.

Al oír esto, Elizabeth creyó que debía decir algo en defensa del proceder de Darcy con Wickham. Con todo el cuidado que le fue posible, trató de insinuarles que, por lo que había oído decir a sus parientes de Kent, sus actos podían interpretarse de muy distinto modo, y que ni su carácter era tan malo ni el de Wickham tan bueno como en Hertfordshire se había creído. Para confirmar lo dicho les refirió los detalles de todas las transacciones pecuniarias que

habían mediado entre ellos, sin mencionar cómo lo había sabido, pero afirmando que era rigurosamente cierto.

A la señora Gardiner le sorprendió y sintió curiosidad por el tema, pero como en aquel momento se acercaban al escenario de sus antiguos placeres, cedió al encanto de sus recuerdos y ya no hizo más que señalar a su marido todos los lugares interesantes y sus alrededores. A pesar de lo fatigada que estaba por el paseo de la mañana, en cuanto cenaron salieron en busca de antiguos conocidos, y la velada transcurrió con la satisfacción de las relaciones reanudadas después de muchos años de interrupción.

Los acontecimientos de aquel día habían sido demasiado arrebatadores para que Elizabeth pudiese prestar mucha atención a ninguno de aquellos nuevos amigos, y no podía más que pensar con admiración en las amabilidades de Darcy, y sobre todo en su deseo de que conociera a su hermana.

Capítulo XLIV

Elizabeth había calculado que Darcy llevaría a su hermana a visitarla al día siguiente de su llegada a Pemberley, y en consecuencia, resolvió no perder de vista la fonda en toda aquella mañana. Pero se equivocó, pues recibió la visita el mismo día que llegaron. Los Gardiner y Elizabeth habían estado paseando por el pueblo con algunos de los nuevos amigos, y regresaban en aquel momento a la fonda para vestirse e ir a comer con ellos, cuando el ruido de un carruaje les hizo asomarse a la ventana y vieron a un caballero y a una señorita en un cabriolé que subía por la calle. Elizabeth reconoció al instante la librea de los lacayos, adivinó lo que aquello significaba y dejó a sus tíos atónitos al comunicarles el honor que les esperaba. Estaban asustados; aquella visita, lo desconcertada que estaba Elizabeth y las circunstancias del día anterior les hicieron formar una nueva idea del asunto. No había habido nada que lo sugiriese anteriormente, pero ahora se daban cuenta que no había otro modo de explicar las atenciones de Darcy más que suponiéndole interesado por su sobrina. Mientras ellos pensaban en todo esto, la turbación de Elizabeth aumentaba por momentos. Le alarmaba su propio desconcierto, y entre las otras causas de su desasosiego figuraba la idea de que Darcy, en su entusiasmo, le hubiese hablado de ella a su hermana con demasiado elogio. Deseaba agradecer más que nunca, pero sospechaba que no iba a poder conseguirlo.

Se retiró de la ventana por temor a que la viesen, y, mientras paseaba de un lado a otro de la habitación, las miradas interrogantes de sus tíos la ponían aún más nerviosa.

Por fin aparecieron la señorita Darcy y su hermano y la gran presentación tuvo lugar. Elizabeth notó con asombro que su nueva conocida estaba, al menos, tan turbada como ella. Desde que llegó a Lambton había oído decir que la señorita Darcy era extremadamente orgullosa pero, después de haberla observado unos minutos, se convenció de que sólo era extremadamente tímida. Difícilmente consiguió arrancarle una palabra, a no ser unos cuantos monosílabos.

La señorita Darcy era más alta que Elizabeth y, aunque no tenía más que dieciséis años, su cuerpo estaba ya formado y su aspecto era muy femenino y grácil. No era tan guapa como su hermano, pero su rostro revelaba inteligencia y buen carácter, y sus modales eran sencillísimos y gentiles. Elizabeth, que había temido que fuese una observadora tan aguda y desenvuelta como Darcy, experimentó un gran alivio al ver lo distinta que era.

Poco rato llevaban de conversación, cuando Darcy le dijo a Elizabeth que Bingley vendría también a visitarla, y apenas había tenido tiempo la joven de expresar su satisfacción y prepararse para recibirle cuando oyeron los precipitados pasos de Bingley en la escalera, y en seguida entró en la habitación. Toda la indignación de Elizabeth contra él había desaparecido desde hacía tiempo, pero si todavía le hubiese quedado algún rencor, no habría podido

resistirse a la franca cordialidad que Bingley le demostró al verla de nuevo. Le preguntó por su familia de manera cariñosa, aunque en general, y se comportó y habló con su acostumbrado buen humor.

Los señores Gardiner acogieron a Bingley con el mismo interés que Elizabeth. Hacía tiempo que tenían ganas de conocerle. A decir verdad, todos los presentes les inspiraban la más viva curiosidad. Las sospechas que acababan de concebir sobre Darcy y su sobrina les llevaron a concentrar su atención en ellos examinándolos detenidamente, aunque con disimulo, y muy pronto se dieron cuenta de que al menos uno de ellos estaba muy enamorado. Los sentimientos de Elizabeth eran algo dudosos, pero era evidente que Darcy rebosaba admiración a todas luces.

Elizabeth, por su parte, tenía mucho que hacer. Debía adivinar los sentimientos de cada uno de sus visitantes y al mismo tiempo tenía que contener los suyos y hacerse agradable a todos. Bien es verdad que lo último, que era lo que más miedo le daba, era lo que con más seguridad podía conseguir, pues los interesados estaban ya muy predispuestos en su favor. Bingley estaba listo, Georgiana lo deseaba y Darcy estaba completamente decidido.

Al ver a Bingley, los pensamientos de Elizabeth volaron, como es natural, hacia su hermana, y se dedicó afanosamente a observar si alguno de los pensamientos de aquél iban en la misma dirección. Se hacía ilusiones pensando que hablaba menos que en otras ocasiones, y una o dos veces se complació en la idea de que, al mirarla, Bingley trataba de buscar un parecido. Pero, aunque todo eso no fuesen más que fantasías suyas, no podía equivocarse en cuanto a su conducta con la señorita Darcy, de la que le habían hablado como presunta rival de Jane. No notó ni una mirada por parte del uno ni por parte del otro que pudiese justificar las esperanzas de la hermana de Bingley. En lo referente a este tema se quedó plenamente satisfecha. Antes de que se fueran, todavía notó por dos o tres pequeños detalles que Bingley se acordaba de Jane con ternura y parecía que quería decir algo más y que no se atrevía. En un momento en que los demás conversaban, lo dijo en un tono pesaroso:

—¡Cuánto tiempo hacía que no tenía el gusto de verla!

Y, antes de que Elizabeth tuviese tiempo de responder, añadió:

—Hace cerca de ocho meses. No nos habíamos visto desde el veintiséis de noviembre cuando bailamos todos juntos en Netherfield.

Elizabeth se alegró de ver que no le fallaba la memoria. Después, aprovechando que los demás estaban distraídos, le preguntó si todas sus hermanas estaban en Longbourn. Ni la pregunta ni el recuerdo anterior eran importantes, pero la mirada y el gesto de Bingley fueron muy significativos.

Elizabeth no miraba muy a menudo a Darcy; pero cuando lo hacía, veía en él una expresión de complacencia y en lo que decía percibía un acento que borraba todo desdén o altanería hacia sus acompañantes, y la convencía de que la mejoría de su carácter de la que había sido testigo el día anterior, aunque fuese pasajera, había durado, al menos, hasta la fecha. Al verle intentando ser sociable, procurando la buena opinión de los allí presentes, con los que tener algún trato hacía unos meses habría significado para él una deshonra; al verle tan cortés, no sólo con ella, sino con los mismísimos parientes que había despreciado, y recordaba la violenta escena en la casa parroquial de Hunsford, la diferencia, el cambio era tan grande, que a duras penas pudo impedir que su asombro se hiciera visible. Nunca, ni en compañía de sus queridos amigos en Netherfield, ni en la de sus encopetadas parientes de Rosings, le había hallado tan ansioso de agradar, tan ajeno a darse importancia ni a mostrarse reservado, como ahora en que ninguna vanidad podía obtener con el éxito de su empeño, y en que el trato con

aquellos a quienes colmaba de atenciones habría sido censurado y ridiculizado por las señoras de Netherfield y de Rosings.

La visita duró una media hora, y cuando se levantaron para despedirse, Darcy pidió a su hermana que apoyase la invitación a los Gardiner y a la señorita Bennet, para que fuesen a cenar en Pemberley antes de irse de la comarca. La señorita Darcy, aunque con una timidez que descubría su poca costumbre de hacer invitaciones, obedeció al punto. La señora Gardiner miró a su sobrina para ver cómo ésta, a quien iba dirigida la invitación, la acogería; pero Elizabeth había vuelto la cabeza. Presumió, sin embargo, que su estudiada evasiva significaba más bien un momentáneo desconcierto que disgusto por la proposición, y viendo a su marido, que era muy aficionado a la vida social, deseoso de acceder, se arriesgó a aceptar en nombre de los tres; y la fecha se fijó para dos días después.

Bingley se manifestó encantado de saber que iba a volver a ver a Elizabeth, pues tenía que decirle aún muchas cosas y hacerle muchas preguntas acerca de todos los amigos de Hertfordshire. Elizabeth creyó entender que deseaba oírle hablar de su hermana y se quedó muy complacida. Este y algunos otros detalles de la visita la dejaron dispuesta, en cuanto se hubieron ido sus amigos, a recordarla con agrado, aunque durante la misma se hubiese sentido un poco incómoda. Con el ansia de estar sola y temerosa de las preguntas o suposiciones de sus tíos, estuvo con ellos el tiempo suficiente para oír sus comentarios favorables acerca de Bingley, y se apresuró a vestirse.

Pero estaba muy equivocada al temer la curiosidad de los señores Gardiner, que no tenían la menor intención de hacerle hablar. Era evidente que sus relaciones con Darcy eran mucho más serias de lo que ellos habían creído, y estaba más claro que el agua que él estaba enamorado de ella. Habían visto muchas cosas que les interesaban, pero no justificaban su indagación.

Lo importante ahora era que Darcy fuese un buen muchacho. Por lo que ellos podían haber apreciado, no tenía peros. Sus amabilidades les habían conmovido, y si hubiesen tenido que describir su carácter según su propia opinión y según los informes de su sirvienta, prescindiendo de cualquier otra referencia, lo habrían hecho de tal modo que el círculo de Hertfordshire que le conocía no lo habría reconocido. Deseaban ahora dar crédito al ama de llaves y pronto convinieron en que el testimonio de una criada que le conocía desde los cuatro años y que parecía tan respetable, no podía ser puesto en tela de juicio. Por otra parte, en lo que decían sus amigos de Lambton no había nada capaz de aminorar el peso de aquel testimonio. No le acusaban más que de orgullo; orgulloso puede que sí lo fuera, pero, aunque no lo hubiera sido, los habitantes de aquella pequeña ciudad comercial, donde nunca iba la familia de Pemberley, del mismo modo le habrían atribuido el calificativo. Pero decían que era muy generoso y que hacía mucho bien entre los pobres.

En cuanto a Wickham, los viajeros vieron pronto que no se le tenía allí en mucha estima; no se sabía lo principal de sus relaciones con el hijo de su señor, pero en cambio era notorio el hecho de que al salir de Derbyshire había dejado una multitud de deudas que Darcy había pagado.

Elizabeth pensó aquella noche en Pemberley más aún que la anterior. Le pareció larguísima, pero no lo bastante para determinar sus sentimientos hacia uno de los habitantes de la mansión. Después de acostarse estuvo despierta durante dos horas intentando descifrarlos. No le odiaba, eso no; el odio se había desvanecido hacía mucho, y durante casi todo ese tiempo se había avergonzado de haber sentido contra aquella persona un desagrado que pudiera recibir ese nombre. El respeto debido a sus valiosas cualidades, aunque admitido al principio contra su voluntad, había contribuido a que cesara la hostilidad de sus sentimientos y éstos habían evolucionado hasta convertirse en afectuosos ante el importante testimonio en

su favor que había oído y ante la buena disposición que él mismo —había mostrado el día anterior. Pero por encima de todo eso, por encima del respeto y la estima, sentía Elizabeth otro impulso de benevolencia hacia Darcy que no podía pasarse por alto. Era gratitud; gratitud no sólo por haberla amado, sino por amarla todavía lo bastante para olvidar toda la petulancia y mordacidad de su rechazo y todas las injustas acusaciones que lo acompañaron. Él, que debía considerarla —así lo suponía Elizabeth— como a su mayor enemiga, al encontrarla casualmente parecía deseoso de conservar su amistad, y sin ninguna demostración de indelicadeza ni afectación en su trato, en un asunto que sólo a los dos interesaba, solicitaba la buena opinión de sus amigos y se decidía a presentarle a su hermana. Semejante cambio en un hombre tan orgulloso no sólo tenía que inspirar asombro, sino también gratitud, pues había que atribuirlo al amor, a un amor apasionado. Pero, aunque esta impresión era alentadora y muy contraria al desagrado, no podía definirla con exactitud. Le respetaba, le estimaba, le estaba agradecida, y deseaba vivamente que fuese feliz. No necesitaba más que saber hasta qué punto deseaba que aquella felicidad dependiera de ella, y hasta qué punto redundaría en la felicidad de ambos que emplease el poder que imaginaba poseer aún de inducirle a renovar su proposición.

Por la tarde la tía y la sobrina acordaron que una atención tan extraordinaria como la de la visita de la señorita Darcy el mismo día de su llegada a Pemberley —donde había llegado poco después del desayuno debía ser correspondida, si no con algo equivalente, por lo menos con alguna cortesía especial. Por lo tanto, decidieron ir a visitarla a Pemberley a la mañana siguiente. Elizabeth se sentía contenta, a pesar de que cuando se preguntaba por qué, no alcanzaba a encontrar una respuesta.

Después del desayuno, el señor Gardiner las dejó. El ofrecimiento de la pesca había sido renovado el día anterior y le habían asegurado que a mediodía le acompañaría alguno de los caballeros de Pemberley.

Capítulo XLV

Elizabeth estaba ahora convencida de que la antipatía que por ella sentía la señorita Bingley provenía de los celos. Comprendía, pues, lo desagradable que había de ser para aquella el verla aparecer en Pemberley y pensaba con curiosidad en cuánta cortesía pondría por su parte para reanudar sus relaciones.

Al llegar a la casa atravesaron el vestíbulo y entraron en el salón cuya orientación al norte lo hacía delicioso en verano. Las ventanas abiertas de par en par brindaban una vista refrigerante de las altas colinas pobladas de bosque que estaban detrás del edificio, y de los hermosos robles y castaños de España dispersados por la pradera que se extendía delante de la casa.

En aquella pieza fueron recibidas por la señorita Darcy que las esperaba junto con la señora Hurst, la señorita Bingley y su dama de compañía. La acogida de Georgiana fue muy cortés, pero dominada por aquella cortedad debida a su timidez y al temor de hacer las cosas mal, que le había dado fama de orgullosa y reservada entre sus inferiores. Pero la señora Gardiner y su sobrina la comprendían y compadecían.

La señora Hurst y la señorita Bingley les hicieron una simple reverencia y se sentaron. Se estableció un silencio molestísimo que duró unos instantes. Fue interrumpido por la señora Annesley, persona gentil y agradable que, al intentar romper el hielo, mostró mejor educación que ninguna de las otras señoras. La charla continuó entre ella y la señora Gardiner, con algunas intervenciones de Elizabeth. La señorita Darcy parecía desear tener la decisión suficiente para tomar parte en la conversación, y de vez en cuando aventuraba alguna corta frase, cuando menos peligro había de que la oyesen.

Elizabeth se dio cuenta en seguida de que la señorita Bingley la vigilaba estrechamente y que no podía decir una palabra, especialmente a la señorita Darcy, sin que la otra agudizase el oído. No obstante, su tenaz observación no le habría impedido hablar con Georgiana si no hubiesen estado tan distantes la una de la otra; pero no le afligió el no poder hablar mucho, así podía pensar más libremente. Deseaba y temía a la vez que el dueño de la casa llegase, y apenas podía aclarar si lo temía más que lo deseaba. Después de estar así un cuarto de hora sin oír la voz de la señorita Bingley, Elizabeth se sonrojó al preguntarle aquélla qué tal estaba su familia. Contestó con la misma indiferencia y brevedad y la otra no dijo más.

La primera variedad de la visita consistió en la aparición de unos criados que traían fiambres, pasteles y algunas de las mejores frutas de la estación, pero esto aconteció después de muchas miradas significativas de la señora Annesley a Georgiana con el fin de recordarle sus deberes. Esto distrajo a la reunión, pues, aunque no todas las señoras pudiesen hablar, por lo menos todas podrían comer. Las hermosas pirámides de uvas, albérchigos y melocotones las congregaron en seguida alrededor de la mesa.

Mientras estaban en esto, Elizabeth se dedicó a pensar si temía o si deseaba que llegase Darcy por el efecto que había de causarle su presencia; y aunque un momento antes creyó que más bien lo deseaba, ahora empezaba a pensar lo contrario.

Darcy había estado con el señor Gardiner, que pescaba en el río con otros dos o tres caballeros, pero al saber que las señoras de su familia pensaban visitar a Georgiana aquella misma mañana, se fue a casa. Al verle entrar, Elizabeth resolvió aparentar la mayor naturalidad, cosa necesaria pero difícil de lograr, pues le constaba que toda la reunión estaba pendiente de ellos, y en cuanto Darcy llegó todos los ojos se pusieron a examinarle. Pero en ningún rostro asomaba la curiosidad con tanta fuerza como en el de la señorita Bingley, a pesar de las sonrisas que prodigaba al hablar con cualquiera; sin embargo, sus celos no habían llegado hasta hacerla desistir de sus atenciones a Darcy—. Georgiana, en cuanto entró su hermano, se esforzó más en hablar, y Elizabeth comprendió que Darcy quería que las dos intimasen, para lo cual favorecía todas las tentativas de conversación por ambas partes. La señorita Bingley también lo veía y con la imprudencia propia de su ira, aprovechó la primera oportunidad para decir con burlona finura:

—Dígame, señorita Elizabeth, ¿es cierto que la guarnición de Meryton ha sido trasladada? Ha debido de ser una gran pérdida para su familia.

En presencia de Darcy no se atrevió a pronunciar el nombre de Wickham, pero Elizabeth adivinó que tenía aquel nombre en su pensamiento; los diversos recuerdos que le despertó la afligieron durante un momento, pero se sobrepuso con entereza para repeler aquel descarado ataque y respondió a la pregunta en tono despreocupado. Al hacerlo, una mirada involuntaria le hizo ver a Darcy con el color encendido, que la observaba atentamente, y a su hermana completamente confusa e incapaz de levantar los ojos. Si la señorita Bingley hubiese podido sospechar cuánto apenaba a su amado, se habría refrenado, indudablemente; pero sólo había intentado descomponer a Elizabeth sacando a relucir algo relacionado con un hombre por el que ella había sido parcial y para provocar en ella algún movimiento en falso que la perjudicase a los ojos de Darcy y que, de paso, recordase a éste los absurdos y las locuras de la familia Bennet. No sabía una palabra de la fuga de la señorita Darcy, pues se había mantenido estrictamente en secreto, y Elizabeth era la única persona a quien había sido revelada. Darcy quería ocultarla a todos los parientes de Bingley por aquel mismo deseo, que Elizabeth le atribuyó tanto tiempo, de llegar a formar parte de su familia. Darcy, en efecto, tenía este propósito, y aunque no fue por esto por lo que pretendió separar a su amigo de Jane, es probable que se sumara a su vivo interés por la felicidad de Bingley.

Pero la actitud de Elizabeth le tranquilizó. La señorita Bingley, humillada y decepcionada, no volvió a atreverse a aludir a nada relativo a Wickham. Georgiana se fue recobrando, pero ya se quedó definitivamente callada, sin osar afrontar las miradas de su hermano. Darcy no se ocupó más de lo sucedido, pero en vez de apartar su pensamiento de Elizabeth, la insinuación de la señorita Bingley pareció excitar más aún su pasión.

Después de la pregunta y contestación referidas, la visita no se prolongó mucho más y mientras Darcy acompañaba a las señoras al coche, la señorita Bingley se desahogó criticando la conducta y la indumentaria de Elizabeth. Pero Georgiana no le hizo ningún caso. El interés de su hermano por la señorita Bennet era más que suficiente para asegurar su beneplácito; su juicio era infalible, y le había hablado de Elizabeth en tales términos que Georgiana tenía que encontrarla por fuerza amable y atrayente. Cuando Darcy volvió al salón, la señorita Bingley no pudo contenerse y tuvo que repetir algo de lo que ya le había dicho a su hermana:

—¡Qué mal estaba Elizabeth Bennet, señor Darcy! —exclamó—. ¡Qué cambiada la he encontrado desde el invierno! ¡Qué morena y qué poco fina se ha puesto! Ni Louisa ni yo la habríamos reconocido.

La observación le hizo a Darcy muy poca gracia, pero se contuvo y contestó fríamente que no le había notado más variación que la de estar tostada por el sol, cosa muy natural viajando en verano.

—Por mi parte —prosiguió la señorita Bingley confieso que nunca me ha parecido guapa. Tiene la cara demasiado delgada, su color es apagado y sus facciones no son nada bonitas; su nariz no tiene ningún carácter y no hay nada notable en sus líneas; tiene unos dientes pasables, pero no son nada fuera de lo común, y en cuanto a sus ojos tan alabados, yo no veo que tengan nada extraordinario, miran de un modo penetrante y adusto muy desagradable; y en todo su aire, en fin, hay tanta pretensión y una falta de buen tono que resulta intolerable.

Sabiendo como sabía la señorita Bingley que Darcy admiraba a Elizabeth, ése no era en absoluto el mejor modo de agradarle, pero la gente irritada no suele actuar con sabiduría; y al ver que lo estaba provocando, ella consiguió el éxito que esperaba. Sin embargo, él se quedó callado, pero la señorita Bingley tomó la determinación de hacerle hablar y prosiguió:

—Recuerdo que la primera vez que la vimos en Hertfordshire nos extrañó que tuviese fama de guapa; y recuerdo especialmente que una noche en que habían cenado en Netherfield, usted dijo: «¡Si ella es una belleza, su madre es un genio!» Pero después pareció que le iba gustando y creo que la llegó a considerar bonita en algún tiempo.

—Sí —replicó Darcy, sin poder contenerse por más tiempo—, pero eso fue cuando empecé a conocerla, porque hace ya muchos meses que la considero como una de las mujeres más bellas que he visto.

Dicho esto, se fue y la señorita Bingley se quedó muy satisfecha de haberle obligado a decir lo que sólo a ella le dolía.

Camino de Lambton, la señora Gardiner y Elizabeth comentaron todo lo ocurrido en la visita, menos lo que más les interesaba a las dos. Discutieron el aspecto y la conducta de todos, sin referirse a la persona a la que más atención habían dedicado. Hablaron de su hermana, de sus amigos, de su casa, de sus frutas, de todo menos de él mismo, a pesar del deseo de Elizabeth de saber lo que la señora Gardiner pensaba de Darcy, y de lo mucho que ésta se habría alegrado de que su sobrina entrase en materia.

Al llegar a Lambton, le disgustó a Elizabeth no encontrar carta de Jane; el disgusto se renovó todas las mañanas, pero a la tercera recibió dos cartas a la vez, en una de las cuales había una nota diciendo que se había extraviado y había sido desviada a otro lugar, cosa que a Elizabeth no le sorprendió, porque Jane había puesto muy mal la dirección.

En el momento en que llegaron las dos cartas, se disponían a salir de paseo, y para dejarla que las disfrutase tranquilamente, sus tíos se marcharon solos. Elizabeth leyó primero la carta extraviada que llevaba un retraso de cinco días. Al principio relataba las pequeñas tertulias e invitaciones, y daba las pocas noticias que el campo permitía; pero la última mitad, fechada un día después y escrita con evidente agitación, decía cosas mucho más importantes:

«Después de haber escrito lo anterior, queridísima Elizabeth, ha ocurrido algo muy serio e inesperado; pero no te alarmes todos estamos bien. Lo que voy a decirte se refiere a la pobre Lydia. Anoche a las once, cuando nos íbamos a acostar, llegó un expreso enviado por el coronel Forster para informarnos de que nuestra hermana se había escapado a Escocia con uno de los oficiales; para no andar con rodeos: con Wickham. Imagínate nuestra sorpresa. Sin embargo, a Catherine no le pareció nada sorprendente. Estoy muy triste. ¡Qué imprudencia por parte de ambos! Pero quiero esperar lo mejor y que Wickham no sea tan malo como se ha creído, que no sea más que ligero e indiscreto; pues lo que ha hecho —alegrémonos de ello— no indica mal corazón. Su elección, al fin y al cabo, es desinteresada, porque sabe que nuestro padre no le puede dar nada a Lydia. Nuestra pobre madre está consternada. Papá lo lleva mejor. ¡Qué bien hicimos en no decirles lo que supimos de Wickham! Nosotras mismas debemos olvidarlo. Se supone que se fugaron el sábado a las doce aproximadamente, pero no se les echó de menos hasta ayer a las ocho de la mañana. Inmediatamente mandaron el expreso. Querida Elizabeth, ¡han debido pasar a menos de diez millas de vosotros! El coronel Forster dice que vendrá en seguida. Lydia dejó escritas algunas líneas para la señora Forster comunicándole sus propósitos. Tengo que acabar, pues no puedo extenderme a causa de mi pobre madre. Temo que no entiendas lo escrito, pues ni siquiera sé lo que he puesto.»

Sin tomar tiempo para meditar y sin saber apenas lo que sentía al acabar la lectura de esta carta, Elizabeth abrió la otra con impaciencia y leyó lo que sigue, escrito un día después:

«A estas horas, queridísima hermana, habrás recibido mi apresurada carta. Ojalá la presente sea más inteligible; pero, aunque dispongo de tiempo, mi cabeza está tan aturdida que no puedo ser coherente. Eliza querida, preferiría no escribirte, pero tengo malas noticias que darte y no puedo aplazarlas. Por muy imprudente que pueda ser la boda de Wickham y nuestra pobre Lydia, estamos ansiosos de saber que ya se ha realizado, pues hay sobradas razones para temer que no hayan ido a Escocia. El coronel Forster llegó ayer; salió de Brighton pocas horas después que el propio. A pesar de que la carta de Lydia a la señora Forster daba a entender que iba a Gretna Green, Denny dijo que él estaba enterado y que Wickham jamás pensó en ir allí ni casarse con Lydia; el coronel Forster, al saberlo, se alarmó y salió al punto de Brighton con la idea de darles alcance. Siguió, en efecto, su rastro con facilidad hasta Clapham, pero no pudo continuar adelante, porque ellos al llegar a dicho punto tomaron un coche de alquiler dejando la silla de postas que los había llevado desde Epsom. Y ya no se sabe nada más sino que se les vio tomar el camino de Londres. No sé qué pensar. Después de haber hecho todas las investigaciones posibles de allí a Londres, el coronel Forster vino a Hertfordshire para repetirlas en todos los portazgos y hosterías de Barnet y Hatfield, pero sin ningún resultado; nadie ha visto por allí a esas personas. Con el mayor pesar llegó a Longbourn a darnos cuenta de todo, de un modo que le honra. Estoy de veras apenada por él y por su esposa; nadie podrá recriminarles. Nuestra aflicción es muy grande. Papá y mamá esperan lo peor, pero yo no puedo creer que Wickham sea tan malvado. Muchas circunstancias pueden haberles impulsado a casarse en secreto en la capital en vez de seguir su primer plan; y aun en el caso de que él hubiese tramado la perdición de una muchacha de buena familia como Lydia, cosa que no es probable, ¿he de creerla a ella tan perdida? Imposible. Me desola,

no obstante, ver que el coronel Forster no confiaba en que se hayan casado; cuando yo le dije mis esperanzas, sacudió la cabeza y manifestó su temor de que Wickham no sea de fiar. Mi pobre madre está enferma de veras y no sale de su cuarto. En cuanto a mi padre, nunca le he visto tan afectado. La pobre Catherine está desesperada por haber encubierto los amores de Lydia y Wickham, pero no hay que extrañarse de que las niñas se hiciesen confidencias. Queridísima Lizzy, me alegro sinceramente de que te hayas ahorrado estas dolorosas escenas. Pero ahora que el primer golpe ya ha pasado, te confieso que anhelaba tu regreso. No soy egoísta, sin embargo, hasta el extremo de rogarte que vuelvas si no puedes. Adiós. Tomo de nuevo la pluma para hacer lo que acabo de decirte que no haría, pero las circunstancias son tales que no puedo menos que suplicaros a los tres que vengáis cuanto antes. Conozco tan bien a nuestros queridos tíos, que no dudo que accederán. A nuestro tío tengo, además, que pedirle otra cosa. Mi padre va a ir a Londres con el coronel Forster para ver si la encuentran. No sé qué piensan hacer, pero está tan abatido que no podrá tomar las medidas mejores y más expeditivas, y el coronel Forster no tiene más remedio que estar en Brighton mañana por la noche. En esta situación, los consejos y la asistencia de nuestro tío serían de gran utilidad. Él se hará cargo de esto; cuento con su bondad.»

—¿Dónde, dónde está mi tío? —exclamó Elizabeth alzándose de la silla en cuanto terminó de leer y resuelta a no perder un solo instante; pero al llegar a la puerta, un criado la abrió y entraba Darcy. El pálido semblante y el ímpetu de Elizabeth le asustaron. Antes de que él se hubiese podido recobrar lo suficiente para dirigirle la palabra, Elizabeth, que no podía pensar más que en la situación de Lydia, exclamó precipitadamente:

—Perdóneme, pero tengo que dejarle; necesito hablar inmediatamente con el señor Gardiner de un asunto que no puede demorarse; no hay tiempo que perder.

—¡Dios mío! ¿De qué se trata? —preguntó él con más sentimiento que cortesía; después, reponiéndose, dijo—: No quiero detenerla ni un minuto; pero permítame que sea yo el que vaya en busca de los señores Gardiner o mande a un criado. Usted no puede ir en esas condiciones.

Elizabeth dudó; pero le temblaban las rodillas y comprendió que no ganaría nada con tratar de alcanzarlos. Por consiguiente, llamó al criado y le encargó que trajera sin dilación a sus señores, aunque dio la orden con voz tan apagada que casi no se le oía.

Cuando el criado salió de la estancia, Elizabeth se desplomó en una silla, incapaz de sostenerse. Parecía tan descompuesta, que Darcy no pudo dejarla sin decirle en tono afectuoso y compasivo:

—Voy a llamar a su doncella. ¿Qué podría tomar para aliviarse? ¿Un vaso de vino? Voy a traérselo. Usted está enferma.

—No, gracias —contestó Elizabeth tratando de serenarse—. No se trata de nada mío. Yo estoy bien. Lo único que me pasa es que estoy desolada por una horrible noticia que acabo de recibir de Longbourn.

Al decir esto rompió a llorar y estuvo unos minutos sin poder hablar. Darcy, afligido y suspenso, no dijo más que algunas vaguedades sobre su interés por ella, y luego la observó en silencio. Al fin Elizabeth prosiguió:

—He tenido carta de Jane y me da unas noticias espantosas que a nadie pueden ocultarse. Mi hermana menor nos ha abandonado, se ha fugado, se ha entregado a... Wickham. Los dos se han escapado de Brighton. Usted conoce a Wickham demasiado bien para comprender lo que eso significa. Lydia no tiene dinero ni nada que a él le haya podido tentar... Está perdida para siempre.

Darcy se quedó inmóvil de estupor.

—¡Cuando pienso —añadió Elizabeth aún más agitada— que yo habría podido evitarlo! ¡Yo que sabía quién era Wickham! ¡Si hubiese explicado a mi familia sólo una parte, algo de lo que supe de él! Si le hubiesen conocido, esto no habría pasado. Pero ya es tarde para todo.

—Estoy horrorizado —exclamó Darcy—. ¿Pero es cierto, absolutamente cierto?

—¡Por desgracia! Se fueron de Brighton el domingo por la noche y les han seguido las huellas hasta cerca de Londres, pero no más allá; es indudable que no han ido a Escocia.

—¿Y qué se ha hecho, qué han intentado hacer para encontrarla?

—Mi padre ha ido a Londres y Jane escribe solicitando la inmediata ayuda de mi tío; espero que nos iremos dentro de media hora. Pero no se puede hacer nada, sé que no se puede hacer nada. ¿Cómo convencer a un hombre semejante? ¿Cómo descubrirles? No tengo la menor esperanza. Se mire como se mire es horrible. Darcy asintió con la cabeza en silencio.

—¡Oh, si cuando abrí los ojos y vi quién era Wickham hubiese hecho lo que debía! Pero no me atreví, temí excederme. ¡Qué desdichado error!

Darcy no contestó. Parecía que ni siquiera la escuchaba; paseaba de un lado a otro de la habitación absorto en sus cavilaciones, con el ceño fruncido y el aire sombrío. Elizabeth le observó, y al instante lo comprendió todo. La atracción que ejercía sobre él se había terminado; todo se había terminado ante aquella prueba de la indignidad de su familia y ante la certeza de tan profunda desgracia. Ni le extrañaba ni podía culparle. Pero la creencia de que Darcy se había recobrado, no consoló su dolor ni atenuó su desesperación. Al contrario, sirvió para que la joven se diese cuenta de sus propios sentimientos, y nunca sintió tan sinceramente como en aquel momento que podía haberle amado, cuando ya todo amor era imposible.

Pero ni esta consideración logró distraerla. No pudo apartar de su pensamiento a Lydia, ni la humillación y el infortunio en que a todos les había sumido. Se cubrió el rostro con un pañuelo y olvidó todo lo demás. Después de un silencio de varios minutos, oyó la voz de Darcy que de manera compasiva, aunque reservada, le decía:

—Me temo que desea que me vaya, y no hay nada que disculpe mi presencia; pero me ha movido un verdadero aunque inútil interés. ¡Ojalá pudiese decirle o hacer algo que la consolase en semejante desgracia! Pero no quiero atormentarla con vanos deseos que parecerían formulados sólo para que me diese usted las gracias. Creo que este desdichado asunto va a privar a mi hermana del gusto de verla a usted hoy en Pemberley.

—¡Oh, sí! Tenga la bondad de excusarnos ante la señorita Darcy. Dígle que cosas urgentes nos reclaman en casa sin demora. Ocúltele la triste verdad, aunque ya sé que no va a serle muy fácil.

Darcy le prometió ser discreto, se condolió de nuevo por la desgracia, le deseó que el asunto no acabase tan mal como podía esperarse y encargándole que saludase a sus parientes se despidió sólo con una mirada, muy serio.

Cuando Darcy salió de la habitación, Elizabeth comprendió cuán poco probable era que volviesen a verse con la cordialidad que había caracterizado sus encuentros en Derbyshire. Rememoró la historia de sus relaciones con Darcy, tan llena de contradicciones y de cambios, y apreció la perversidad de los sentimientos que ahora le hacían desear que aquellas relaciones continuasen, cuando antes le habían hecho alegrarse de que terminaran.

Si la gratitud o la estima son buenas bases para el afecto, la transformación de los sentimientos de Elizabeth no parecerá improbable ni condenable. Pero si no es así, si el interés que nace de esto es menos natural y razonable que el que brota espontáneamente, como a menudo se describe, del primer encuentro y antes de haber cambiado dos palabras con el objeto de dicho interés, no podrá decirse en defensa de Elizabeth más que una cosa: que ensayó con Wickham este sistema y que los malos resultados que le dio la autorizaban quizás a inclinarse por el otro método, aunque fuese menos apasionante. Sea como sea, vio salir a Darcy con gran pesar, y este primer ejemplo de las desgracias que podía ocasionar la infamia de Lydia aumentó la angustia que le causaba el pensar en aquel desastroso asunto.

En cuanto leyó la segunda carta de Jane, no creyó que Wickham quisiese casarse con Lydia. Nadie más que Jane podía tener aquella esperanza. La sorpresa era el último de sus sentimientos. Al leer la primera carta se asombró de que Wickham fuera a casarse con una muchacha que no era un buen partido y no entendía cómo Lydia había podido atraerle. Pero ahora lo veía todo claro. Lydia era bonita, y aunque no suponía que se hubiese comprometido a fugarse sin ninguna intención de matrimonio, Elizabeth sabía que ni su virtud ni su buen juicio podían preservarla de caer como presa fácil.

Mientras el regimiento estuvo en Hertfordshire, jamás notó que Lydia se sintiese atraída por Wickham; pero estaba convencida de que sólo necesitaba que le hicieran un poco de caso para enamorarse de cualquiera. Tan pronto le gustaba un oficial como otro, según las atenciones que éstos le dedicaban. Siempre había mariposeado, sin ningún objeto fijo. ¡Cómo pagaban ahora el abandono y la indulgencia en que habían criado a aquella niña!

No veía la hora de estar en casa para ver, oír y estar allí, y compartir con Jane los cuidados que requería aquella familia tan trastornada, con el padre ausente y la madre incapaz de ningún esfuerzo y a la que había que atender constantemente. Aunque estaba casi convencida de que no se podría hacer nada por Lydia, la ayuda de su tío le parecía de máxima importancia, por lo que hasta que le vio entrar en la habitación padeció el suplicio de una impaciente espera. Los señores Gardiner regresaron presurosos y alarmados, creyendo, por lo que le había contado el criado, que su sobrina se había puesto enferma repentinamente. Elizabeth les tranquilizó sobre este punto y les comunicó en seguida la— causa de su llamada leyéndoles las dos cartas e insistiendo en la posdata con trémula energía. Aunque los señores Gardiner nunca habían querido mucho a Lydia, la noticia les afectó profundamente. La desgracia alcanzaba no sólo a Lydia, sino a todos. Después de las primeras exclamaciones de sorpresa y de horror, el señor Gardiner ofreció toda la ayuda que estuviese en su mano. Elizabeth no esperaba menos y les dio las gracias con lágrimas en los ojos. Movidos los tres por un mismo espíritu dispusieron todo para el viaje rápidamente.

—¿Y qué haremos con Pemberley? —preguntó la señora Gardiner—. John nos ha dicho que el señor Darcy estaba aquí cuando le mandaste a buscarnos. ¿Es cierto?

—Sí; le dije que no estábamos en disposición de cumplir nuestro compromiso. Eso ya está arreglado. —Eso ya está arreglado —repitió la señora Gardiner mientras corría al otro cuarto a prepararse—. ¿Están en tan estrechas relaciones como para haberle revelado la verdad? ¡Cómo me gustaría descubrir lo que ha pasado!

Pero su curiosidad era inútil. A lo sumo le sirvió para entretenerse en la prisa y la confusión de la hora siguiente. Si Elizabeth se hubiese podido estar con los brazos cruzados, habría creído que una desdichada como ella era incapaz de cualquier trabajo, pero estaba tan ocupada como su tía y, para colmo, había que escribir tarjetas a todos los amigos de Lambton para explicarles con falsas excusas su repentina marcha. En una hora estuvo todo despachado. El señor Gardiner liquidó mientras tanto la cuenta de la fonda y ya no faltó más

que partir. Después de la tristeza de la mañana, Elizabeth se encontró en menos tiempo del que había supuesto sentada en el coche y caminó de Longbourn.

Capítulo XLVIII

Elizabeth llega a casa: su padre está en Londres buscando a los fugados, su madre se pasa el día en la cama lamentándose. Lydia le cuenta toda la historia de la fuga, Lydia al despedirse por carta cree que se va a casar con Wickham aunque todos duden que sean esas sus intenciones.

Los señores Gardiner se dirigen a Londres para ayudar al padre de las Bennet en la búsqueda.

Capítulo XLIX

El señor Bennet que ya había vuelto a casa recibe una carta donde el señor Gardiner le informa que han encontrado a los amantes y se ha arreglado el matrimonio de Lydia con el señor Wickham. Los términos son muy buenos para este último pues se pagan sus deudas y Lydia recibe una dote considerable.

Capítulo L

Anteriormente, el señor Bennet había querido muchas veces ahorrar una cierta cantidad anual para mejorar el caudal de sus hijas y de su mujer, si ésta le sobrevivía, en vez de gastar todos sus ingresos. Y ahora se arrepentía de no haberlo hecho. Esto le habría evitado a Lydia endeudarse con su tío por todo lo que ahora tenía que hacer por ella tanto en lo referente a la honra como al dinero. Habría podido darse, además, el gusto de tentar a cualquiera de los más brillantes jóvenes de Gran Bretaña a casarse con ella.

La señora Bennet se ilusiona con la boda mientras que el resto de la casa parece indignada todavía por los términos de esta.

Se le busca un trabajo a Wickham que lo lejos para consternación de la madre pero es una buena opción pues en el regimiento había adquirido muy mala fama. Todo parece ser arreglado por el tío de las muchachas.

Capítulo LI

Lydia se caza y llega a su casa de visita con su marido. Se comporta altivamente, orgullosa de lo que ha hecho sin darse cuenta de la culpa.

Lydia les cuenta la boda a sus hermanas...

Una mañana, poco después de su llegada, mientras estaba sentada con sus hermanas mayores, Lydia le dijo a Elizabeth:

—Creo que todavía no te he contado cómo fue mi boda. No estabas presente cuando se la expliqué a mamá y a las otras. ¿No te interesa saberlo?

—Realmente, no —contestó Elizabeth—; no deberías hablar mucho de ese asunto.

—¡Ay, qué rara eres! Pero quiero contártelo. Ya sabes que nos casamos en San Clemente, porque el alojamiento de Wickham pertenecía a esa parroquia. Habíamos acordado

estar todos allí a las once. Mis tíos y yo teníamos que ir juntos y reunirnos con los demás en la iglesia. Bueno; llegó la mañana del lunes y yo estaba que no veía. ¿Sabes? ¡Tenía un miedo de que pasara algo que lo echase todo a perder, me habría vuelto loca! Mientras me vestí, mi tía me estuvo predicando dale que dale como si me estuviera leyendo un sermón. Pero yo no escuché ni la décima parte de sus palabras porque, como puedes suponer, pensaba en mi querido Wickham, y en si se pondría su traje azul para la boda.

»Bueno; desayunamos a las diez, como de costumbre. Yo creí que aquello no acabaría nunca, porque has de saber que los tíos estuvieron pesadísimos conmigo durante todo el tiempo que pasé con ellos. Créeme, no puse los pies fuera de casa en los quince días; ni una fiesta, ninguna excursión, ¡nada! La verdad es que Londres no estaba muy animado; pero el Little Theatre estaba abierto. En cuanto llegó el coche a la puerta, mi tío tuvo que atender a aquel horrible señor Stone para cierto asunto. Y ya sabes que en cuanto se encuentran, la cosa va para largo. Bueno, yo tenía tanto miedo que no sabía qué hacer, porque mi tío iba a ser el padrino, y si llegábamos después de la hora, ya no podríamos casarnos aquel día. Pero, afortunadamente, mi tío estuvo listo a los dos minutos y salimos para la iglesia. Pero después me acordé de que si tío Gardiner no hubiese podido ir a la boda, de todos modos no se habría suspendido, porque el señor Darcy podía haber ocupado su lugar.

—¡El señor Darcy! —repitió Elizabeth con total asombro.

—¡Claro! Acompañaba a Wickham, ya sabes. Pero ¡ay de mí, se me había olvidado! No debí decirlo. Se lo prometí fielmente. ¿Qué dirá Wickham? ¡Era un secreto!

—Si era un secreto —dijo Jane— no digas ni una palabra más. Yo no quiero saberlo. —Naturalmente —añadió Elizabeth, a pesar de que se moría de curiosidad—, no te preguntaremos nada.

—Gracias —dijo Lydia—, porque si me preguntáis, os lo contaría todo y Wickham se enfadaría.

Con semejante incentivo para sonsacarle, Elizabeth se abstuvo de hacerlo y para huir de la tentación se marchó.

Pero ignorar aquello era imposible o, por lo menos, lo era no tratar de informarse. Darcy había asistido a la boda de Lydia. Tanto el hecho como sus protagonistas parecían precisamente los menos indicados para que Darcy se mezclase con ellos. Por su cabeza cruzaron rápidas y confusas conjeturas sobre lo que aquello significaba, pero ninguna le pareció aceptable. Las que más le complacían, porque enaltecían a Darcy, eran aparentemente improbables. No podía soportar tal incertidumbre, por lo que se apresuró y cogió una hoja de papel para escribir una breve carta a su tía pidiéndole le aclarase lo que a Lydia se le había escapado, si era compatible con el secreto del asunto.

«Ya comprenderás —añadía— que necesito saber por qué una persona que no tiene nada que ver con nosotros y que propiamente hablando es un extraño para nuestra familia, ha estado con vosotros en ese momento. Te suplico que me contestes a vuelta de correo y me lo expliques, a no ser que haya poderosas razones que impongan el secreto que Lydia dice, en cuyo caso tendré que tratar de resignarme con la ignorancia.»

«Pero no lo haré», se dijo a sí misma al acabar la carta; «y querida tía, si no me lo cuentas, me veré obligada a recurrir a tretas y estratagemas para averiguarlo».

El delicado sentido del honor de Jane le impidió hablar a solas con Elizabeth de lo que a Lydia se le había escapado. Elizabeth se alegró, aunque de esta manera, si sus pesquisas daban resultado, no podría tener un confidente.

Capítulo LII

Elizabeth tuvo la satisfacción de recibir inmediata respuesta a su carta. Corrió con ella al sotillo, donde había menos probabilidades de que la molestaran, se sentó en un banco y se preparó a ser feliz, pues la extensión de la carta la convenció de que no contenía una negativa.

«Gracechurch Street, 8 de septiembre.

»Mi querida sobrina: Acabo de recibir tu carta y voy a dedicar toda la mañana a contestarla, pues creo que en pocas palabras no podré decirte lo mucho que tengo que contarte. Debo confesar que me sorprendió tu pregunta, pues no la esperaba de ti. No te enfades, sólo deseo que sepas que no creía que tales aclaraciones fueran necesarias por tu parte. Si no quieres entenderme, perdona mi impertinencia. Tu tío está tan sorprendido como yo, y sólo por la creencia de que eres parte interesada se ha permitido obrar como lo ha hecho. Pero por si efectivamente eres inocente y no sabes nada de nada, tendré que ser más explícita.

»El mismo día que llegué de Longbourn, tu tío había tenido una visita muy inesperada. El señor Darcy vino y estuvo encerrado con él varias horas. Cuando yo regresé, ya estaba todo arreglado; así que mi curiosidad no padeció tanto como la tuya. Darcy vino para decir a Gardiner que había descubierto el escondite de Wickham y tu hermana, y que les había visto y hablado a los dos: a Wickham varias veces, a tu hermana una solamente. Por lo que puedo deducir, Darcy se fue de Derbyshire al día siguiente de habernos ido nosotros y vino a Londres con la idea de buscarlos. El motivo que dio es que se reconocía culpable de que la infamia de Wickham no hubiese sido suficientemente conocida para impedir que una muchacha decente le amase o se confiara a él. Generosamente lo imputó todo a su ciego orgullo, diciendo que antes había juzgado indigno de él publicar sus asuntos privados. Su conducta hablaría por él. Por lo tanto creyó su deber intervenir y poner remedio a un mal que él mismo había ocasionado. Si tenía otro motivo, estoy segura de que no era deshonoroso... Había pasado varios días en la capital sin poder dar con ellos, pero tenía una pista que podía guiarle y que era más importante que todas las nuestras y que, además, fue otra de las razones que le impulsaron a venir a vernos.

»Parece ser que hay una señora, una tal señora Younge, que tiempo atrás fue el aya de la señorita Darcy, y hubo que destituirla de su cargo por alguna causa censurable que él no nos dijo. Al separarse de la familia Darcy, la señora Younge tomó una casa grande en Edwards Street y desde entonces se ganó la vida alquilando habitaciones. Darcy sabía que esa señora Younge tenía estrechas relaciones con Wickham, y a ella acudió en busca de noticias de éste en cuanto llegó a la capital. Pero pasaron dos o tres días sin que pudiera obtener de dicha señora lo que necesitaba. Supongo que no quiso hablar hasta que le sobornaran, pues, en realidad, sabía desde el principio en dónde estaba su amigo. Wickham, en efecto, acudió a ella a su llegada a Londres, y si hubiese habido lugar en su casa, allí se habría alojado. Pero, al fin, nuestro buen amigo consiguió la dirección que buscaba. Estaban en la calle X. Vio a Wickham y luego quiso ver a Lydia. Nos confesó que su primer propósito era convencerla de que saliese de aquella desdichada situación y volviese al seno de su familia si se podía conseguir que la recibieran, y le ofreció su ayuda en todo lo que estuviera a su alcance. Pero encontró a Lydia absolutamente decidida a seguir tal como estaba. Su familia no le importaba un comino y rechazó la ayuda de Darcy; no quería oír hablar de abandonar a Wickham; estaba convencida de que se casarían alguna vez y le tenía sin cuidado saber cuándo. En vista de esto, Darcy pensó que lo único que había que hacer era facilitar y asegurar el matrimonio; en su primer diálogo con Wickham, vio que el matrimonio no entraba en los cálculos de éste. Wickham confesó que se había visto obligado a abandonar el regimiento debido a ciertas deudas de honor que le apremiaban; no tuvo el menor escrúpulo en echar la culpa a la locura de Lydia todas las desdichadas consecuencias de la huida. Dijo que renunciaría inmediatamente a su

empleo, y en cuanto al porvenir, no sabía qué iba a ser de él; debía irse a alguna parte, pero no sabía dónde y reconoció que no tenía dónde caerse muerto.

»El señor Darcy le preguntó por qué no se había casado con tu hermana en el acto. Aunque el señor Bennet no debía de ser muy rico, algo podría hacer por él y su situación mejoraría con el matrimonio. Pero por la contestación que dio Wickham, Darcy comprendió que todavía acariciaba la esperanza de conseguir una fortuna más sólida casándose con otra muchacha en algún otro país; no obstante, y dadas las circunstancias en que se hallaba, no parecía muy reacio a la tentación de obtener una solución inmediata.

»Se entrevistaron repetidas veces porque había muchas cosas que discutir. Wickham, desde luego, necesitaba mucho más de lo que podía dársele, pero al fin se prestó a ser razonable.

»Cuando todo estuvo convenido entre ellos, lo primero que hizo el señor Darcy fue informar a tu tío, por lo cual vino a Gracechurch Street por vez primera, la tarde anterior a mi llegada. Pero no pudo ver a Gardiner. Darcy averiguó que tu padre seguía aún en nuestra casa, pero que iba a marcharse al día siguiente. No creyó que tu padre fuese persona más a propósito que tu tío para tratar del asunto, y entonces aplazó su visita hasta que tu padre se hubo ido. No dejó su nombre, y al otro día supimos únicamente que había venido un caballero por una cuestión de negocios.

»El sábado volvió. Tu padre se había marchado y tu tío estaba en casa. Como he dicho antes, hablaron largo rato los dos.

»El domingo volvieron a reunirse y entonces le vi yo también. Hasta el lunes no estuvo todo decidido, y entonces fue cuando se mandó al propio a Longbourn. Pero nuestro visitante se mostró muy obstinado; te aseguro, Elizabeth, que la obstinación es el verdadero defecto de su carácter. Le han acusado de muchas faltas en varias ocasiones, pero ésa es la única verdadera. Todo lo quiso hacer él por su cuenta, a pesar de que tu tío —y no lo digo para que me lo agradezcas, así que te ruego no hables de ello— lo habría arreglado todo al instante.

»Discutieron los dos mucho tiempo, mucho más de lo que merecían el caballero y la señorita en cuestión. Pero al cabo tu tío se vio obligado a ceder, y en lugar de permitirle que fuese útil a su sobrina, le redujo a aparentarlo únicamente, por más disgusto que esto le causara a tu tío. Así es que me figuro que tu carta de esta mañana le ha proporcionado un gran placer al darle la oportunidad de confesar la verdad y quitarse los méritos que se deben a otro. Pero te suplico que no lo divulgues y que, como máximo, no se lo digas más que a Jane.

»Me imagino que sabrás lo que se ha hecho por esos jóvenes. Se han pagado las deudas de Wickham, que ascienden, según creo, a muchísimo más de mil libras; se han fijado otras mil para aumentar la dote de Lydia, y se le ha conseguido a él un empleo. Según Darcy, las razones por las cuales ha hecho todo esto son únicamente las que te he dicho antes: por su reserva no se supo quién era Wickham y se le recibió y consideró de modo que no merecía. Puede que haya algo de verdad en esto, aunque yo no dudo que ni la reserva de Darcy ni la de nadie tenga nada que ver en el asunto. Pero a pesar de sus bonitas palabras, mi querida Elizabeth, puedes estar segura de que tu tío jamás habría cedido a no haberle creído movido por otro interés.

»Cuando todo estuvo resuelto, el señor Darcy regresó junto a sus amigos que seguían en Pemberley, pero prometió volver a Londres para la boda y para liquidar las gestiones monetarias.

»Creo que ya te lo he contado todo. Si es cierto lo que dices, este relato te habrá de sorprender muchísimo, pero me figuro que no te disgustará. Lydia vino a casa y Wickham tuvo

constante acceso a ella. El era el mismo que conocí en Hertfordshire, pero no te diría lo mucho que me desagradó la conducta de Lydia durante su permanencia en nuestra casa, si no fuera porque la carta de Jane del miércoles me dio a entender que al llegar a Longbourn se portó exactamente igual, por lo que no habrá de extrañarte lo que ahora cuento. Le hablé muchas veces con toda seriedad haciéndole ver la desgracia que había acarreado a su familia, pero si me oyó sería por casualidad, porque estoy convencida de que ni siquiera me escuchaba. Hubo veces en que llegó a irritarme; pero me acordaba de mis queridas Elizabeth y Jane y me revestía de paciencia.

»El señor Darcy volvió puntualmente y, como Lydia os dijo, asistió a la boda. Comió con nosotros al día siguiente. Se disponía a salir de Londres el miércoles o el jueves. ¿Te enojarás conmigo, querida Lizzy, si aprovecho esta oportunidad para decirte lo que nunca me habría atrevido a decirte antes, y es lo mucho que me gusta Darcy? Su conducta con nosotros ha sido tan agradable en todo como cuando estábamos en Derbyshire. Su inteligencia, sus opiniones, todo me agrada. No le falta más que un poco de viveza, y eso si se casa juiciosamente, su mujer se lo enseñará. Me parece que disimula muy bien; apenas pronunció tu nombre. Pero se ve que el disimulo está de moda.

»Te ruego que me perdones si he estado muy suspicaz, o por lo menos no me castigues hasta el punto de excluirme de Pemberley. No seré feliz del todo hasta que no haya dado la vuelta completa a la finca. Un faetón bajo con un buen par de jacas sería lo ideal.

»No puedo escribirte más. Los niños me están llamando desde hace media hora.

»Tuya afectísima,

M. Gardiner.»

El contenido de esta carta dejó a Elizabeth en una conmoción en la que no se podía determinar si tomaba mayor parte el placer o la pena. Las vagas sospechas que en su incertidumbre sobre el papel de Darcy en la boda de su hermana había concebido, sin osar alentarlas porque implicaban alardes de bondad demasiado grandes para ser posibles, y temiendo que fueran ciertas por la humillación que la gratitud impondría, quedaban, pues, confirmadas. Darcy había ido detrás de ellos expresamente, había asumido toda la molestia y mortificación inherentes a aquella búsqueda, imploró a una mujer a la que debía detestar y se vio obligado a tratar con frecuencia, a persuadir y a la postre sobornar, al hombre que más deseaba evitar y cuyo solo nombre le horrorizaba pronunciar. Todo lo había hecho para salvar a una muchacha que nada debía de importarle y por quien no podía sentir ninguna estimación. El corazón le decía a Elizabeth que lo había hecho por ella, pero otras consideraciones reprimían esta esperanza y pronto se dio cuenta de que halagaba su vanidad al pretender explicar el hecho de esa manera, pues Darcy no podía sentir ningún afecto por una mujer que le había rechazado y, si lo sentía, no sería capaz de sobreponerse a un sentimiento tan natural como el de emparentar con Wickham. ¡Darcy, cuñado de Wickham! El más elemental orgullo tenía que rebelarse contra ese vínculo. Verdad es que Darcy había hecho tanto que Elizabeth estaba confundida, pero dio una razón muy verosímil. No era ningún disparate pensar que Darcy creyese haber obrado mal; era generoso y tenía medios para demostrarlo, y aunque Elizabeth se resistía a admitir que hubiese sido ella el móvil principal, cabía suponer que un resto de interés por ella había contribuido a sus gestiones en un asunto que comprometía la paz de su espíritu. Era muy penoso quedar obligados de tal forma a una persona a la que nunca podrían pagar lo que había hecho. Le debían la salvación y la reputación de Lydia. ¡Cuánto le dolieron a Elizabeth su ingratitud y las insolentes palabras que le había dirigido! Estaba avergonzada de sí misma, pero orgullosa de él, orgullosa de que se hubiera portado tan compasivo y noblemente. Leyó una y otra vez los elogios que le tributaba su tía, y aunque no le

parecieron suficientes, le complacieron. Le daba un gran placer, aunque también la entristecía pensar que sus tíos creían que entre Darcy y ella subsistía afecto y confianza.

Elizabeth se encuentra con Wickham que le sigue hablando mal de Darcy a lo que Elizabeth le responde bruscamente dándole a entender que no le cree y que sabe todo de boca de Darcy para que no intente convencerla de otra cosa.

Capítulo LIII

Wickham y Lydia se van finalmente.

La familia se entera que el señor Bingley va a regresar. Este en cuanto llega va a ver a Jane y no va solo.

—Mamá, viene otro caballero con él —dijo Catherine—. ¿Quién será?

—Supongo que algún conocido suyo, querida; no le conozco.

—¡Oh! — exclamó Catherine—. Parece aquel señor que antes estaba con él. El señor... ¿cómo se llama? Aquel señor alto y orgulloso.

—¡Santo Dios! ¿El señor Darcy? Pues sí, es él. Bueno; cualquier amigo del señor Bingley será siempre bienvenido a esta casa; si no fuera por eso... No puedo verle ni en pintura.

Jane miró a Elizabeth con asombro e interés. Sabía muy poco de su encuentro en Derbyshire y, por consiguiente, comprendía el horror que había de causarle a su hermana ver a Darcy casi por primera vez después de la carta aclaratoria. Las dos hermanas estaban bastante intranquilas; cada una sufría por la otra, y como es natural, por sí misma. Entretanto la madre seguía perorando sobre su odio a Darcy y sobre su decisión de estar cortés con él sólo por consideración a Bingley. Ninguna de las chicas la escuchaba.

Elizabeth estaba inquieta por algo que Jane no podía sospechar, pues nunca se había atrevido a mostrarle la carta de la señora Gardiner, ni a revelarle el cambio de sus sentimientos por Darcy. Para Jane, Darcy no era más que el hombre cuyas proposiciones había rechazado Elizabeth y cuyos méritos menospreciaba. Pero para Elizabeth, Darcy era el hombre a quien su familia debía el mayor de los favores, y a quien ella miraba con un interés, si no tan tierno, por lo menos tan razonable y justo como el que Jane sentía por Bingley. Su asombro ante la venida de Darcy a Netherfield, a Longbourn, buscándola de nuevo voluntariamente, era casi igual al que experimentó al verlo tan cambiado en Derbyshire.

El color, que había desaparecido de su semblante, acudió en seguida violentamente a sus mejillas, y una sonrisa de placer dio brillo a sus ojos al pensar que el cariño y los deseos de Darcy seguían siendo los mismos. Pero no quería darlo por seguro.

«Primero veré cómo se comporta —se dijo— y luego Dios dirá si puedo tener esperanzas.»

Se puso a trabajar atentamente y se esforzó por mantener la calma. No osaba levantar los ojos, hasta que su creciente curiosidad le hizo mirar a su hermana cuando la criada fue a abrir la puerta. Jane estaba más pálida que de costumbre, pero más sosegada de lo que Elizabeth hubiese creído. Cuando entraron los dos caballeros, enrojeció, pero los recibió con bastante tranquilidad, y sin dar ninguna muestra de resentimiento ni de innecesaria complacencia.

Elizabeth habló a los dos jóvenes lo menos que la educación permitía, y se dedicó a bordar con más aplicación que nunca. Sólo se aventuró a dirigir una mirada a Darcy. Éste estaba tan serio como siempre, y a ella se le antojó que se parecía más al Darcy que había conocido en Hertfordshire que al que había visto en Pemberley. Pero quizá en presencia de su madre no se sentía igual que en presencia de sus tíos. Era una suposición dolorosa, pero no improbable.

Miró también un instante a Bingley, y le pareció que estaba contento y cohibido a la vez. La señora Bennet le recibió con unos aspavientos que dejaron avergonzadas a sus dos hijas, especialmente por el contraste con su fría y ceremoniosa manera de saludar y tratar a Darcy.

Particularmente Elizabeth, sabiendo que su madre le debía a Darcy la salvación de su hija predilecta de tan irremediable infamia, se entristeció profundamente por aquella grosería.

Darcy preguntó cómo estaban los señores Gardiner, y Elizabeth le contestó con cierta turbación. Después, apenas dijo nada. No estaba sentado al lado de Elizabeth, y acaso se debía a esto su silencio; pero

no estaba así en Derbyshire. Allí, cuando no podía hablarle a ella hablaba con sus amigos; pero ahora pasaron varios minutos sin que se le oyera la voz, y cuando Elizabeth, incapaz de contener su curiosidad, alzaba la vista hacia él, le encontraba con más frecuencia mirando a Jane que a ella, y a menudo mirando sólo al suelo. Parecía más pensativo y menos deseoso de agradar que en su último encuentro. Elizabeth estaba decepcionada y disgustada consigo misma por ello. ¿Cómo pude imaginarme que estuviese de otro modo? se decía—. Ni siquiera sé por qué ha venido aquí.»

La conversación continua con algún comentario desafortunado por parte de la señora Bennet quien invita al señor Bingley a comer y a venir siempre que quiera.

Capítulo LIV

En cuanto se marcharon, Elizabeth salió a pasear para recobrar el ánimo o, mejor dicho, para meditar la causa que le había hecho perderlo. La conducta de Darcy la tenía asombrada y enojada.

¿Por qué vino —se decía— para estar en silencio, serio e indiferente?»

No podía explicárselo de modo satisfactorio.

«Si pudo estar amable y complaciente con mis tíos en Londres, ¿por qué no conmigo? Si me temía, ¿por qué vino? Y si ya no le importo nada, ¿por qué estuvo tan callado? ¡Qué hombre más irritante! No quiero pensar más en él.»

Involuntariamente mantuvo esta resolución durante un rato, porque se le acercó su hermana, cuyo alegre aspecto demostraba que estaba más satisfecha de la visita que ella.

—Ahora —le dijo—, pasado este primer encuentro, me siento completamente tranquila. Sé que soy fuerte y que ya no me azoraré delante de él. Me alegro de que venga a comer el martes, porque así se verá que nos tratamos simplemente como amigos indiferentes.

—Sí, muy indiferentes —contestó Elizabeth riéndose—. ¡Oh, Jane! ¡Ten cuidado!

—Lizzy, querida, no vas a creer que soy tan débil como para correr ningún peligro.

—Creo que estás en uno muy grande, porque él te ama como siempre.

No volvieron a ver a Bingley hasta el martes, y, entretanto, la señora Bennet se entregó a todos los venturosos planes que la alegría y la constante dulzura del caballero habían hecho revivir en media hora de visita. El martes se congregó en Longbourn un numeroso grupo de gente y los señores que con más ansias eran esperados llegaron con toda puntualidad. Cuando entraron en el comedor, Elizabeth observó atentamente a Bingley para ver si ocupaba el lugar que siempre le había tocado en anteriores comidas al lado de su hermana; su prudente madre, pensando lo mismo, se guardó mucho de invitarle a que tomase asiento a su lado. Bingley pareció dudar, pero Jane acertó a mirar sonriente a su alrededor y la cosa quedó decidida: Bingley se sentó al lado de Jane.

Elizabeth, con triunfal satisfacción, miró a Darcy. Éste sostuvo la mirada con noble indiferencia, Elizabeth habría imaginado que Bingley había obtenido ya permiso de su amigo para disfrutar de su felicidad si no hubiese sorprendido los ojos de éste vueltos también hacia Darcy, con una expresión risueña, pero de alarma.

La conducta de Bingley con Jane durante la comida reveló la admiración que sentía por ella, y aunque era más circunspecta que antes, Elizabeth se quedó convencida de que si sólo dependiese de él, su dicha y la de Jane quedaría pronto asegurada. A pesar de que no se atrevía a confiar en el resultado, Elizabeth se quedó muy satisfecha y se sintió todo lo animada que su mal humor le permitía. Darcy estaba al otro lado de la mesa, sentado al lado de la señora Bennet, y Elizabeth comprendía lo poco grata que les era a los dos semejante colocación, y lo poco ventajosa que resultaba para nadie. No estaba lo bastante cerca para oír lo que decían, pero pudo observar que casi no se hablaban y lo fríos y ceremoniosos que eran sus modales cuando lo hacían. Esta antipatía de su madre por Darcy le hizo más penoso a Elizabeth el recuerdo de lo que todos le debían, y había momentos en que habría dado cualquier cosa por poder decir que su bondad no era desconocida ni inapreciada por toda la familia.

Esperaba que la tarde le daría oportunidad de estar al lado de Darcy y que no acabaría la visita sin poder cambiar con él algo más que el sencillo saludo de la llegada. Estaba tan ansiosa y desasosegada que mientras esperaba en el salón la entrada de los caballeros, su desazón casi la puso de mal talante. De la presencia de Darcy dependía para ella toda esperanza de placer en aquella tarde.

«Si no se dirige hacia mí —se decía— me daré por vencida.» Entraron los caballeros y pareció que Darcy iba a hacer lo que ella anhelaba; pero desgraciadamente las señoras se habían agrupado alrededor de la mesa en donde la señora Bennet preparaba el té y Elizabeth servía el café, estaban todas tan apiñadas que no quedaba ningún sito libre a su lado ni lugar para otra silla. Al acercarse los caballeros, una de las muchachas se aproximó a Elizabeth y le dijo al oído:

—Los hombres no vendrán a separarnos; ya lo tengo decidido; no nos hacen ninguna falta, ¿no es cierto?

Darcy entonces se fue a otro lado de la estancia. Elizabeth le seguía con la vista y envidiaba a todos con quienes conversaba; apenas tenía paciencia para servir el café, y llegó a ponerse furiosa consigo misma por ser tan tonta.

«¡Un hombre al que he rechazado! Loca debo estar si espero que renazca su amor. No hay un solo hombre que no se rebelase contra la debilidad que supondría una segunda declaración a la misma mujer. No hay indignidad mayor para ellos.»

Se reanimó un poco al ver que Darcy venía a devolverle la taza de café, y ella aprovechó la oportunidad para preguntarle:

—¿Sigue su hermana en Pemberley?

—Sí, estará allí hasta las Navidades.

—¿Y está sola? ¿Se han ido ya todos sus amigos?

—Sólo la acompaña la señora Annesley; los demás se han ido a Scarborough a pasar estas tres semanas.

A Elizabeth no se le ocurrió más que decir, pero si él hubiese querido hablar, ¡con qué placer le habría contestado! No obstante, se quedó a su lado unos minutos, en silencio, hasta que la muchacha de antes se puso a cuchichear con Elizabeth, y entonces él se retiró.

Una vez quitado el servicio de té y puestas las mesas de juego, se levantaron todas las señoras. Elizabeth creyó entonces que podría estar con él, pero sus esperanzas rodaron por el suelo cuando vio que su madre se apoderaba de Darcy y le obligaba a sentarse a su mesa de whist. Elizabeth renunció ya a todas sus ilusiones. Toda la tarde estuvieron confinados en mesas diferentes, pero los ojos de Darcy se volvían tan a menudo donde ella estaba, que tanto el uno como el otro perdieron todas las partidas.

La comida termina con éxito volviendo a pensar la madre de las Bennet en el compromiso entre Jane y el señor Bingley que se muestra enamorado al igual que Jane.

Capítulo LV

El señor Bingley vuelve a ir a casa de las Bennet en mas ocasiones pero sin Darcy que se ha tenido que marchar.

Finalmente Jane y el señor Bingley se comprometen para gran felicidad de la familia.

Capítulo LVI

Una mañana, aproximadamente una semana después de la declaración de Bingley, mientras éste se hallaba reunido en el saloncillo con las señoras de Longbourn, fueron atraídos por el ruido de un carruaje y miraron a la ventana, divisando un landó de cuatro caballos que cruzaba la explanada de césped de delante de la casa. Era demasiado temprano para visitas y además el equipo del coche no correspondía a ninguno de los vecinos; los caballos eran de posta y ni el carruaje ni la librea de los lacayos les eran conocidos. Pero era evidente que alguien venía a la casa. Bingley le propuso a Jane irse a pasear al plantío de arbustos para evitar que el intruso les separase. Se fueron los dos, y las tres que se quedaron en el comedor continuaron sus conjeturas, aunque con poca satisfacción, hasta que se abrió la puerta y entró la visita. Era lady Catherine de Bourgh.

Verdad es que todas esperaban alguna sorpresa, pero ésta fue superior a todas las previsiones. Aunque la señora Bennet y Catherine no conocían a aquella señora, no se quedaron menos atónitas que Elizabeth.

Entró en la estancia con aire todavía más antipático que de costumbre; contestó al saludo de Elizabeth con una simple inclinación de cabeza, y se sentó sin decir palabra. Elizabeth le había dicho su nombre a la señora Bennet, cuando entró Su Señoría, aunque ésta no había solicitado ninguna presentación.

La señora Bennet, pasmadísima aunque muy ufana al ver en su casa a persona de tanto rango, la recibió con la mayor cortesía. Estuvieron sentadas todas en silencio durante un rato, hasta que al fin lady Catherine dijo con empaque a Elizabeth:

—Supongo que estará usted bien, y calculo que esa señora es su madre.

Elizabeth contestó que sí concisamente.

—Y esa otra imagino que será una de sus hermanas.

—Sí, señora —respondió la señora Bennet muy oronda de poder hablar con lady Catherine—. Es la penúltima; la más joven de todas se ha casado hace poco, y la mayor está en el jardín paseando con un caballero que creo no tardará en formar parte de nuestra familia.

—Tienen ustedes una finca muy pequeña —dijo Su Señoría después de un corto silencio.

—No es nada en comparación con Rosings, señora; hay que reconocerlo; pero le aseguro que es mucho mejor que la de sir William Lucas.

—Ésta ha de ser una habitación muy molesta en las tardes de verano; las ventanas dan por completo a poniente.

La señora Bennet le aseguró que nunca estaban allí después de comer, y añadió:

—¿Puedo tomarme la libertad de preguntar a Su Señoría qué tal ha dejado a los señores Collins?

—Muy bien; les vi anteayer por la noche. Elizabeth esperaba que ahora le daría alguna carta de Charlotte, pues éste parecía el único motivo probable de su visita; pero lady Catherine no sacó ninguna carta, y Elizabeth siguió con su perplejidad.

La señora Bennet suplicó finísimamente a Su Señoría que tomase algo, pero lady Catherine rehusó el obsequio con gran firmeza y sin excesiva educación. Luego levantándose, le dijo a Elizabeth:

—Señorita Bennet, me parece que ahí, a un lado de la pradera, hay un sitio precioso y retirado. Me gustaría dar una vuelta por él si me hiciese el honor de acompañarme.

—Anda, querida —exclamó la madre—, enséñale a Su Señoría todos los paseos. Creo que la ermita le va a gustar.

Elizabeth obedeció, corrió a su cuarto a buscar su sombrilla y esperó abajo a su noble visitante. Al pasar por el vestíbulo, lady Catherine abrió las puertas del comedor y del salón y después de una corta inspección declaró que eran piezas decentes, después de lo cual siguió andando.

El carruaje seguía en la puerta y Elizabeth vio que la doncella de Su Señoría estaba en él. Caminaron en silencio por el sendero de gravilla que conducía a los corrales. Elizabeth estaba decidida a no dar conversación a quella señora que parecía más insolente y desagradable aún que de costumbre.

¿Cómo pude decir alguna vez que se parecía a su sobrino?, se dijo al mirarla a la cara.

Cuando entraron en un breñal, lady Catherine le dijo lo siguiente:

—Seguramente sabrá usted, señorita Bennet, la razón de mi viaje hasta aquí. Su propio corazón y su conciencia tienen que decirle el motivo de mi visita. Elizabeth la contempló con el natural asombro:

—Está usted equivocada, señora. De ningún modo puedo explicarme el honor de su presencia.

—Señorita Bennet —repuso Su Señoría con tono enfadado—, debe usted saber que no me gustan las bromas; por muy poco sincera que usted quiera ser, yo no soy así. Mi carácter ha sido siempre celebrado por su lealtad y franqueza y en un asunto de tanta importancia como el que aquí me trae me apartaré mucho menos de mi modo de ser. Ha llegado a mis oídos que no sólo su hermana está a punto de casarse muy ventajosamente, sino que usted, señorita Bennet, es posible que se una después con mi sobrino Darcy. Aun sabiendo que esto es una espantosa falsedad y aunque no quiero injuriar a mi sobrino, admitiendo que haya algún asomo de verdad en ello, decidí en el acto venir a comunicarle a usted mis sentimientos.

—Si creyó usted de veras que eso era imposible —replicó Elizabeth roja de asombro y de desdén—, me admira que se haya molestado en venir tan lejos. ¿Qué es lo que se propone?

—Ante todo, intentar que esa noticia sea rectificada en todas sus partes.

—Su venida a Longbourn para visitarme a mí y a mi familia —observó Elizabeth fríamente—, la confirmará con más visos de verdad, si es que tal noticia ha circulado.

—¿Que si ha circulado? ¿Pretende ignorarlo? ¿No han sido ustedes mismos los que se han tomado el trabajo de difundirla?

—Jamás he oído nada que se le parezca. —¿Y va usted a decirme también que no hay ningún fundamento de lo que le digo?

—No presumo de tanta franqueza como Su Señoría. Usted puede hacerme preguntas que yo puedo no querer contestar.

—¡Es inaguantable! Señorita Bennet, insisto en que me responda. ¿Le ha hecho mi sobrino proposiciones de matrimonio?

—Su Señoría ha declarado ya que eso era imposible.

—Debe serlo, tiene que serlo mientras Darcy conserve el uso de la razón. Pero sus artes y sus seducciones pueden haberle hecho olvidar en un momento de ceguera lo que debe a toda su familia y a sí mismo. A lo mejor le ha arrastrado usted a hacerlo.

—Si lo hubiese hecho, no sería yo quien lo confesara.

—Señorita Bennet, ¿sabe usted quién soy? No estoy acostumbrada a ese lenguaje. Soy casi el familiar más cercano que tiene mi sobrino en el mundo, y tengo motivos para saber cuáles son sus más caros intereses.

—Pero no los tiene usted para saber cuáles son los míos, ni el proceder de usted es el más indicado para inducirme a ser más explícita.

—Entiéndame bien: ese matrimonio al que tiene usted la presunción de aspirar nunca podrá realizarse, nunca. El señor Darcy está comprometido con mi hija. ¿Qué tiene usted que decir ahora?

—Sólo esto: que si es así, no tiene usted razón para suponer que me hará proposición alguna.

Lady Catherine vaciló un momento y luego dijo:

—El compromiso entre ellos es peculiar. Desde su infancia han sido destinados el uno para el otro. Era el mayor deseo de la madre de él y de la de ella. Desde que nacieron proyectamos su unión; y ahora, en el momento en que los anhelos de las dos hermanas iban a realizarse, ¿lo va a impedir la intrusión de una muchacha de cuna inferior, sin ninguna categoría y ajena por completo a la familia? ¿No valen nada para usted los deseos de los amigos de Darcy, relativos a su tácito compromiso con la señorita de Bourgh? ¿Ha perdido usted toda noción de decencia y de delicadeza? ¿No me ha oído usted decir que desde su edad más temprana fue destinado a su prima?

—Sí, lo he oído decir; pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo? Si no hubiera otro obstáculo para que yo me casara con su sobrino, tenga por seguro que no dejaría de efectuarse nuestra boda por suponer que su madre y su tía deseaban que se uniese con la señorita de Bourgh. Ustedes dos hicieron lo que pudieron con proyectar ese matrimonio, pero su realización depende de otros. Si el señor Darcy no se siente ligado a su prima ni por el honor ni por la inclinación, ¿por qué no habría de elegir a otra? Y si soy yo la elegida, ¿por qué no habría de aceptarlo?

—Porque se lo impiden el honor, el decoro, la prudencia e incluso el interés. Sí, señorita Bennet, el interés; porque no espere usted ser reconocida por la familia o los amigos de Darcy si obra usted tercamente contra la voluntad de todos. Será usted censurada, desairada y despreciada por todas las relaciones de Darcy. Su enlace será una calamidad; sus nombres no serán nunca pronunciados por ninguno de nosotros.

—Graves desgracias son éstas —replicó Elizabeth—. Pero la esposa del señor Darcy gozará seguramente de tales venturas que podrá a pesar de todo sentirse muy satisfecha.

—¡Ah, criatura tozuda y obstinada! ¡Me da usted vergüenza! ¿Es esa su gratitud por mis atenciones en la pasada primavera? Sentémonos. Ha de saber usted, señorita Bennet, que he venido aquí con la firme resolución de conseguir mi propósito. No me daré por vencida. No estoy acostumbrada a someterme a los caprichos de nadie; no estoy hecha a pasar sinsabores.

—Esto puede que haga más lastimosa la situación actual de Su Señoría, pero a mí no me afecta.

—¡No quiero que me interrumpa! Escuche usted en silencio. Mi hija y mi sobrino han sido formados el uno para el otro. Por línea materna descenden de la misma ilustre rama, y por la paterna, de familias respetables, honorables y antiguas, aunque sin título. La fortuna de ambos lados es espléndida. Están destinados el uno para el otro por el voto de todos los miembros de sus casas respectivas; y ¿qué puede separarlos? Las intempestivas pretensiones de una muchacha de humilde cuna y sin fortuna. ¿Cómo puede admitirse? ¡Pero no ocurrirá! Si velara por su propio bien, no querría salir de la esfera en que ha nacido.

—Al casarme con su sobrino no creería salirme de mi esfera. Él es un caballero y yo soy hija de otro caballero; por consiguiente, somos iguales.

—Así es; usted es hija de un caballero. Pero, ¿quién es su madre? ¿Quiénes son sus tíos y tías? ¿Se figura que ignoro su condición?

—Cualesquiera que sean mis parientes, si su sobrino no tiene nada que decir de ellos, menos tiene que decir usted —repuso Elizabeth.

—Dígame de una vez por todas, ¿está usted comprometida con él?

Aunque por el mero deseo de que se lo agradeciese lady Catherine, Elizabeth no habría contestado a su pregunta; no pudo menos que decir, tras un instante de deliberación:

—No lo estoy.

Lady Catherine parecía complacida.

—¿Y me promete usted no hacer nunca semejante compromiso?

—No haré ninguna promesa de esa clase. ¡Señorita Bennet! ¡Estoy horrorizada y sorprendida! Esperaba que fuese usted más sensata. Pero no se haga usted ilusiones: no pienso ceder. No me iré hasta que me haya dado la seguridad que le exijo.

—Pues la verdad es que no se la daré jamás. No crea usted que voy a intimidarme por una cosa tan disparatada. Lo que Su Señoría quiere es que Darcy se case con su hija; pero si yo le hiciese a usted la promesa que ansía, ¿resultaría más probable ese matrimonio? Supongamos que esté interesado por mí; ¿si yo me negara a aceptar su mano, cree usted que iría a ofrecérsela a su prima? Permítame decirle, lady Catherine, que los argumentos en que ha apoyado usted su extraordinaria exigencia han sido tan frívolos como irreflexiva la exigencia. Se ha equivocado usted conmigo enormemente, si se figura que puedo dejarme convencer por semejantes razones. No sé hasta qué punto podrá aprobar su sobrino la intromisión de usted en sus asuntos; pero desde luego no tiene usted derecho a meterse en los míos. Por consiguiente, le suplico que no me importune más sobre esta cuestión.

—No se precipite, por favor, no he terminado todavía. A todas las objeciones que he expuesto, tengo que añadir otra más. No ignoro los detalles del infame rapto de su hermana menor. Lo sé todo. Sé que el muchacho se casó con ella gracias a un arreglo hecho entre su padre y su tío. ¿Y esa mujer ha de ser la hermana de mi sobrino? Y su marido, el hijo del antiguo administrador de su padre, ¿se ha de convertir en el hermano de Darcy? ¡Por todos los santos! ¿Qué se cree usted? ¿Han de profanarse así los antepasados de Pemberley?

—Ya lo ha dicho usted todo —contestó Elizabeth indignada—. Me ha insultado de todas las formas posibles. Le ruego que volvamos a casa.

Y al decir esto se levantó. Lady Catherine se levantó también y regresaron. Su Señoría estaba hecha una furia.

—¿Así, pues, no tiene usted ninguna consideración a la honra y a la reputación de mi sobrino? ¡Criatura insensible y egoísta! ¿No repara en que si se casa con usted quedará desacreditado a los ojos de todo el mundo?

—Lady Catherine, no tengo nada más que decir. Ya sabe cómo pienso.

—¿Está usted, pues, decidida a conseguirlo?

—No he dicho tal cosa., No estoy decidida más que a proceder del modo que crea más conveniente para mi felicidad sin tenerla en cuenta a usted ni a nadie que tenga tan poco que ver conmigo.

—Muy bien. Entonces se niega usted a complacerme. Rehúsa usted obedecer al imperio del deber, del honor y de la gratitud. Está usted determinada a rebajar a mi sobrino delante de todos sus amigos y a convertirle en el hazmerreír de todo el mundo. —Ni el deber, ni el honor, ni la gratitud —repuso Elizabeth—, pueden exigirme nada en las presentes circunstancias. Ninguno de sus principios sería violado por mi casamiento con Darcy. Y en cuanto al resentimiento de su familia o a la indignación del mundo, si los primeros se enfurecen

por mi boda con su sobrino, no me importaría lo más mínimo; y el mundo tendría el suficiente buen sentido de sumarse a mi desprecio.

—¿Y ésta es su actitud, su última resolución? Muy bien; ya sé lo que tengo que hacer. No se figure que su ambición, señorita Bennet, quedará nunca satisfecha. Vine para probarla. Esperaba que fuese usted una persona razonable. Pero tenga usted por seguro que me saldré con la mía.

Todo esto fue diciendo lady Catherine hasta que llegaron a la puerta del coche. Entonces se volvió y dijo:

—No me despido de usted, señorita Bennet; no mando ningún saludo a su madre; no se merece usted esa atención. Me ha ofendido gravemente. Elizabeth no respondió ni trató de convencer a Su Señoría de que entrase en la casa. Se fue sola y despacio. Cuando subía la escalera, oyó que el coche partía. Su madre, impaciente, le salió al encuentro a la puerta del vestidor para preguntarle cómo no había vuelto a descansar lady Catherine.

—No ha querido —dijo su hija—. Se ha marchado.

—¡Qué mujer tan distinguida! ¡Y qué cortesía la suya al venir a visitarnos! Porque supongo que habrá venido para decirnos que los Collins están bien. Debía de ir a alguna parte y al pasar por Meryton pensó que podría visitarnos. Supongo que no tenía nada de particular que decirte, ¿verdad, Lizzy?

Elizabeth se vio obligada a contar una pequeña mentira, porque descubrir la materia de su conversación era imposible.

Capítulo LVII

Elizabeth descubre quién le ha inducido a Lady Catherine a pensar que está comprometida con Darcy: el señor Collins felicita a al señor Bennet no solo por el compromiso anunciado sino por aquel que está cercano a anunciarse. El vecindario a supuesto que un matrimonio llevará a otro al ser tan cercanos el señor Bingley y el señor Darcy.

Elizabeth tiene que soportar bromas de su padre al respecto pues todos ven poco creíble el matrimonio conociendo lo que conocen de su relación.

Elizabeth piensa que si no vuelve Darcy será porque Lady Catherine le ha convencido para no volver.

Capítulo LVIII

Pocos días después de la visita de lady Catherine, Bingley no sólo no recibió ninguna carta de excusa de su amigo, sino que le llevó a Longbourn en persona. Los caballeros llegaron temprano, y antes de que la señora Bennet tuviese tiempo de decirle a Darcy que había venido a visitarles su tía, cosa que Elizabeth temió por un momento, Bingley, que quería estar solo con Jane, propuso que todos salieran de paseo. Se acordó así, pero la señora Bennet no tenía costumbre de pasear y Mary no podía perder el tiempo. Así es que salieron los cinco restantes. Bingley y Jane dejaron en seguida que los otros se adelantaran y ellos se quedaron atrás. Elizabeth, Darcy y Catherine iban juntos, pero hablaban muy poco. Catherine tenía demasiado miedo a Darcy para poder charlar; Elizabeth tomaba en su fuero interno una decisión desesperada, y puede que Darcy estuviese haciendo lo mismo.

Se encaminaron hacia la casa de los Lucas, porque Catherine quería ver a María, y como Elizabeth creyó que esto podía interesarle a ella, cuando Catherine les dejó siguió

andando audazmente sola con Darcy. Llegó entonces el momento de poner en práctica su decisión, y armándose de valor dijo inmediatamente:

—Señor Darcy, soy una criatura muy egoísta que no me preocupo más que de mis propios sentimientos, sin pensar que quizá lastimaría los suyos. Pero ya no puedo pasar más tiempo sin darle a usted las gracias por su bondad sin igual para con mi pobre hermana. Desde que lo supe he estado ansiando manifestarle mi gratitud. Si mi familia lo supiera, ellos también lo habrían hecho.

—Siento muchísimo —replicó Darcy en tono de sorpresa y emoción— que haya sido usted informada de una cosa que, mal interpretada, podía haberle causado alguna inquietud. No creí que la señora Gardiner fuese tan poco reservada.

—No culpe a mi tía. La indiscreción de Lydia fue lo primero que me descubrió su intervención en el asunto; y, como es natural, no descansé hasta que supe todos los detalles. Déjeme que le agradezca una y mil veces, en nombre de toda mi familia, el generoso interés que le llevó a tomarse tanta molestia y a sufrir tantas mortificaciones para dar con el paradero de los dos.

—Si quiere darme las gracias —repuso Darcy—, hágalo sólo en su nombre. No negaré que el deseo de tranquilizarla se sumó a las otras razones que me impulsaron a hacer lo que hice; pero su familia no me debe nada. Les tengo un gran respeto, pero no pensé más que en usted.

Elizabeth estaba tan confusa que no podía hablar. Después de una corta pausa, su compañero añadió:

—Es usted demasiado generosa para burlarse de mí. Si sus sentimientos son aún los mismos que en el pasado abril, dígame de una vez. Mi cariño y mis deseos no han cambiado, pero con una sola palabra suya no volveré a insistir más.

Elizabeth, sintiéndose más torpe y más angustiada que nunca ante la situación de Darcy, hizo un esfuerzo para hablar en seguida, aunque no rápidamente, le dio a entender que sus sentimientos habían experimentado un cambio tan absoluto desde la época a la que él se refería, que ahora recibía con placer y gratitud sus proposiciones. La dicha que esta contestación proporcionó a Darcy fue la mayor de su existencia, y se expresó con todo el calor y la ternura que pueden suponerse en un hombre locamente enamorado. Si Elizabeth hubiese sido capaz de mirarle a los ojos, habría visto cuán bien se reflejaba en ellos la delicia que inundaba su corazón; pero podía escucharle, y los sentimientos que Darcy le confesaba y que le demostraban la importancia que ella tenía para él, hacían su cariño cada vez más valioso.

Siguieron paseando sin preocuparse de la dirección que llevaban. Tenían demasiado que pensar, que sentir y que decir para fijarse en nada más. Elizabeth supo en seguida que debían su acercamiento a los afanes de la tía de Darcy, que le visitó en Londres a su regreso y le contó su viaje a Longbourn, los móviles del mismo y la sustancia de su conversación con la joven, recalcando enfáticamente las expresiones que denotaban, a juicio de Su Señoría, la perversidad y descaro de Elizabeth, segura de que este relato le ayudaría en su empresa de arrancar al sobrino la promesa que ella se había negado a darle. Pero por desgracia para Su Señoría, el efecto fue contraproducente.

—Gracias a eso concebí esperanzas que antes apenas me habría atrevido a formular. Conocía de sobra el carácter de usted para saber que si hubiese estado absoluta e irrevocablemente decidida contra mí, se lo habría dicho a lady Catherine con toda claridad y franqueza.

Elizabeth se ruborizó y se rió, contestando:

—Sí, conocía usted de sobra mi franqueza para creerme capaz de eso. Después de haberle rechazado tan odiosamente cara a cara, no podía tener reparos en decirle lo mismo a todos sus parientes.

—No me dijo nada que no me mereciese. Sus acusaciones estaban mal fundadas, pero mi proceder con usted era acreedor del más severo reproche. Aquello fue imperdonable; me horroriza pensarlo.

—No vamos a discutir quién estuvo peor aquella tarde —dijo Elizabeth—. Bien mirado, los dos tuvimos nuestras culpas. Pero me parece que los dos hemos ganado en cortesía desde entonces.

—Yo no puedo reconciliarme conmigo mismo con tanta facilidad. El recuerdo de lo que dije e hice en aquella ocasión es y será por mucho tiempo muy doloroso para mí. No puedo olvidar su frase tan acertada: «Si se hubiese portado usted más caballerosamente.» Éstas fueron sus palabras. No sabe, no puede imaginarse cuánto me han torturado, aunque confieso que tardé en ser lo bastante razonable para reconocer la verdad que encerraban.

—Crea usted que yo estaba lejos de suponer que pudieran causarle tan mala impresión. No tenía la menor idea de que le afligirían de ese modo. —No lo dudo. Entonces me suponía usted desprovisto de todo sentimiento elevado, estoy seguro. Nunca olvidaré tampoco su expresión al decirme que de cualquier modo que me hubiese dirigido a usted, no me habría aceptado.

—No repita todas mis palabras de aquel día. Hemos de borrar ese recuerdo. Le juro que hace tiempo que estoy sinceramente avergonzada de aquello.

Darcy le habló de su carta:

—¿Le hizo a usted rectificar su opinión sobre mí? ¿Dio crédito a su contenido?

Ella le explicó el efecto que le había producido y cómo habían ido desapareciendo sus anteriores prejuicios.

—Ya sabía —prosiguió Darcy— que lo que le escribí tenía que apenarla, pero era necesario. Supongo que habrá destruido la carta. Había una parte, especialmente al empezar, que no querría que volviese usted a leer. Me acuerdo de ciertas expresiones que podrían hacer que me odiase.

—Quemaremos la carta si cree que es preciso para preservar mi afecto, pero aunque los dos tenemos razones para pensar que mis opiniones no son enteramente inalterables, no cambian tan fácilmente como usted supone.

—Cuando redacté aquella carta —replicó Darcy me creía perfectamente frío y tranquilo; pero después me convencí de que la había escrito en un estado de tremenda amargura.

—Puede que empezase con amargura, pero no terminaba de igual modo. La despedida era muy cariñosa. Pero no piense más en la carta. Los sentimientos de la persona que la escribió y los de la persona que la recibió son ahora tan diferentes, que todas las circunstancias desagradables que a ella se refieran deben ser olvidadas. Ha de aprender mi filosofía. Del pasado no tiene usted que recordar más que lo placentero.

—No puedo creer en esa filosofía suya. Sus recuerdos deben de estar tan limpios de todo reproche que la satisfacción que le producen no proviene de la filosofía, sino de algo mejor: de la tranquilidad de conciencia. Pero conmigo es distinto: me salen al paso recuerdos penosos que no pueden ni deben ser ahuyentados. He sido toda mi vida un egoísta en la práctica, aunque no en los principios. De niño me enseñaron a pensar bien, pero no a corregir mi temperamento. Me inculcaron buenas normas, pero dejaron que las siguiese cargado de orgullo y de presunción. Por desgracia fui hijo único durante varios años, y mis padres, que eran buenos en sí, particularmente mi padre, que era la bondad y el amor personificados, me permitieron, me consintieron y casi me encaminaron hacia el egoísmo y el autoritarismo, hacia la despreocupación por todo lo que no fuese mi propia familia, hacia el desprecio del resto del mundo o, por lo menos, a creer que la inteligencia y los méritos de los demás eran muy inferiores a los míos. Así desde los ocho hasta los veintiocho años, y así sería aún si no hubiese sido por usted, amadísima Elizabeth. Se lo debo todo. Me dio una lección que fue, por cierto, muy dura al principio, pero también muy provechosa. Usted me humilló como convenía, usted me enseñó lo insuficientes que eran mis pretensiones para halagar a una mujer que merece todos los halagos.

—¿Creía usted que le iba a aceptar?

—Claro que sí. ¿Qué piensa usted de mi vanidad? Creía que usted esperaba y deseaba mi declaración.

—Me porté mal, pero fue sin intención. Nunca quise engañarle, y sin embargo muchas veces me equivoco. ¡Cómo debió odiarme después de aquella tarde!

—¡Odiarla! Tal vez me quedé resentido al principio; pero el resentimiento no tardó en transformarse en algo mejor.

—Casi no me atrevo a preguntarle qué pensó al encontrarme en Pemberley. ¿Le pareció mal que hubiese ido?

—Nada de eso. Sólo me quedé sorprendido. —Su sorpresa no sería mayor que la mía al ver que usted me saludaba. No creí tener derecho a sus atenciones y confieso que no esperaba recibir más que las merecidas.

—Me propuse —contestó Darcy— demostrarle, con mi mayor cortesía, que no era tan ruin como para estar dolido de lo pasado, y esperaba conseguir su perdón y atenuar el mal concepto en que me tenía probándole que no había menospreciado sus reproches. Me es difícil decirle cuánto tardaron en mezclarse a estos otros deseos, pero creo que fue a la media hora de haberla visto.

Entonces le explicó lo encantada que había quedado Georgiana al conocerla y lo que lamentó la repentina interrupción de su amistad. Esto les llevó, naturalmente, a tratar de la causa de dicha interrupción, y Elizabeth se enteró de que Darcy había decidido irse de Derbyshire en busca de Lydia antes de salir de la fonda, y que su seriedad y aspecto meditabundo no obedecían a más cavilaciones que las inherentes al citado proyecto.

Volvió Elizabeth a darle las gracias, pero aquel asunto era demasiado agobiante para ambos y no insistieron en él.

Después de andar varias millas en completo abandono y demasiado ocupados para cuidarse de otra cosa, miraron sus relojes y vieron que era hora de volver a casa.

—¿Qué habrá sido de Bingley y de Jane?

Esta exclamación les llevó a hablar de los asuntos de ambos. Darcy estaba contentísimo con su compromiso, que Bingley le había notificado inmediatamente.

—¿Puedo preguntarle si le sorprendió? —dijo Elizabeth.

—De ningún modo. Al marcharme comprendí que la cosa era inminente.

—Es decir, que le dio usted su permiso. Ya lo sospechaba.

Y aunque él protestó de semejantes términos, ella encontró que eran muy adecuados.

—La tarde anterior a mi viaje a Londres —dijo Darcy— le hice una confesión que debí haberle hecho desde mucho antes. Le dije todo lo que había ocurrido para convertir mi intromisión en absurda e impertinente. Se quedó boquiabierto. Nunca había sospechado nada. Le dije además que me había engañado al suponer que Jane no le amaba, y cuando me di cuenta de que Bingley la seguía queriendo, ya no dudé de que serían felices.

Elizabeth no pudo menos que sonreír al ver cuán fácilmente manejaba a su amigo.

—Cuando le dijo que mi hermana le amaba, ¿fue porque usted lo había observado o porque yo se lo había confesado la pasada primavera?

—Por lo primero. La observé detenidamente durante las dos visitas que le hice últimamente, y me quedé convencido de su cariño por Bingley.

—Y su convencimiento le dejó a él también convencido, ¿verdad?

—Así es. Bingley es el hombre más modesto y menos presumido del mundo. Su apocamiento le impidió fiarse de su propio juicio en un caso de tanta importancia; pero su sumisión al mío lo arregló todo. Tuve que declararle una cosa que por un tiempo y con toda razón le tuvo muy disgustado. No pude ocultarle que su hermana había estado tres meses en Londres el pasado invierno, que yo lo sabía y que no se lo dije a propósito. Se enfadó mucho. Pero estoy seguro de que se le pasó al convencerse de que su hermana le amaba todavía. Ahora me ha perdonado ya de todo corazón.

Elizabeth habría querido añadir que Bingley era el más estupendo de los amigos por la facilidad con que se le podía traer y llevar, y que era realmente impagable. Pero su contuvo. Recordó que Darcy tenía todavía que aprender a reírse de estas cosas, y que era demasiado pronto para empezar. Haciendo cábalas sobre la felicidad de Bingley que, desde luego, sólo podía ser inferior a la de ellos dos, Darcy siguió hablando hasta que llegaron a la casa. En el vestíbulo se despidieron.

Capítulo LIX

Elizabeth, querida, ¿por dónde has estado paseando?

Ésta es la pregunta que Jane le dirigió a Elizabeth en cuanto estuvieron en su cuarto, y la que le hicieron todos los demás al sentarse a la mesa. Elizabeth respondió que habían estado vagando hasta donde acababa el camino que ella conocía. Al decir esto se sonrojó, pero ni esto ni nada despertó la menor sospecha sobre la verdad.

La velada pasó tranquilamente sin que ocurriese nada extraordinario. Los novios oficiales charlaron y rieron, y los no oficiales estuvieron callados. La felicidad de Darcy nunca

se desbordaba en regocijo; Elizabeth, agitada y confusa, sabía que era feliz más que sentirlo, pues además de su aturdimiento inmediato la inquietaban otras cosas. Preveía la que se armaría en la familia cuando supiesen lo que había ocurrido. Le constaba que Darcy no gustaba a ninguno de los de su casa más que a Jane, e incluso temía que ni su fortuna ni su posición fuesen bastante para contentarles.

Por la noche abrió su corazón a Jane, y aunque Jane no era de natural desconfiada, no pudo creer lo que su hermana le decía:

—¡Estás bromeando, Eliza! ¡Eso no puede ser! ¡Tú, comprometida con Darcy! No, no; no me engañarás. Ya sé que es imposible.

—¡Pues sí que empieza mal el asunto! Sólo en ti confiaba, pero si tú no me crees, menos me van a creer los demás. Te estoy diciendo la pura verdad. Darcy todavía me quiere y nos hemos comprometido.

Jane la miró dudando:

—Elizabeth, no es posible. ¡Pero si sé que no le puedes ni ver!

—No sabes nada de nada. Hemos de olvidar todo eso. Tal vez no siempre le haya querido como ahora; pero en estos casos una buena memoria es imperdonable. Ésta es la última vez que yo lo recuerdo.

Jane contemplaba a su hermana con asombro. Elizabeth volvió a afirmarle con la mayor seriedad que lo que decía era cierto.

—¡Cielo Santo! ¿Es posible? ¿De veras? Pero ahora ya te creo —exclamó Jane—. ¡Querida Elizabeth! Te felicitaría, te felicito, pero..., ¿estás segura, y perdona la pregunta, completamente segura de que serás dichosa con él?

—Sin duda alguna. Ya hemos convenido que seremos la pareja más venturosa de la tierra. ¿Estás contenta, Jane? ¿Te gustará tener a Darcy por hermano?

—Mucho, muchísimo, es lo que más placer puede darnos a Bingley y a mí. Y tú, ¿le quieres realmente bastante? ¡Oh, Elizabeth! Haz cualquier cosa menos casarte sin amor. ¿Estás absolutamente segura de que sientes lo que debe sentirse?

—¡Oh, sí! Y te convencerás de que siento más de lo que debo cuando te lo haya contado todo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que he de confesarte que le quiero más que tú a Bingley. Temo que te disgustes.

—Hermana, querida, no estás hablando en serio. Dime una cosa que necesito saber al momento:

—¿desde cuándo le quieres?

—Ese amor me ha ido viniendo tan gradualmente que apenas sé cuándo empezó; pero creo que data de la primera vez que vi sus hermosas posesiones de Pemberley.

Jane volvió a pedirle formalidad y Elizabeth habló entonces solemnemente afirmando que adoraba a Darcy. Jane quedó convencida y se dio enteramente por satisfecha.

—Ahora sí soy feliz del todo —dijo—, porque tú vas a serlo tanto como yo. Siempre he sentido gran estimación por Darcy. Aunque no fuera más que por su amor por ti, ya le tendría que querer; pero ahora que además de ser el amigo de Bingley será tu marido, sólo a Bingley y a ti querré más que a él. ¡Pero qué callada y reservada has estado conmigo! ¿Cómo no me hablaste de lo que pasó en Pemberley y en Lambton? Lo tuve que saber todo por otra persona y no por ti.

Elizabeth le expuso los motivos de su secreto. No había querido nombrarle a Bingley, y la indecisión de sus propios sentimientos le hizo evitar también el nombre de su amigo. Pero ahora no quiso ocultarle la intervención de Darcy en el asunto de Lydia. Todo quedó aclarado y las dos hermanas se pasaron hablando la mitad de la noche.

—¡Ay, ojalá ese antipático señor Darcy no venga otra vez con nuestro querido Bingley! —suspiró la señora Bennet al asomarse a la ventana al día siguiente—. ¿Por qué será tan pesado y vendrá aquí continuamente? Ya podría irse a cazar o a hacer cualquier cosa en lugar de venir a importunarnos. ¿Cómo podríamos quitárnoslo de encima? Elizabeth, tendrás que volver a salir de paseo con él para que no estorbe a Bingley.

Elizabeth por poco suelta una carcajada al escuchar aquella proposición tan interesante, a pesar de que le dolía que su madre le estuviese siempre insultando.

En cuanto entraron los dos caballeros, Bingley miró a Elizabeth expresivamente y le estrechó la mano con tal ardor que la joven comprendió que ya lo sabía todo. Al poco rato Bingley dijo:

—Señor Bennet, ¿no tiene usted por ahí otros caminos en los que Elizabeth pueda hoy volver a perderse?

—Recomiendo al señor Darcy, a Lizzy y a Kitty —dijo la señora Bennet— que vayan esta mañana a la montaña de Oagham. Es un paseo largo y precioso y el señor Darcy nunca ha visto ese panorama.

—Esto puede estar bien para los otros dos —explicó Bingley—, pero me parece que Catherine se cansaría. ¿Verdad?

La muchacha confesó que preferiría quedarse en casa; Darcy manifestó gran curiosidad por disfrutar de la vista de aquella montaña, y Elizabeth accedió a acompañarle. Cuando subió para arreglarse, la señora Bennet la siguió para decirle:

—Lizzy, siento mucho que te veas obligada a andar con una persona tan antipática; pero espero que lo hagas por Jane. Además, sólo tienes que hablarle de vez en cuando. No te molestes mucho.

Durante el paseo decidieron que aquella misma tarde pedirían el consentimiento del padre. Elizabeth se reservó el notificárselo a la madre. No podía imaginarse cómo lo tomaría; a veces dudaba de si toda la riqueza y la alcurnia de Darcy serían suficientes para contrarrestar el odio que le profesaba; pero tanto si se oponía violentamente al matrimonio, como si lo aprobaba también con violencia, lo que no tenía duda era que sus arrebatos no serían ninguna muestra de buen sentido, y por ese motivo no podría soportar que Darcy presenciase ni los primeros raptos de júbilo ni las primeras manifestaciones de su desaprobación.

Por la tarde, poco después de haberse retirado el señor Bennet a su biblioteca, Elizabeth vio que Darcy se levantaba también y le seguía. El corazón se le puso a latir fuertemente. No temía que su padre se opusiera, pero le afligiría mucho y el hecho de que fuese ella, su hija favorita, la que le daba semejante disgusto y la que iba a inspirarle tantos

cuidados y pesadumbres con su desafortunada elección, tenía a Elizabeth muy entristecida. Estuvo muy abatida hasta que Darcy volvió a entrar y hasta que, al mirarle, le dio ánimos su sonrisa. A los pocos minutos Darcy se acercó a la mesa junto a la cual estaba sentada Elizabeth con Catherine, y haciendo como que miraba su labor, le dijo al oído:

—Vaya a ver a su padre: la necesita en la biblioteca.

Elizabeth salió disparada.

Su padre se paseaba por la estancia y parecía muy serio e inquieto.

—Elizabeth —le dijo—, ¿qué vas a hacer? ¿Estás en tu sano juicio al aceptar a ese hombre? ¿No habíamos quedado en que le odiabas?

¡Cuánto sintió Elizabeth que su primer concepto de Darcy hubiera sido tan injusto y sus expresiones tan inmoderadas! Así se habría ahorrado ciertas explicaciones y confesiones que le daban muchísima vergüenza, pero que no había más remedio que hacer. Bastante confundida, Elizabeth aseguró a su padre que amaba a Darcy profundamente.

—En otras palabras, que estás decidida a casarte con él. Es rico, eso sí; podrás tener mejores trajes y mejores coches que Jane. Pero ¿te hará feliz todo eso?

—¿Tu única objeción es que crees que no le amo?

—Ni más ni menos. Todos sabemos que es un hombre orgulloso y desagradable; pero esto no tiene nada que ver si a ti te gusta.

—Pues sí, me gusta —replicó Elizabeth con lágrimas en los ojos—; le amo. Además no tiene ningún orgullo. Es lo más amable del mundo. Tú no le conoces. Por eso te suplico que no me hagas daño hablándome de él de esa forma.

—Elizabeth —añadió su padre—, le he dado mi consentimiento. Es uno de esos hombres, además, a quienes nunca te atreverías a negarles nada de lo que tuviesen la condescendencia de pedirte. Si estás decidida a casarte con él, te doy a ti también mi consentimiento. Pero déjame advertirte que lo pienses mejor. Conozco tu carácter, Lizzy. Sé que nunca podrás ser feliz ni prudente si no aprecias verdaderamente a tu marido, si no le consideras como a un superior. La viveza de tu talento te pondría en el más grave de los peligros si hicieras un matrimonio desigual. Difícilmente podrías salvarte del descrédito y la catástrofe. Hija mía, no me des el disgusto de verte incapaz de respetar al compañero de tu vida. No sabes lo que es eso.

Elizabeth, más conmovida aun que su padre, le respondió con vehemencia y solemnidad; y al fin logró vencer la incredulidad de su padre reiterándole la sinceridad de su amor por Darcy, exponiéndole el cambio gradual que se había producido en sus sentimientos por él, afirmándole que el afecto de él no era cosa de un día, sino que había resistido la prueba de muchos meses, y enumerando enérgicamente todas sus buenas cualidades. Hasta el punto que el señor Bennet aprobó ya sin reservas la boda.

—Bueno, querida —le dijo cuando ella terminó de hablar—, no tengo más que decirte. Siendo así, es digno de ti. Lizzy mía, no te habría entregado a otro que valiese menos.

Para completar la favorable impresión de su padre, Elizabeth le relató lo que Darcy había hecho espontáneamente por Lydia.

—¡Ésta es de veras una tarde de asombro! ¿De modo que Darcy lo hizo todo: llevó a efecto el casamiento, dio el dinero, pagó las deudas del pollo y le obtuvo el destino? Mejor: así

me libraré de un mar de confusiones y de cuentas. Si lo hubiese hecho tu tío, habría tenido que pagarle; pero esos jóvenes y apasionados enamorados cargan con todo. Mañana le ofreceré pagarle; él protestará y hará una escena invocando su amor por ti, y asunto concluido.

Entonces recordó el señor Bennet lo mal que lo había pasado Elizabeth mientras él le leía la carta de Collins, y después de bromear con ella un rato, la dejó que se fuera y le dijo cuando salía de la habitación:

—Si viene algún muchacho por Mary o Catherine, envíamelo, que estoy completamente desocupado.

Elizabeth sintió que le habían quitado un enorme peso de encima, y después de media hora de tranquila reflexión en su aposento, se halló en disposición de reunirse con los demás, bastante sosegada. Las cosas estaban demasiado recientes para poderse abandonar a la alegría, pero la tarde pasó en medio de la mayor serenidad. Nada tenía que temer, y el bienestar de la soltura y de la familiaridad vendrían a su debido tiempo.

Cuando su madre se retiró a su cuarto por la noche, Elizabeth entró con ella y le hizo la importante comunicación. El efecto fue extraordinario, porque al principio la señora Bennet se quedó absolutamente inmóvil, incapaz de articular palabra; y hasta al cabo de muchos minutos no pudo comprender lo que había oído, a pesar de que comúnmente no era muy reacia a creer todo lo que significase alguna ventaja para su familia o noviazgo para alguna de sus hijas. Por fin empezó a recobrarse y a agitarse. Se levantaba y se volvía a sentar. Se maravillaba y se congratulaba:

—¡Cielo santo! ¡Que Dios me bendiga! ¿Qué dices querida hija? ¿El señor Darcy? ¡Quién lo iba a decir! ¡Oh, Eliza de mi alma! ¡Qué rica y qué importante vas a ser! ¡Qué dineral, qué joyas, qué coches vas a tener! Lo de Jane no es nada en comparación, lo que se dice nada. ¡Qué contenta estoy, qué feliz! ¡Qué hombre tan encantador, tan guapo, tan bien plantado! ¡Lizzy, vida mía, perdóname que antes me fuese tan antipático! Espero que él me perdone también. ¡Elizabeth de mi corazón! ¡Una casa en la capital! ¡Todo lo apetecible! ¡Tres hijas casadas! ¡Diez mil libras al año! ¡Madre mía! ¿Qué va a ser de mí? ¡Voy a enloquecer!

Esto bastaba para demostrar que su aprobación era indudable. Elizabeth, encantada de que aquellas efusiones no hubiesen sido oídas más que por ella, se fue en seguida. Pero no hacía tres minutos que estaba en su cuarto, cuando entró su madre.

—¡Hija de mi corazón! —exclamó—. No puedo pensar en otra cosa. ¡Diez mil libras anuales y puede que más! ¡Vale tanto como un lord! Y licencia especial, porque debéis tener que casaros con licencia especial. Prenda mía, dime qué plato le gusta más a Darcy para que pueda preparárselo para mañana.

Mal presagio era esto de lo que iba a ser la conducta de la señora Bennet con el caballero en cuestión, y Elizabeth comprendió que a pesar de poseer el ardiente amor de Darcy y el consentimiento de toda su familia, todavía le faltaba algo. Pero la mañana siguiente transcurrió mejor de lo que había creído, porque, felizmente, su futuro yerno le infundía a la señora Bennet tal pavor, que no se atrevía a hablarle más que cuando podía dedicarle alguna atención o asentir a lo que él decía.

Elizabeth tuvo la satisfacción de ver que su padre se esforzaba en intimar con él, y le aseguró, para colmo, que cada día le gustaba más.

Capítulo LX

Elizabeth no tardó en recobrar su alegría, y quiso que Darcy le contara cómo se había enamorado de ella:

—¿Cómo empezó todo? —le dijo—. Comprendo que una vez en el camino siguieras adelante, pero ¿cuál fue el primer momento en el que te gusté?

—No puedo concretar la hora, ni el sitio, ni la mirada, ni las palabras que pusieron los cimientos de mi amor. Hace bastante tiempo. Estaba ya medio enamorado de ti antes de saber que te quería.

—Pues mi belleza bien poco te conmovió. Y en lo que se refiere a mis modales contigo, lindaban con la grosería. Nunca te hablaba más que para molestarte. Sé franco: ¿me admiraste por mi impertinencia?

—Por tu vigor y por tu inteligencia.

—Puedes llamarlo impertinencia, pues era poco menos que eso. Lo cierto es que estabas harto de cortesías, de deferencias, de atenciones. Te fastidiaban las mujeres que hablaban sólo para atraerte. Yo te irrité y te interesé porque no me parecía a ellas. Por eso, si no hubieses sido en realidad tan afable, me habrías odiado; pero a pesar del trabajo que te tomabas en disimular, tus sentimientos eran nobles y justos, y desde el fondo de tu corazón despreciabas por completo a las personas que tan asiduamente te cortejaban. Mira cómo te he ahorrado la molestia de explicármelo. Y, la verdad, al fin y al cabo, empiezo a creer que es perfectamente razonable. Estoy segura de que ahora no me encuentras ningún mérito, pero nadie repara en eso cuando se enamora.

—¿No había ningún mérito en tu cariñosa conducta con Jane cuando cayó enferma en Netherfield?

—¡Mi querida Jane! Cualquiera habría hecho lo mismo por ella. Pero interprétalo como virtud, si quieres. Mis buenas cualidades te pertenecen ahora, y puedes exagerarlas cuanto se te antoje. En cambio a mí me corresponde el encontrar ocasiones de contrariarte y de discutir contigo tan a menudo como pueda. Así es que voy a empezar ahora mismo. ¿Por qué tardaste tanto en volverme a hablar de tu cariño? ¿Por qué estabas tan tímido cuando viniste la primera vez y luego cuando comiste con nosotros? ¿Por qué, especialmente, mientras estabas en casa, te comportabas como si yo no te importase nada?

—Porque te veía seria y silenciosa y no me animabas.

—Estaba muy violenta. —Y yo también.

—Podías haberme hablado más cuando venías a comer.

—Si hubiese estado menos conmovido, lo habría hecho.

—¡Qué lástima que siempre tengas una contestación razonable, y que yo sea también tan razonable que la admita! Pero si tú hubieses tenido que decidirte, todavía estaríamos esperando. ¿Cuándo me habrías dicho algo, si no soy yo la que empieza? Mi decisión de darte las gracias por lo que hiciste por Lydia surtió buen efecto; demasiado: estoy asustada; porque ¿cómo queda la moral si nuestra felicidad brotó de la infracción de una promesa? Yo no debí haber hablado de aquello, no volveré a hacerlo.

—No te atormentes. La moral quedará a salvo por completo. El incalificable proceder de lady Catherine para separarnos fue lo que disipó todas mis dudas. No debo mi dicha actual a tu vehemente deseo de expresarme tu gratitud. No necesitaba que tú me dijeras nada. La narración de mi tía me había dado esperanzas y estaba decidido a saberlo todo de una vez.

—Lady Catherine nos ha sido, pues, infinitamente útil, cosa que debería extasiarla a ella que tanto le gusta ser útil a todo el mundo. Pero dime, ¿por qué volviste a Netherfield? ¿Fue sólo para venir a Longbourn a azorarte, o pensaste en obtener un resultado más serio?

—Mi verdadero propósito era verte y comprobar si podía abrigar aún esperanzas de que me amases. Lo que confesaba o me confesaba a mí mismo era ver si tu hermana quería todavía a Bingley, y, de ser así, reiterarle la confesión que ya otra vez le había hecho.

—¿Tendrás valor de anunciarle a lady Catherine lo que le espera?

—Puede que más bien me falte tiempo que valor. Vamos a ello ahora mismo. Si me das un pliego de papel, lo hago inmediatamente.

—Y si yo no tuviese que escribir otra carta, podría sentarme a tu lado y admirar la uniformidad de tu letra, como hacía cierta señorita en otra ocasión. Pero yo tengo una tía a la que no quiero dejar olvidada por más tiempo.

Por no querer confesar que habían exagerado su intimidad con Darcy, Elizabeth no había contestado aún a la larga carta de la señora Gardiner. Pero ahora, al poder anunciarles lo que tan bien recibido sería, casi se avergonzaba de que sus tíos se hubieran perdido tres días de disfrutar de aquella noticia. Su carta fue como sigue:

«Querida tía: te habría dado antes, como era mi deber, las gracias por tu extensa, amable y satisfactoria descripción del hecho que tú sabes; pero sabrás que estaba demasiado afligida para hacerlo. Tus suposiciones iban más allá de la realidad. Pero ahora ya puedes suponer lo que te plazca, puedes dar rienda suelta a tu fantasía, puedes permitir a tu imaginación que vuele libremente, y no errarás más que si te figuras que ya estoy casada. Tienes que escribirme pronto y alabar a Darcy mucho más de lo que le alababas en tu última carta. Doy gracias a Dios una y mil veces por no haber ido a los Lagos. ¡Qué necesidad la mía al desearlo! Tu idea de las jacas es magnífica; todos los días recorreremos la finca. Soy la criatura más dichosa del mundo. Tal vez otros lo hayan dicho antes, pero nadie con tanta justicia. Soy todavía más feliz que Jane. Ella sólo sonríe. Yo me río del todo. Darcy te envía todo el cariño de que pueda privarme. Vendréis todos a Pemberley para las Navidades.»

La misiva de Darcy a lady Catherine fue diferente. Y todavía más diferente fue la que el señor Bennet le mandó al señor Collins en contestación a su última:

«Querido señor: tengo que molestarle una vez más con la cuestión de las enhorabuenas: Elizabeth será pronto la esposa del señor Darcy. Consuele a lady Catherine lo mejor que pueda; pero yo que usted me quedaría con el sobrino. Tiene más que ofrecer. Le saludo atentamente.»

Los parabienes de la señorita Bingley a su hermano con ocasión de su próxima boda fueron muy cariñosos, pero no sinceros. Escribió también a Jane para expresarle su alegría y repetirle sus antiguas manifestaciones de afecto. Jane no se engañó, pero se sintió conmovida, y aunque no le inspiraba ninguna confianza, no pudo menos que remitirle una contestación mucho más amable de lo que pensaba que merecía. La alegría que le causó a la señorita Darcy la noticia fue tan verdadera como la de su hermano al comunicársela. Mandó una carta de cuatro páginas que todavía le pareció insuficiente para expresar toda su satisfacción y su vivo deseo de obtener el cariño de su hermana.

Antes de que llegara ninguna respuesta de Collins ni felicitación de su esposa a Elizabeth, la familia de Longbourn se enteró de que los Collins iban a venir a casa de los Lucas. Pronto se supo la razón de tan repentino traslado. Lady Catherine se había puesto tan furiosa al recibir la carta de su sobrino, que Charlotte, que de veras se alegraba de la boda,

quiso marcharse hasta que la tempestad amainase. La llegada de su amiga en aquellos momentos fue un gran placer para Elizabeth; aunque durante sus encuentros este placer se le venía abajo al ver a Darcy expuesto a la ampulosa cortesía de Collins. Pero Darcy lo soportó todo con admirable serenidad. Incluso atendió a sir William Lucas cuando fue a complimentarle por llevarse la más brillante joya del condado y le expresó sus esperanzas de que se encontrasen todos en St. James. Darcy se encogió de hombros, pero cuando ya sir William no podía verle.

La vulgaridad de la señora Philips fue otra y quizá la mayor de las contribuciones impuestas a su paciencia, pues aunque dicha señora, lo mismo que su hermana, le tenía demasiado respeto para hablarle con la familiaridad a que se prestaba el buen humor de Bingley, no podía abrir la boca sin decir una vulgaridad. Ni siquiera aquel respeto que la reportaba un poco consiguió darle alguna elegancia. Elizabeth hacía todo lo que podía para protegerle de todos y siempre procuraba tenerle junto a ella o junto a las personas de su familia cuya conversación no le mortificaba. Las molestias que acarreó todo esto quitaron al noviazgo buena parte de sus placeres, pero añadieron mayores esperanzas al futuro. Elizabeth pensaba con delicia en el porvenir, cuando estuvieran alejados de aquella sociedad tan ingrata para ambos y disfrutando de la comodidad y la elegancia de su tertulia familiar de Pemberley.

Capítulo LXI

El día en que la señora Bennet se separó de sus dos mejores hijas, fue de gran bienaventuranza para todos sus sentimientos maternos. Puede suponerse con qué delicioso orgullo visitó después a la señora Bingley y habló de la señora Darcy. Querría poder decir, en atención a su familia, que el cumplimiento de sus más vivos anhelos al ver colocadas a tantas de sus hijas, surtió el feliz efecto de convertirla en una mujer sensata, amable y juiciosa para toda su vida; pero quizá fue una suerte para su marido (que no habría podido gozar de la dicha del hogar en forma tan desusada) que siguiese ocasionalmente nerviosa e invariablemente mentecata.

El señor Bennet echó mucho de menos a su Elizabeth; su afecto por ella le sacó de casa con una frecuencia que no habría logrado ninguna otra cosa. Le deleitaba ir a Pemberley, especialmente cuando menos le esperaban.

Bingley y Jane sólo estuvieron un año en Netherfield. La proximidad de su madre y de los parientes de Meryton no era deseable ni aun contando con el fácil carácter de Bingley y con el cariñoso corazón de Jane. Entonces se realizó el sueño dorado de las hermanas de Bingley; éste compró una posesión en un condado cercano a Derbyshire, y Jane y Elizabeth, para colmo de su felicidad, no estuvieron más que a treinta millas de distancia.

Catherine, sólo por su interés material, se pasaba la mayor parte del tiempo con sus dos hermanas mayores; y frecuentando una sociedad tan superior a la que siempre había conocido, progresó notablemente. Su temperamento no era tan indomable como el de Lydia, y lejos del influjo de ésta, llegó, gracias a una atención y dirección conveniente, a ser menos irritable, menos ignorante y menos insípida. Como era natural, la apartaron cuidadosamente de las anteriores desventajas de la compañía de Lydia, y aunque la señora Wickham la invitó muchas veces a ir a su casa, con la promesa de bailes y galanes, su padre nunca consintió que fuese.

Mary fue la única que se quedó en la casa y se vio obligada a no despegarse de las faldas de la señora Bennet, que no sabía estar sola. Con tal motivo tuvo que mezclarse más con el mundo, pero pudo todavía moralizar acerca de todas las visitas de las mañanas, y como ahora no la mortificaban las comparaciones entre su belleza y la de sus hermanas, su padre sospechó que había aceptado el cambio sin.

En cuanto a Wickham y Lydia, las bodas de sus hermanas les dejaron tal como estaban. Él aceptaba filosóficamente la convicción de que Elizabeth sabría ahora todas sus falsedades y toda su ingratitud que antes había ignorado; pero, no obstante, alimentaba aún la esperanza de que Darcy influiría para labrar su suerte. La carta de felicitación por su matrimonio que Elizabeth recibió de Lydia daba a entender que tal esperanza era acariciada, si no por él mismo, por lo menos por su mujer. Decía textualmente así:

«Mi querida Lizzy: Te deseo la mayor felicidad. Si quieres al señor Darcy la mitad de lo que yo quiero a mi adorado Wickham, serás muy dichosa. Es un gran consuelo pensar que eres tan rica; y cuando no tengas nada más que hacer, acuérdate de nosotros. Estoy segura de que a Wickham le gustaría muchísimo un destino de la corte, y nunca tendremos bastante dinero para vivir allí sin alguna ayuda. Me refiero a una plaza de trescientas o cuatrocientas libras anuales aproximadamente; pero, de todos modos, no le hables a Darcy de eso si no lo crees conveniente.»

Y como daba la casualidad de que Elizabeth lo creía muy inconveniente, en su contestación trató de poner fin a todo ruego y sueño de esa índole. Pero con frecuencia le mandaba todas las ayudas que le permitía su práctica de lo que ella llamaba economía en sus gastos privados. Siempre se vio que los ingresos administrados por personas tan manirrotas como ellos dos y tan descuidados por el porvenir, habían de ser insuficientes para mantenerse. Cada vez que se mudaban, o Jane o ella recibían alguna súplica de auxilio para pagar sus cuentas. Su vida, incluso después de que la paz les confinó a un hogar, era extremadamente agitada. Siempre andaban cambiándose de un lado para otro en busca de una casa más barata y siempre gastando más de lo que podían. El afecto de Wickham por Lydia no tardó en convertirse en indiferencia; el de Lydia duró un poco más, y a pesar de su juventud y de su aire, conservó todos los derechos a la reputación que su matrimonio le había dado.

Aunque Darcy nunca recibió a Wickham en Pemberley, le ayudó a progresar en su carrera por consideración a Elizabeth. Lydia les hizo alguna que otra visita cuando su marido iba a divertirse a Londres o iba a tomar baños. A menudo pasaban temporadas con los Bingley, hasta tan punto que lograron acabar con el buen humor de Bingley y llegó a insinuarles que se largasen.

La señorita Bingley quedó muy resentida con el matrimonio de Darcy, pero en cuanto se creyó con derecho a visitar Pemberley, se le pasó el resentimiento: estuvo más loca que nunca por Georgiana, casi tan atenta con Darcy como en otro tiempo y tan cortés con Elizabeth que le pagó sus atrasos de urbanidad.

Georgiana se quedó entonces a vivir en Pemberley y se encariñó con su hermana tanto como Darcy había previsto. Las dos se querían tiernamente. Georgiana tenía el más alto concepto de Elizabeth, aunque al principio se asombrase y casi se asustase al ver lo juguetona que era con su hermano; veía a aquel hombre que siempre le había inspirado un respeto que casi sobrepasaba al cariño, convertido en objeto de francas bromas. Su entendimiento recibió unas luces con las que nunca se había tropezado. Ilustrada por Elizabeth, empezó a comprender que una mujer puede tomarse con su marido unas libertades que un hermano nunca puede tolerar a una hermana diez años menor que él.

Lady Catherine se puso como una fiera con la boda de su sobrino, y como abrió la esclusa a toda su genuina franqueza al contestar a la carta en la que él le informaba de su compromiso, usó un lenguaje tan inmoderado, especialmente al referirse a Elizabeth, que sus relaciones quedaron interrumpidas por algún tiempo. Pero, al final, convencido por Elizabeth, Darcy accedió a perdonar la ofensa y buscó la reconciliación. Su tía resistió todavía un poquito, pero cedió o a su cariño por él o a su curiosidad por ver cómo se comportaba su esposa, de modo que se dignó visitarles en Pemberley, a pesar de la profanación que habían sufrido sus

bosques no sólo por la presencia de semejante dueña, sino también por las visitas de sus tíos de Londres.

Con los Gardiner estuvieron siempre los Darcy en la más íntima relación. Darcy, lo mismo que Elizabeth, les quería de veras; ambos sentían la más ardiente gratitud por las personas que, al llevar a Elizabeth a Derbyshire, habían sido las causantes de su unión.